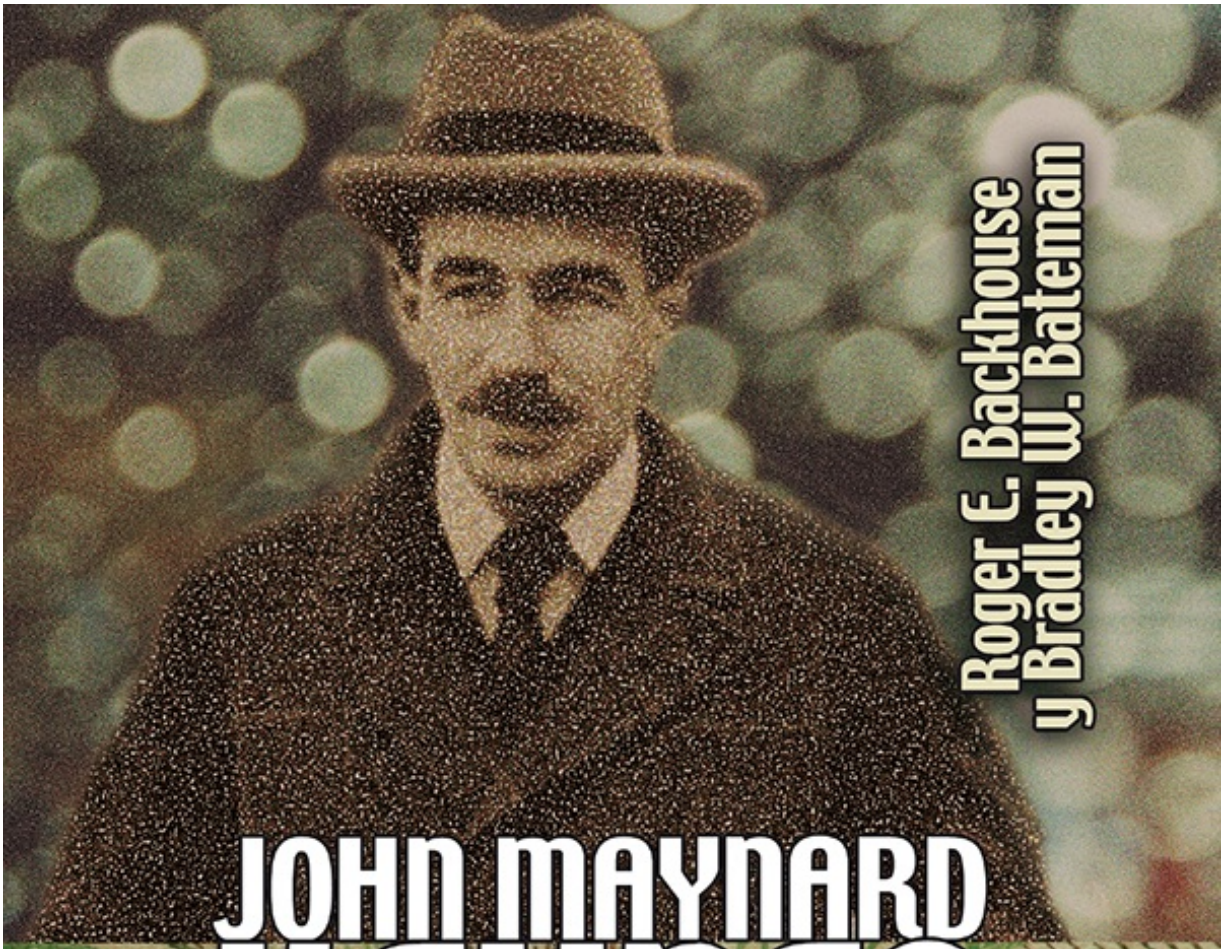

Roger E. Backhouse
y Bradley W. Bateman

JOHN MAYNARD KEYNES

Un capitalista revolucionario

BREVIARIOS

ROGER E. BACKHOUSE es doctor en economía por la Universidad de Birmingham, donde es profesor desde 1980. También imparte cursos de historia y filosofía económicas en la Erasmus University Rotterdam desde 2009, y ha sido profesor invitado de la Keele University y la University College de Londres.

BRADLEY W. BATEMAN es doctor en economía por la Universidad de Kentucky, actualmente es decano y vicepresidente ejecutivo de la Denison University en Ohio. Ha publicado artículos en revistas especializadas como *History of Political Economy, Journal of Economic Perspectives* y *Journal of the History of Economic Thought*. Con Backhouse editó *The Cambridge Companion to Keynes*.

BREVIARIOS

del

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

585

Traducción
GONZALO CELORIO MORAYTA

Roger E. Backhouse
Bradley W. Bateman

John Maynard Keynes

UN CAPITALISTA REVOLUCIONARIO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2011
Primera edición en español, 2014
Primera edición electrónica, 2014

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

Título original: *Capitalist Revolutionary: John Maynard Keynes*
© 2011, The President and Fellows of Harvard College

D. R. © 2014, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2421-5 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

A nuestras familias;
pasadas, presentes y futuras

ÍNDICE GENERAL

I. *Keynes regresa, pero ¿cuál Keynes?*
El Keynes diseñador de políticas económicas
El Keynes teórico de la economía
El Keynes filósofo moral
El Keynes histórico

II. *El ascenso y la caída de la economía keynesiana*
El mito de la revolución keynesiana
La era de Keynes
El fin del keynesianismo
El redescubrimiento del Keynes oculto

III. *El Keynes filósofo moral. Confrontar a los rivales del capitalismo*
Capitalismo en duda
La vida de Keynes
¿Qué era el capitalismo?
La fragilidad del capitalismo
La moralidad del capitalismo
El cultivo de la vida imaginativa

IV. *El médico Keynes. El desarrollo de una teoría económica capitalista*
Fluctuaciones entre guerras
El estancamiento de la economía británica
La Gran Depresión
La *Teoría general*
La inflación en tiempos de guerra y la planificación para la paz
Acuerdos monetarios internacionales y Bretton Woods
Keynes en calidad de teórico de la economía

V. *La ambigua revolución de Keynes*
Keynes y su legado
La teoría que fomentó una revolución
La política revolucionaria de Keynes
El artista y su teoría
La revolución de Keynes

VI. *Revolución perpetua*
Después de la crisis
Los fundamentos morales del capitalismo
El papel del Estado
La relevancia de Keynes en la actualidad

Documentación de la revolución keynesiana.
Un ensayo bibliográfico
La bibliografía directa
Biografía
Economía
Filosofía e historia
Keynes después de la crisis

Bibliografía
Agradecimientos
Índice analítico

I. KEYNES REGRESA, PERO ¿CUÁL KEYNES?

EL ECONOMISTA británico John Maynard Keynes regresó al primer plano después de la crisis financiera de septiembre de 2008, cuando el colapso del banco de inversión estadunidense Lehman Brothers amenazó con sepultar el sistema bancario en su conjunto. Mientras gobiernos de todo el mundo urgentemente buscaban mecanismos para evitar el desmoronamiento económico, el nombre de Keynes aparecía de manera destacada, tanto en la prensa no especializada como en los escritos de un gran número de economistas. En los Estados Unidos, el *New York Times* incluyó artículos titulados "¿Qué habría hecho Keynes?" (28 de octubre de 2008), "El viejo economista, oportuno en medio del escombro" (18 de septiembre de 2009) y "Un viejo maestro nuevamente de moda" (1° de noviembre de 2009). De igual manera, en Gran Bretaña, el *Financial Times* publicó "El innegable giro hacia Keynes" (29 de diciembre de 2008) y "A fin de cuentas todos dependemos de Keynes" (2 de octubre de 2008). En Francia, *Le Monde* habló de "La venganza de Keynes" (2 de octubre de 2008). Las críticas a las ideas de Keynes tampoco se hicieron esperar, lo que sólo vino a demostrar que efectivamente estaba de regreso, ya que, pocos años atrás, la simple mención de su nombre en el debate público sobre la política económica hubiera sido impensable; se consideraba que sus ideas eran tan poco pertinentes que ni siquiera valía la pena citarlo en las discusiones sobre el desempeño de la economía.

La polémica en torno a Keynes fue creciendo conforme se desvanecía la amenaza de otra Gran Depresión y los rescates bancarios ocasionaban una oleada de endeudamiento gubernamental. La atención se centró en la deuda del sector público y, por lo tanto, en la relación entre China y los Estados Unidos, así como en los problemas de los países más débiles de la eurozona (Grecia, Portugal y España), donde la estabilidad económica se veía amenazada ante la posibilidad de que no fueran capaces de pagar sus deudas y de que las tasas de interés se dispararan fuera de control. Incluso en naciones en las que había poco riesgo de que el gobierno no honrara sus deudas, existía la percepción generalizada de que había que recortar gastos para reducir apresuradamente los déficits presupuestarios. Apenas un año y medio después de la crisis, muchos consideraban que Keynes era un lujo que países con altos déficits presupuestarios no se podían permitir.

Sin embargo, el Keynes que resucitó recientemente de manera tan repentina no es más que uno de los Keynes que han figurado en el debate público en los últimos cincuenta años. No es el mismo que adquirió fama a mediados del siglo XX, durante el periodo que se conoció ampliamente como "la era de Keynes"; tampoco es el Keynes que sufrió el rechazo contundente de economistas y políticos en la década de 1970. Keynes y el keynesianismo han sido interpretados y reinterpretados una y otra vez tanto por quienes buscan reivindicar su autoridad para avalar las posturas que han querido adoptar, como por quienes lo denuestan y lo utilizan como telón de fondo para hacer resaltar sus propias ideas. Esta repetida reinterpretación no debería resultar sorpresiva. Ahora vemos el mundo de manera distinta a como se veía en la década de 1940, inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial; en

la década de 1960, cuando Kennedy y Johnson intentaban manejar la economía; o incluso en la década de 1970, cuando por primera vez empezaron a surgir las corrientes actuales en contra del “gran gobierno” y el Estado benefactor.

Una de las razones para ver a Keynes de manera distinta es que el mundo se ha transformado. Las tendencias que acaban por amontonarse bajo la alfombra de la “globalización” han transformado la economía global de la misma manera que el fin de la Guerra Fría y del comunismo transformaron el ambiente político. El escepticismo actual en relación con la confianza que se puede tener en que los políticos y los empresarios hagan algo más que rellenar sus propios bolsillos es diametralmente opuesta a la confianza generalizada en el gobierno y la planeación que existió durante los treinta años posteriores a la segunda Guerra Mundial. Estos cambios han tenido un efecto profundo en el Keynes que la gente ha sido capaz de percibir.

Sin embargo, hay otro motivo para ver a Keynes de manera distinta. Como se podrá observar en los siguientes capítulos, las dimensiones de Keynes y el keynesianismo son muchas. De forma excepcional, Keynes se desempeñó en el mundo de la academia, el periodismo, el gobierno y la iniciativa privada y, por consiguiente, no se le puede (o no se le debe) encasillar *únicamente* como el diseñador de políticas económicas o como un importante teórico de la economía en busca de la definición de las leyes fundamentales que rigen la operación de las economías capitalistas. Fue ambas cosas, y dejar una de ellas fuera distorsiona la visión de conjunto que podríamos tener. Más aún, también fue un filósofo que puso sobre la mesa una crítica moral del capitalismo.

El Keynes diseñador de políticas económicas

Durante los treinta años posteriores a la segunda Guerra Mundial, el consenso generalizado fue que la prosperidad que caracterizó a las democracias industriales en el periodo de posguerra y que permitió un impresionante aumento de los estándares de vida de sus habitantes se debía a Keynes. La opinión generalizada sobre su trabajo —que muchos economistas promocionaban desde la academia— era que Keynes había diseñado un sistema de formulación de políticas económicas que permitía afinar la economía mediante ajustes cuidadosos a la política fiscal: si la amenaza era que la economía cayera en recesión, se aumentaba el gasto gubernamental o se reducían los impuestos apenas lo suficiente para no poner en riesgo el pleno empleo; por el contrario, si la amenaza era que la economía se recalentara, se adoptaban políticas inversas. Muchos argumentaron que la “nueva economía” —un término de uso frecuente para describir las nociones keynesianas en la década de 1940— ofrecía un juego de herramientas sencillo para conseguir un crecimiento económico estable. Con líderes adecuados, la economía podría ser “dirigida” a fin de obtener los resultados que se desearan: altos niveles de empleo y baja inflación.

Hoy en día la visión de la posguerra de un crecimiento económico sostenido gracias a ajustes finos a la política fiscal prácticamente ha quedado atrás. El extraordinario periodo de estabilidad de los años cercanos al cambio de milenio —con frecuencia llamado de “gran moderación”, según el término popularizado por el presidente de la Reserva Federal de los

Estados Unidos, Ben Bernanke— suele atribuirse a políticas monetarias bien diseñadas y a que se haya abandonado la práctica de afinación fiscal. Las ambiciones de quienes buscaban en Kenyes la solución para la crisis de 2008 eran, por consiguiente, muy distintas. Recurrieron a él no como el arquitecto de un crecimiento económico estable sino como el economista que sabía cómo evitar que el colapso del sistema financiero orillara al mundo a otra Gran Depresión. En el otoño de 2008 no se buscaba un manubrio con el cual dirigir la economía en un camino fluido de pleno empleo; se buscaban herramientas que resultaran útiles en una situación de emergencia.

Aun cuando recientemente se ha cuestionado si el libre mercado es la panacea que se pensaba que era en las décadas de 1990 y 2000, pocos de quienes invocaron a Keynes después de la crisis financiera de 2008 soñaban con el regreso a un mundo idílico de crecimiento económico bien equilibrado, conducido por una política económica cuidadosamente diseñada. No se referían al mismo Keynes al que recurrieron los asesores del presidente John F. Kennedy cincuenta años atrás. Quienes lo citaban en la década de 1960 genuinamente creían en la gestión económica —una especie de ingeniería social— y creían en ella con un grado de confianza en sí mismos que es difícil imaginar en la actualidad; de la misma manera en que el sucesor de Kennedy, el presidente Lyndon Johnson, instituyó su Programa de Gran Sociedad y su Guerra contra la Pobreza, apelaban a las políticas keynesianas para alcanzar su propia visión de una economía estable y bien manejada que pudiera crecer sin tropiezos hacia el futuro. Se consideraba que el capitalismo estadunidense era exitoso porque la gestión científica había transformado su iniciativa privada; sin embargo, todavía existía el temor de que se estuviera perdiendo la carrera tecnológica contra la Unión Soviética. La planeación "científica" podía utilizarse para promover el crecimiento económico y, a su vez, los frutos de dicho crecimiento también podrían servir para garantizar que pobres y desempleados no se quedaran atrás. En cambio, quienes volvieron la mirada hacia Keynes en 2008 se enfrentaban a la posibilidad de que el sistema capitalista pudiera colapsarse y estaban ansiosos por encontrar una solución.

Desde luego que estas dos visiones distintas de Keynes no necesariamente se excluyen entre sí. Es posible construir una teoría de la economía que sirva tanto como guía para enderezarla cuando cae en crisis como de marco para manejarla bien en tiempos de mayor normalidad. Desde la segunda Guerra Mundial hasta la década de 1960, el keynesianismo descansó en una visión de planeación, diseñada por expertos y utilizando los métodos científicos más modernos. Nada más alejado del mundo actual, donde hay un escepticismo generalizado de que el gobierno pueda hacer algo de manera eficiente, donde los servicios gubernamentales son rutinariamente subcontratados a empresas privadas, donde las corporaciones —muchas de ellas trasnacionales— pueblan un mundo de capitalismo de casino en el que la especulación y la conducta irresponsable de inversionistas puede acabar con la economía. Por lo tanto, el Keynes al que se resucita hoy en día es distinto al Keynes que acaparaba la atención hace cincuenta años. Parecería que hay un Keynes para los buenos tiempos y otro para los malos. Incluso en el breve lapso posterior a la crisis de 2008 se han esperado cosas distintas de Keynes. En un inicio se buscaba principalmente evitar la catástrofe, pero, conforme se disipaba el humo, resultó más importante entender por qué el capitalismo financiero podía colapsarse inesperada y repentinamente. Tras treinta años de una

ideología de libre mercado y de un aumento en los estándares de vida, era necesario averiguar por qué el sistema podría desembocar en una crisis de semejante magnitud. Responder esta pregunta requería un Keynes distinto.

El Keynes teórico de la economía

El Keynes del imaginario general es el diseñador de políticas económicas, ya sean políticas para impedir la catástrofe o para afinar la economía. Sin embargo, más allá de ese Keynes, se encuentra el economista, mucho más presente para otros economistas, que concibió una forma innovadora de analizar las economías capitalistas. Su gran libro, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, publicado en 1936, bien pudo haber servido de inspiración para las políticas del mundo de la posguerra, sin embargo, paradójicamente para una obra que tanto atrajo el interés popular, no estaba dirigido al público en general ni a los diseñadores de políticas siquiera; fue escrito pensando en los colegas economistas del autor. Para Keynes, las políticas se habían descarrilado porque no habían sido construidas sobre bases sólidas, y su objetivo era ofrecer una nueva cimentación.

La teoría de Keynes se basó en lo que él mismo consideraba percepciones fundamentales sobre el mundo que, según sostenía, eran distintas a las que subyacen en los trabajos de sus contemporáneos y predecesores; economistas que, de manera un tanto injusta, decidió agrupar bajo la etiqueta de “economistas clásicos”. Su idea principal era que el nivel de actividad económica estaba determinado por lo que llamó “demanda efectiva” de bienes y servicios. Si la gente gastara más, habría mayor producción y, curiosamente, mayores ingresos. En consecuencia, los incrementos en el gasto gubernamental o los recortes fiscales (que aumentan el gasto privado) elevarían la producción y reducirían el desempleo, por lo menos en circunstancias similares a las de la Gran Depresión, periodo en el que no se hizo uso de la enorme capacidad industrial. Sin embargo, algo más se esconde debajo de esta noción y a eso se debe que el libre mercado, por sí mismo, pudiera no ser capaz de generar un pleno empleo.

Keynes sostenía que vivimos en un mundo incierto y, por lo tanto, tenemos que tomar decisiones sin saber cabalmente qué consecuencias tendrán nuestros actos. Lo anterior es particularmente cierto en el caso de inversiones de negocio —decidir comprar edificios, maquinaria y otros bienes de capital que aumentan la capacidad productiva de una nación— cuando las decisiones se toman sobre proyectos que pueden producir rendimientos a largo plazo. En este sentido, escribió:

> El hecho más destacado es lo extremadamente precario de las bases de conocimiento en que han de basarse nuestros cálculos de los rendimientos probables. Nuestro conocimiento de los factores que regirán el rendimiento de una inversión en los años venideros próximos es frecuentemente muy ligero y a menudo desdeñable. Si hemos de hablar con franqueza, tenemos que admitir que las bases de nuestro conocimiento para calcular el rendimiento probable en los diez años próximos de un ferrocarril, una mina de cobre, una fábrica textil, la clientela de una medicina de patente, una línea trasatlántica de vapores o un edificio en la City de Londres son muy limitadas y a veces nulas; y aun lo es en los cinco años próximos.[1]

Más aún, esta incertidumbre implica que no se puede confiar en los mercados financieros para coordinar las decisiones de ahorro e inversión, pues la misma incertidumbre es aplicable

a los rendimientos de activos financieros. Los rendimientos futuros de valores de inversión son tan desconocidos como los de los activos de capital que representan, lo que significa que los mercados tienen que recurrir a avalúos convencionales. Por lo tanto, los inversionistas "no se ocupan de lo que realmente significa un valor de inversión para el hombre que lo compra 'para siempre', sino de en cuánto lo estimará el mercado dentro de tres meses o un año, bajo la influencia de la psicología de masa". Y añadió:

> la finalidad social de la inversión realizada con conocimiento de causa debería ser el dominio de las fuerzas negativas del tiempo y la ignorancia que rodean nuestro futuro. El objeto real y particular de la mayor parte de las inversiones de los expertos, hoy en día, es "ganar la delantera" (*to beat the gun*), como dicen los estadunidenses; ser más listo que el vulgo, y encajar la moneda falsa o que se está despreciando a otra persona.[2]

Keynes concluye que "la experiencia no da pruebas claras de que una política de inversión ventajosa socialmente coincida con la más productiva".[3] La empresa, afirma, se convirtió en "una burbuja dentro de una vorágine de especulación".[4] Desde su punto de vista, el mercado se había vuelto demasiado líquido: resultaba excesivamente sencillo vender y comprar inversiones. La inversión requería, apuntó, un gravamen sustancial sobre cada venta de acciones para que la rápida rotación de propiedad fuera menos fructífera y se descartara una gran proporción de las transacciones de Wall Street. A su vez, esta acción restauraría el equilibro entre empresa y especulación. Sería un paso adelante para lograr que la compra de una inversión fuera "permanente e indisoluble, como el matrimonio".[5]

En pasajes como éstos, Keynes delineó una perspectiva respecto a la forma en que operaban las economías capitalistas que, tras la reciente crisis financiera, adquirió un intuitivo y gran atractivo. Sin embargo, la teorización económica implica más que tener las intuiciones correctas sobre cómo funciona la economía. Este tipo de opiniones, independientemente de qué tan bien cimentadas estén en la observación de los mercados financieros, deben traducirse a un sistema que permita el análisis; de lo contrario, no sería posible averiguar si lo que creemos que es una comprensión profunda lo es en realidad, o si se trata de algo meramente incidental en torno a los problemas que efectivamente deben ser abordados. En resumen, este tipo de juicios debe transformarse en una teoría económica utilizable. Dada la complejidad de la economía, resulta indispensable abstraerse de muchos de los detalles que la sustentan en nuestras propias experiencias, y seleccionar las características del mundo que se consideren importantes. Es aquí donde la economía se vuelve difícil de entender para quienes son ajenos a la disciplina, pues la teoría económica explora la manera en que agentes abstractos interactúan en mercados idealizados. Para diseñar teorías sujetas a ser analizadas a través de argumentaciones lógicas o matemáticas que puedan examinarse contra una amplia gama de pruebas, los teóricos de la economía lidian con mundos que, inevitablemente, son simplificaciones del mundo que conocemos y que nos rodea.

En la *Teoría general*, Keynes cuestiona las abstracciones y simplificaciones que sus predecesores habían utilizado para tratar de explicar las complejidades del capitalismo del siglo XX. Eran, argumentó, como "geómetras euclidianos en un mundo no euclidiano"[6] que intentan analizar un mundo incierto utilizando herramientas que sólo son apropiadas para un mundo en el que las personas tienen certeza sobre el futuro. Sin embargo, como la abstracción y la idealización son parte inevitable de cualquier teoría económica, no pudo prescindir

totalmente de esta clase de métodos, y se vio obligado a defender abstracciones de otra naturaleza: un nuevo juego de herramientas conceptuales para analizar —o modelar— la economía. Gracias a estas nuevas herramientas, Keynes tuvo la libertad de describir la economía en forma innovadora; pudo desarrollar narrativas sobre el desempleo y el estancamiento imposibles con modelos anteriores. La subsecuente revolución keynesiana en la teoría económica cristalizó cuando los economistas empezaron a utilizar estos conceptos para crear nuevos modelos sobre el funcionamiento de la economía, lo que sucedió, incluso, entre economistas que se oponían a las políticas keynesianas, como Milton Friedman, decano del monetarismo y de la economía de libre mercado. A pesar de no ser keynesianos —en tanto que no aceptaban las recomendaciones en materia de políticas de Keynes— utilizaron muchas de las herramientas y conceptos que él había desarrollado.

Como la década inmediata posterior a la publicación de la *Teoría general* se caracterizó por la importancia que los economistas dieron al uso de las matemáticas, los modelos que conformaron la revolución keynesiana en la teoría económica eran matemáticos: sistemas de ecuaciones que describían economías abstractas y que podían utilizarse para mostrar cómo responderían esas economías cuando, por ejemplo, el gobierno aumentara su gasto en bienes y servicios o limitara la oferta monetaria. Si bien Keynes siempre buscó formas más eficaces para explicar los males económicos que lo rodeaban (aunque eso significara utilizar métodos menos rígidos y más abiertos), los economistas que siguieron a Keynes acabaron por interesarse más en la congruencia interna de sus modelos y, en consecuencia, crearon un estilo de teorización de la economía totalmente distinto.

Este nuevo tipo de teoría económica es otro de los motivos por los que Keynes ha sido percibido de manera distinta por diferentes generaciones de economistas. Independientemente de los cambios que condujeron a concepciones diversas sobre la política económica, los economistas desarrollaron nuevas formas de construir una teoría económica. No sólo aprendieron nuevas herramientas matemáticas, sino que también cambiaron su visión sobre la clase de abstracciones que es válido hacer. En las décadas de 1940 y 1950, los economistas eran receptivos a una amplia gama de ideas sobre la psicología humana; se trataba de una época en la cual lo que se había llamado “el factor humano” era considerado el centro subyacente de la mayoría de los problemas que ocupaban a las ciencias sociales. Sin embargo, en las dos décadas subsiguientes se prestó cada vez mayor atención a la teoría de la elección racional.

La teoría de la elección racional se basa en una idea muy simple sobre la motivación humana, la cual considera que las personas son agentes abstractos que siempre escogen la mejor de las opciones a su alcance. Según este punto de vista, el economista no tiene por qué cuestionar las preferencias sobre las que estas decisiones se sustentan, sino simplemente asumir que son consistentes. La teoría se aplica a todos por igual, trátese del gerente de una corporación, del trabajador individual o de un consumidor. La incorporación de la teoría de la elección racional en la economía hizo necesaria una nueva interpretación de la teoría económica de Keynes, quien había basado sus teorías en sus propias observaciones del comportamiento humano en la vida real, y no en el supuesto de que todas las decisiones eran racionales. El resultado fue que se considerara que, al no cimentarse en modelos de elección racional, sus teorías y las de los primeros keynesianos no ofrecían una explicación legítima

del comportamiento de las personas. Para la década de 1970, las teorías que habían estado a la vanguardia treinta años antes eran calificadas como demasiado primitivas para ser tomadas en serio. Sin embargo, lo anterior significa que los economistas acabaron por ver la *Teoría general* a través del lente de la teoría de la elección racional: los argumentos que no se ajustaban a ese marco de referencia no fueron reconocidos como teoría económica legítima y, por consiguiente, los economistas que leyeron este libro de Keynes se toparon con una obra distinta a la que había sido leída —incluso por economistas— en la década de 1940.

El cambio de convenciones sobre qué constituye una teoría económica respetable sería suficiente para explicar por qué se ha vuelto difícil para los economistas contemporáneos ver a Keynes con los mismos ojos con los que era visto una generación atrás. El hecho de que Keynes no fuera un economista típicamente académico e inflexible, sino una persona con intereses múltiples que, para su obra, recurría a una gran variedad de fuentes que resultarían ajenas a la disciplina académica actual —significativamente más especializada—, sólo exacerba esta dificultad. El bagaje filosófico y moral detrás de su pensamiento (del que hablaremos más adelante) indica una comprensión del mundo que seguramente es única entre los economistas del siglo XX, y lo condujo a un entendimiento de la economía diametralmente opuesto al concepto de la disciplina como "ciencia de modelos" que prevaleció después de la segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, para conocer a Keynes como teórico de la economía, sin pensar siquiera en su papel como diseñador de políticas económicas, es necesario saber cómo era su percepción del mundo.

En cierta medida, lo que diferencia a Keynes de muchos de los economistas contemporáneos es su visión de la disciplina como herramienta para diagnosticar la economía. Keynes consideraba que estaba desempeñando un papel muy parecido al de un médico que examina a un paciente: para él, la teoría económica era una herramienta de diagnóstico que le ayudaría a explicar los males de la economía capitalista. Por lo tanto, era fundamental que resultara útil y funcional para examinar los problemas a los que se enfrentaba. No creía inquebrantablemente en la verdad eterna de sus teorías de la misma forma en que muchos economistas modernos están casados con los modelos basados en la elección racional. Cuando la enfermedad cambiaba, él estaba dispuesto a cambiar su teoría. Tampoco sostenía que hubiera una teoría que fuera válida para siempre. Por el contrario, pensaba que establecer una teoría así sería establecer una ortodoxia, algo a lo que, como podremos observar, se oponía fervientemente.

La economía keynesiana se ha asociado con la Gran Depresión y con el problema de un altísimo desempleo porque ése era el contexto en el que se escribió la *Teoría general*. Sin embargo, para entender la obra de Keynes, es importante tomar en cuenta que sus ideas cambiaron conforme los problemas que estaba analizando eran remplazados por otros distintos. Gran Bretaña sufrió un prolongado estancamiento económico entre la primera y la segunda Guerra Mundial. Incluso durante el auge de los Estados Unidos ("los felices veinte"), entre 1924 y 1939, el índice de desempleo en la Gran Bretaña, de donde era originario, alcanzó una cifra menor a 10% en una sola ocasión (en 1927), y era mucho más alto en el norte industrial, donde las industrias del carbón, el acero, la construcción naval y los textiles estaban en una situación desesperada. Realmente no fue sino hasta 1940, una vez que la Gran Bretaña hubo movilizado sus recursos para la guerra, que disminuyó el desempleo. Sus tres

libros más conocidos sobre economía monetaria —*Breve tratado sobre la reforma monetaria* (1923), *Tratado sobre el dinero* (1930) y *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936)— pueden considerarse un esfuerzo constante por descubrir un mecanismo que permitiera explicar el pobre desempeño de la economía británica. La persistencia del desempleo durante un periodo tan prolongado también explica por qué Keynes no creía que el *laissez-faire* fuera la explicación adecuada de los males que plagaban la economía de su país. Algo no funcionaba, y quería encontrar la manera de identificar exactamente dónde estaba el problema.

El motivo principal por el que los economistas han cambiado sus teorías es su preocupación por ser "científicos"; a eso se debe que hayan buscado desarrollar teorías generales rigurosas. Para que sus modelos sean precisos, se han visto obligados a trabajar con mundos sumamente simples pues, de lo contrario, las matemáticas requeridas serían infinitamente complicadas. En la macroeconomía contemporánea, la simplicidad se alcanza gracias al recurso de "agente representativo": los agentes no sólo son maximizadores racionales, sino que todos son exactamente iguales. Este concepto simplifica enormemente el diseño de modelos, pues asume que la economía en su conjunto se comporta exactamente igual que los individuos que la componen. La teoría macroeconómica, por lo tanto, se basa en cimientos microeconómicos rigurosos de alta matemática. Sin embargo, el precio de este enfoque es que, si todos los agentes son idénticos, no puede haber fracasos de coordinación, es decir, es imposible que el comportamiento de algunos individuos sea incompatible con el de otros. Por ejemplo, no permite que las empresas tomen decisiones de inversión incompatibles con las decisiones domésticas sobre en qué ahorrar, en tanto que estas decisiones están a cargo de individuos que no se diferencian entre sí.

Esta forma de ignorar las diferencias entre personas contrasta dramáticamente con el enfoque de Keynes, quien creía que el origen de muchos de los problemas de la sociedad era la inconsistencia entre las expectativas y las actividades de distintos grupos de personas. Empresarios, inversionistas, especuladores, consumidores y funcionarios gubernamentales presentan comportamientos distintos que, incluso si fueran racionales para la persona en cuestión, podrían tener consecuencias desastrosas a nivel social, si interactuaran entre sí de una manera determinada. En la *Teoría general* se expresa esta complejidad de distintas maneras. Las diferencias entre las expectativas de los inversionistas es lo que mueve los mercados financieros; de no ser así, no habría comercio especulativo. A fin de explicar estas expectativas, Keynes exploró la psicología social de la inversión. Las decisiones de cuánto ahorrar y cuánto invertir son el resultado de distintos tipos de razonamiento y, por consiguiente, nada indica que sean consistentes con el pleno empleo. Además, no se puede presumir que los empleados y sus empleadores tengan la misma visión del futuro. Esta manera de ver el mundo (en el que personas distintas desempeñan papeles diferentes y que subyace en prácticamente todo lo que escribió Keynes) habría resultado lógica para casi todos sus predecesores y contemporáneos —particularmente a Adam Smith— y fue parte integral de sus primeros escritos sobre los efectos de la primera Guerra Mundial. Sin embargo, se trata de una concepción que no ha sido considerada en algunos de los capítulos más prominentes de la macroeconomía moderna.

De cualquier forma, es imposible saber si la adhesión de los economistas a los modelos de

elección racional y agente representativo (que desentonan con muchas de las ideas de Keynes sobre el mundo) se hayan asentado porque, especialmente en las últimas tres o cuatro décadas, hemos sido testigos de una inclinación a favor de las teorías en desarrollo que indican que los mercados pueden obtener mejores resultados que el gobierno. Los economistas han elaborado teorías que muestran cómo los agentes económicos racionales que operan en mercados libres se desempeñan mejor de lo que podrían hacerlo, si estuvieran sujetos a la intervención gubernamental y cómo esta última generalmente empeora la situación. Esta corriente de economistas considera el capitalismo como inherentemente estable, lo que contrasta radicalmente con la visión de Keynes, quien consideraba que era potencialmente inestable y requería de una administración cuidadosa. Además, estos nuevos economistas, en su afán por defender su postura en contra de las teorías y políticas que cuestionaban, atacaron los estereotipos de Keynes, quien acabó por personificar las versiones menos sutiles de la economía keynesiana, que tienen su origen en la década de 1960. Para algunos, Keynes fue el economista que socavó la idea de que el Estado debía equilibrar su presupuesto; para otros, el responsable de haber cimentado los modelos excesivamente elaborados de predicción con bases conceptuales viciadas.

El Keynes filósofo moral

Como si no bastara con todo lo anterior, hay un Keynes adicional que debemos tomar en consideración. En 1936, inducidas por la fama del autor y gracias al bajo precio de venta del libro, muchas personas sin formación en el campo de la economía leyeron la *Teoría general*. Para muchas de ellas, la teoría económica no era más que matemática abstrusa que las dejó perplejas. Lo que sí podían entender, aparte de que Keynes atacaba una ortodoxia llamada “economía clásica”, no eran sus recomendaciones sobre política fiscal, presentes en el texto, sino su capítulo concluyente sobre la filosofía social hacia la que sus ideas podrían conducir. Al plantear una visión sobre cómo debía organizarse la sociedad, Keynes se salía del campo de competencia del economista para incursionar en el ámbito del filósofo. Y no era la primera vez, pues uno de los temas recurrentes a lo largo de su obra (desde *Las consecuencias económicas de la paz*) había sido una crítica moral al capitalismo. Abordaba la economía con una perspectiva de filósofo moral.

Debido a que gran parte de la macroeconomía moderna rescata conceptos y teorías propuestas por Keynes —aunque combinados con supuestos y marcos de referencia teóricos distintos a los suyos—, resulta natural que los economistas contemporáneos lleguen a la conclusión de que, para crear modelos económicos, Keynes hacía lo mismo que hacen ellos. Para colmo, Keynes tenía una formación matemática, y con frecuencia utilizó el lenguaje de esta ciencia y los símbolos del formalismo matemático para expresarse, circunstancia que lo hace parecer y sonar igual que un economista moderno. Sin embargo, aunque Keynes sea el responsable de haber desarrollado y propagado algunos conceptos sobre los que se basa la economía contemporánea, pensaba que las teorías económicas serían utilizadas de maneras muy distintas a las formas en que los economistas han venido utilizando estos modelos a partir de entonces. Para comprender lo anterior, es necesario conocer sus vínculos con la filosofía.

Al principio de su carrera, Keynes participó activamente en el mundo de la filosofía de Cambridge; el mundo de G. E. Moore, Bertrand Russell y, después, Ludwig Wittgenstein y Frank Ramsey. La disertación que presentó en 1908 para obtener su titularidad como profesor en King's College, Cambridge, abordaba la filosofía de la probabilidad y, más adelante, se transformó en una importante obra filosófica: *A Treatise on Probability* (1921). Gran parte de su trabajo se inspira en su participación como miembro de los Apóstoles, una sociedad secreta en Cambridge que se reunía los sábados por la noche durante el periodo de clases, a la que se incorporó Keynes cuando era estudiante universitario. Los filósofos más prominentes de Cambridge que pertenecían a la generación anterior a Keynes también eran miembros, y el más joven de ellos, G. E. Moore, era profesor de la Universidad cuando Keynes se incorporó al grupo. Moore asistía regularmente a las sesiones de los sábados en las que los estudiantes discutían sus respectivos ensayos, y su influencia marcó la vida de Keynes.

La obra filosófica de Keynes tiene un fuerte sustento en las preguntas que Moore planteaba en sus propios trabajos sobre cómo tomar decisiones éticas cuando uno no sabe a ciencia cierta cuáles serán los resultados de sus propias acciones. Por lo tanto, a Keynes le importaba tanto la ética como la naturaleza del conocimiento probable e incierto. Por un lado, esta tarea daba a Keynes una base profunda en el campo de la ética y, por el otro, lo obligaba a rechazar la filosofía utilitaria que subyace en gran parte de la economía contemporánea.

Se trata, pues, de otra fuente de confusión y malos entendidos respecto a la naturaleza del trabajo teórico de Keynes. Los elegantes modelos desarrollados por teóricos de la economía en la segunda mitad del siglo XX se basan en supuestos comunes sobre el comportamiento humano que excluyen el tipo de distinciones éticas fundamentales en la visión que el propio Keynes tenía sobre sí mismo. Si bien es cierto que los economistas de las últimas cinco décadas del siglo pasado tenían razón al considerar a Keynes un teórico de la economía, no podían reconocer fácilmente la flexibilidad con la que Keynes utilizaba esos modelos para fines de diagnóstico, ni el enfoque ético distinto que utilizaba para evaluar algunos problemas económicos, como la prolongada falta de empleo.

Otros "apóstoles" de la generación de Keynes compartieron los mismos valores e inquietudes que él. Para comprender mejor la manera en que el economista sopesaba, por ejemplo, los costos sociales y políticos del desempleo, se podría recurrir a la manera en que otros "apóstoles" de su generación trataron el tema. Podríamos analizar la novela de E. M. Forster, *Howards End*, para captar la degradación humana que, desde el punto de vista de Keynes, generaba la falta de empleo. Del mismo modo, podríamos ver la obra del filósofo político Leonard Woolf para entender el potencial de la inestabilidad política que, según Keynes, el desempleo podría ocasionar. Sin esta perspectiva más amplia sobre su obra, también nosotros podríamos perder fácilmente de vista qué era lo que él consideraba importante sobre sus diagnósticos del capitalismo y, por ende, fracasar en nuestro intento por entender cabalmente a la persona en su carácter de teórico de la economía.

El Keynes histórico

Como sucede con cualquier figura histórica cuyas ideas tengan un valor político actual, el

Keynes del imaginario general es, en gran medida, una caricatura. Lo mismo podría decirse sobre la concepción popular de sus ideas en materia de política económica; es decir, lo que, de manera desacertada, se ha llamado keynesianismo. Durante su vida, Keynes fue frecuentemente retratado por caricaturistas políticos a los que les encantaba capturar sus labios gruesos y ojos grandes. De manera similar, el trabajo de Keynes en los campos de la teoría y la política económicas es fácil objeto de caricaturización. Keynes tomó algunos de los dogmas más importantes de su generación y tuvo la audacia de presentar explicaciones teóricas del capitalismo de mercado que no pudieron demostrar que siempre y en toda ocasión este enfoque conllevaría el mejor resultado posible. Quienquiera que tenga ideas suficientemente grandes y atrevidas para cuestionar la economía de *laissez-faire* es víctima natural de la exageración y la caricatura.

Pero más allá de que sus audaces ideas se pueden exagerar sin dificultad, existen otros aspectos de la obra de Keynes que se prestan a una mala interpretación. Irónicamente, muchos de los elementos que permiten que su trabajo se pueda adaptar tanto a buenos como a malos tiempos son los mismos que dan pie a estos errores de interpretación. Uno de nuestros objetivos en este libro es demostrar por qué las ideas de Keynes son aplicables a tal variedad de circunstancias: mostrar por qué, por ejemplo, su obra más conocida, la *Teoría general*, ha resultado útil para personas que intentaban hacer todo tipo de recomendaciones distintas en materia de políticas con base en visiones diversas de la naturaleza fundamental de la economía capitalista.

Nuestra meta no es argumentar que un aspecto de Keynes debe ocupar un pedestal y otros se deben desacreditar. Por el contrario, queremos explicar por qué es legítimo considerar que Keynes sentó las bases para ver la economía desde distintas perspectivas. Intentaremos mostrar a qué se debe que algunos de los peores estereotipos no sean representaciones aceptables de su obra ni mecanismos adecuados para comprender el *potencial* de su trabajo. En el proceso revelaremos una mente sutil que rechazaba muchos aspectos del capitalismo y que, sin embargo, sentía que, a fin de cuentas, ése era el mejor sistema económico a nuestro alcance.

[1] John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, p. 159.

[2] *Ibidem*, pp. 163-164.

[3] *Ibidem*, p. 165.

[4] *Ibidem*, p. 167.

[5] *Ibidem*, p. 168.

[6] *Ibidem*, p. 48.

II. EL ASCENSO Y LA CAÍDA DE LA ECONOMÍA KEYNESIANA

EL MITO DE LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA

Con frecuencia se argumenta, para bien o para mal, que, tras la Gran Depresión, la economía keynesiana transformó el proceso de toma de decisiones en las democracias industriales. Hubo un momento en que no era raro referirse a Keynes como "el hombre que salvó el capitalismo" durante ese periodo. La esencia de esta historia es, por un lado, que en *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (publicado en 1936) Keynes presentó un análisis revolucionario del funcionamiento de las economías capitalistas que, al demostrar cómo podía utilizarse la política fiscal para mantener un alto nivel de empleo, echó totalmente por tierra más de cien años de teorización económica "clásica" y, por el otro, que los políticos adoptaron estas ideas y, gracias a ellas, lograron la recuperación de sus países, que estaban al borde del colapso. Se pensó que los políticos que audazmente se aventuraron a recurrir al déficit público para cubrir sus gastos, lo habían hecho inspirados principalmente en la obra de Keynes. De no haber actuado así, la Gran Depresión se habría prolongado mucho más tiempo.

Sin embargo, como sucede con muchas historias cuando se resumen, ésta tiene poco o nada que ver con la realidad. Observemos primero la relación entre la teoría de Keynes y la de sus predecesores y contemporáneos. El propio Keynes alimentó la noción de que estaba fomentando una revolución en el campo de la teoría económica que iba a derrocar a la ortodoxia dominante. Un año antes de la publicación de su libro, escribió al dramaturgo e intelectual socialista George Bernard Shaw: "Creo estar escribiendo un libro sobre teoría económica que revolucionará totalmente (no de inmediato —supongo— pero en el curso de diez años) la manera de pensar en todo el mundo sobre los problemas económicos".[1] Estas líneas han sido citadas en innumerables ocasiones. En la *Teoría general* retomó esta idea y escribió sobre su propia "lucha para escapar de los modos habituales de pensamiento y expresión" y enmarcó sus propios conceptos como una teoría más general que la clásica comparando, como ya se mencionó, a sus predecesores con "geómetras euclidianos en un mundo no euclidiano". Trazó un paralelismo implícito entre su papel en el campo de la economía y lo que Einstein había hecho en el ámbito de la física. Muchos de sus seguidores adoptaron el tema de una revolución de la economía y, con el tiempo, se convirtió en un dogma aceptado por amigos y enemigos por igual.

Sin lugar a dudas hubo, en palabras de David Laidler, "un reacomodo importante de las ideas [económicas] a finales de la década de 1930", aunque agregó que "la frase 'revolución keynesiana' siempre conlleva cierto elemento de creación mítica".[2] Su razonamiento era que el reajuste que describimos con ese nombre no fue ni revolucionario en el sentido habitual de la palabra ni —de ninguna manera— atribuible únicamente a Keynes. Es decir, los cambios a los que nos referimos cuando hablamos de la revolución keynesiana no implican el derrocamiento

absoluto del pensamiento anterior ni se deben sólo a Keynes.

Esta postura se explica con el argumento de que la *Teoría general* construye sobre el resultado de dos décadas de teorización notablemente creativa, tanto del propio Keynes como de otros economistas a los que él tachó de “clásicos”, sobre los problemas relativos a los ciclos económicos y el desempleo. Desde principios del siglo XX, los economistas venían analizando las causas de estos ciclos económicos, término que se popularizó en la década de 1920 conforme iban apareciendo en distintos países diversos institutos dedicados a la investigación de fluctuaciones cíclicas en la actividad económica, como la Oficina Nacional de Investigación Económica Wesley Mitchell, que se estableció en los Estados Unidos en 1919 y que es el ejemplo más destacado. El objetivo de estas instituciones era desarrollar y analizar estadísticas sobre la fluctuación económica a fin de crear imágenes estadísticas fidedignas de lo que realmente sucedía en un ciclo y, en consecuencia, entenderlos mejor.

Los economistas pueden utilizar como marco analítico la teoría cuantitativa del dinero tradicional, teoría que postula una relación duradera entre la oferta del dinero (la reserva de efectivo y depósitos bancarios) y el nivel de precios. Así lo hizo Keynes. Sin embargo, se trata de un sistema lo suficientemente flexible para permitir que los economistas den seguimiento a muchas y muy variadas ideas sobre las causas del ciclo y las fluctuaciones en los índices de desempleo. Retomando teorías sobre el ciclo económico que se remontaban al siglo XIX, Keynes y Arthur Cecil Pigou, colega suyo en Cambridge, subrayaron las expectativas de los empresarios como causa del ciclo, mientras que Ralph Hawtrey, economista formado en Cambridge que ocupó un cargo permanente en la Tesorería Británica como único especialista en economía durante gran parte del periodo entre guerras, se enfocó en la función de los mercados de dinero en la exacerbación de las fluctuaciones cíclicas. En la Europa continental, economistas suecos desarrollaron teorías monetarias que prácticamente implicaban abandonar la teoría cuantitativa y remplazarla con teorías que se acercaban más a las teorías que Keynes adoptó en la década de 1930. Los austriacos —incluyendo a Ludwig von Mises y Friedrich Hayek (que en la década de 1970 ejercería una fuerte influencia sobre Margaret Thatcher y Ronald Reagan)— argumentaban que el ciclo se debía a una política monetaria sobreexpansionista que conducía a auges insostenibles que inevitablemente se desplomarían y ocasionarían una recesión. En los Estados Unidos, la necesidad que tenía el entonces recientemente establecido Sistema de la Reserva Federal de desarrollar normas de operación tuvo como resultado la proliferación de escritos sobre política monetaria y el ciclo económico. Incluso en la Universidad de Chicago, ahora considerada centro de la teoría antikeynesiana del libre mercado, Henry Simons defendió la intervención activa del gobierno como mecanismo para estabilizar la economía.

Aunque Keynes sí propuso una teoría nueva, la construyó sobre conceptos desarrollados en las décadas de 1920 y 1930. La distinción entre ahorro (la decisión de no gastar el ingreso íntegro en el consumo de bienes) e inversión (la decisión de gastar dinero en la compra de bienes de capital que aumenten el rendimiento a futuro, como nuevos edificios, maquinaria o infraestructura para el transporte), fundamental en la teoría de Keynes, había sido desarrollada en la década de 1920 por el propio Keynes y su colega Dennis Robertson (quien más adelante objetó el reclamo de Keynes de estar llevando a cabo una revolución). La teoría de eficiencia marginal del capital —es decir, la teoría de Keynes sobre la inversión— estaba fuertemente

influenciada por la obra del teórico cuantitativo estadunidense Irving Fisher. Gran parte de la teoría sobre los motivos que llevan a las personas a guardar el dinero se basa en trabajos anteriores realizados en Cambridge y otros lugares. Keynes sostenía que lo que distinguía su teoría de la teoría "clásica" era que la suya reconocía la idea de demanda efectiva; la demanda de bienes y servicios en su conjunto. Sin embargo, no sólo la noción sino también la frase misma había sido utilizada por Hawtrey antes de la segunda Guerra Mundial. Prácticamente todos los conceptos que usó Keynes se habían desarrollado con antelación, y muchos de ellos gozaban de una aceptación generalizada antes de que la *Teoría general* saliera a la luz. Más aún, si bien es cierto que Keynes era innovador, el prominente economista sueco Bertil Ohlin (quien encabezó el Partido Liberal de su país durante dos décadas después de la segunda Guerra Mundial y ganó el Premio Nobel de Economía por su obra sobre economía internacional) podría haber criticado legítimamente su teorización por ser sumamente conservadora y desdeñar el análisis dinámico explícito que se realizaba en Suecia y que el propio Keynes había explorado en 1930. La importancia de Keynes radica no en haber enterrado todo lo que lo precedía sino en que su obra *Teoría general* se convirtió en el canal a través del cual se transmitió una enorme cantidad de pensamiento creativo sobre el ciclo económico a la teoría económica de la posguerra.

Esto no significa que no hubiera economistas que sí sostuvieran los puntos de vista por los que Keynes les reprochaba. Ya mencionamos las posturas conservadoras de Mises y Hayek, quienes argumentaban que la política gubernamental no contenía el ciclo económico sino que lo exacerbaba. Lionel Robbins las suscribió en la Gran Bretaña, y, en los Estados Unidos, Alvin Hansenes, quien más adelante se volvería partidario de Keynes, enarbolaba puntos de vista similares. Hawtrey, contemporáneo de Keynes en Cambridge, fue uno de los mayores defensores de la llamada "visión de la tesorería"; la doctrina según la cual, si el gobierno contrae deuda para financiar programas de obra pública (construir carreteras, escuelas y otros proyectos de inversión), los fondos correspondientes son retirados de la inversión privada y, en consecuencia, no hay un resultado neto a favor del empleo. Otros economistas temían que la política expansionista conllevara inflación y, por lo tanto, sugerían que, en tanto la economía mundial se desplomaba hacia la depresión y los países se enfrentaban a un incremento de sus déficits presupuestarios, los Estados debían poner orden y recortar el gasto gubernamental. Sin presupuestos equilibrados, afirmaban, habría presión inflacionaria, y los inversionistas perderían la confianza en el valor del dinero.

Sin embargo, no existía una ortodoxia monolítica en los ámbitos de la teoría y la política económicas; por el contrario, el abanico de puntos de vista era muy grande. Para muestra bastan los debates que se realizaron en la década de 1920 sobre la forma en que el Sistema de la Reserva Federal, que acababa de crearse, debía conducir la política monetaria. La gama de perspectivas iba desde posturas férreas contra la inflación, que sostenían que el organismo debía luchar a favor de una política monetaria rigurosa, hasta opiniones que sostenían que la institución debía permitir que la oferta de dinero satisficiera las necesidades de la iniciativa privada con el argumento de que si las empresas no tenían un uso productivo para fondos prestados, no se contraería deuda. Había partidarios de la reglamentación monetaria (como Irving Fisher, quien propuso una serie de normas que, según él, estabilizarían el valor de dólar) y defensores de la discrecionalidad (que pensaban que el Sistema debía aprender cómo

utilizar activamente la política monetaria para manejar la economía).

Lo que sucedió es que —debido a razones que habría que explorar— la *Teoría general* acabó por ser el vehículo a través del cual estas ideas teóricas trabajadas en la década de 1920 y a principios de la década de 1930 llegaron a la economía moderna. En otras palabras, la *Teoría general* fungió como un filtro que permitió el paso de ciertas ideas e impidió el de otras, que se perdieron. El resultado es que cuando las generaciones posteriores de economistas volvieron la vista hacia atrás y vieron que la figura de Keynes era dominante, no fue porque él hubiera inventado la materia, sino porque vieron el pasado a través del lente de la economía keynesiana.

La historia resumida con la que empezamos este capítulo también falla desde el punto de vista de las políticas. Efectivamente hubo naciones que experimentaron con el déficit de gasto público en las décadas de 1920 y 1930, pero la extraña verdad es que en ningún caso los formuladores de políticas habían tenido la idea de utilizar el déficit leyendo el gran libro de Keynes. No fue así en Suecia, ni en Alemania, ni en Francia, ni en los Estados Unidos, ni, desde luego, en la Gran Bretaña, donde no se hizo ningún ensayo serio con déficits presupuestarios gubernamentales durante todo el periodo entreguerras.

En Suecia, los déficits presupuestarios gubernamentales surgieron en la década de 1930, cuando se creó la coalición política de trabajadores rurales y trabajadores urbanos; dos grupos que, en la política nacional, habían estado tradicionalmente en disputa. Antes de la Gran Depresión, los campesinos anhelaban que los precios de los alimentos fueran altos y que los de los bienes manufacturados fueran bajos. Por su parte, los trabajadores industriales pensaban que debía ser al revés. Los dos grupos lograron coincidir gracias al comportamiento político empresarial de los partidos políticos que los habían representado históricamente. El resultado fue un programa que crearía empleo en las ciudades y subsidiaría el ingreso para el campo.

Keynes había sido el principal oponente de que Francia intentara, en la Conferencia de Paz de Versalles, obligar a Alemania a pagar altas indemnizaciones, y esta postura causó resentimientos en su contra. Por lo tanto, no es de sorprender que la *Teoría general* no se tradujera al francés sino hasta 1942, y que no se pudiera conseguir la versión original en inglés en el país galo hasta terminada la segunda Guerra Mundial. Alemania, en cambio, era más receptiva a los puntos de vista de Keynes, pero, durante la República de Weimar, utilizar el déficit fue una alternativa política pragmática refrendada por los sectores empresarial y obrero. Ante la explosión inflacionaria posterior a la primera Guerra Mundial, todas las clases sociales alemanas atravesaban por dificultades económicas. Sólo a través de recortes tributarios a las empresas e incrementos al gasto en programas sociales apoyados por los grupos obreros fue posible crear una coalición gobernante en el deteriorado ambiente político de hiperinflación. Los déficits de la República de Weimar han sido descritos como “la argamasa social” que mantuvo al país unido.[3] En contraste, durante el régimen nazi, el gasto gubernamental fue encabezado por el rearme, y no por sus efectos en la demanda agregada. En Japón, en la década de 1930, utilizar el déficit en el gasto público fue consecuencia directa de la intrusión militar en la política fiscal gubernamental. Los líderes militares exigieron un fuerte programa de rearme e intervinieron para hacerlo realidad a pesar de que el ministro de finanzas argumentara que los ingresos tributarios eran insuficientes para llevarlo a cabo.

Ya que en el imaginario generalizado el *Nuevo trato* de Franklin Roosevelt suele asociarse con las ideas keynesianas, vale la pena analizar cuidadosamente qué sucedió en los Estados Unidos. En sus primeras dos campañas presidenciales, la plataforma electoral de Roosevelt era equilibrar el presupuesto gubernamental. De hecho, en la contienda de 1932 pintó a Herbert Hoover como un peligroso despilfarrador porque el presupuesto federal estaba en déficit. Desde luego que Hoover nunca tuvo la intención de caer en déficit; más bien había sido víctima de la rápida caída de ingresos tributarios cuando la economía se desplomó tras la quiebra del mercado de valores en 1929. El primer *Nuevo trato* de Roosevelt (la política económica de su gobierno durante su primer mandato) consistía, por un lado, en planes para incrementar la producción industrial disminuyendo el poder monopólico de las grandes empresas y, por el otro, en el proyecto de comprar oro para aumentar su precio. El propósito de la Oficina de Recuperación Nacional —que operó entre 1932 y 1935— no era ofrecer un estímulo fiscal; por el contrario, se basaba en la idea de que había que estabilizar los mercados utilizando, cuando la situación así lo requiriera, una política de control de precios, en el entendido de que la fijación de precios serviría para equilibrar los intereses de distintos grupos de la sociedad estadunidense. Roosevelt acabó por ejercer su primer periodo presidencial con déficits en el presupuesto federal, pero, igual que los déficits de Hoover, éstos no habían sido intencionales, y culpó al gasto para ayuda de emergencia al que se había comprometido una vez electo después de caer claramente en cuenta de la gravedad de la Depresión. Uno de los mejores ejemplos que utilizó Roosevelt para defender el inesperado déficit fue el Cuerpo Civil de Conservación, un programa muy popular que había prometido financiar durante un periodo determinado y con un presupuesto estrictamente limitado. Reafirmó su promesa de equilibrar el presupuesto en su campaña de 1936, y afirmó que, en esa ocasión, sí sería posible hacerlo gracias a que los programas de ayuda ya no se requerían con tanta urgencia.

Sin embargo, poco después de su segunda toma de posesión (1937), Roosevelt se vio ante una crisis en ciernes cuando sus asesores se dieron cuenta de que la economía se encaminaba al precipicio por segunda ocasión. Cuando recurrió de manera intencional al déficit presupuestario gubernamental para estimular la economía estadunidense, en su presupuesto para 1938, lo hizo con base en las ideas de varios investigadores jóvenes de su propio equipo, y ninguno de ellos las había obtenido leyendo a Keynes. Con información del presupuesto federal, los investigadores descubrieron que la depresión había sido precedida por una doble reducción de índole fiscal: el último bono pagado a los veteranos de la primera Guerra Mundial se había efectuado en 1936 y la primera recaudación de impuestos para la seguridad social se había realizado en 1937. Esto representaba una contracción del presupuesto superior al cinco por ciento. Harry Hopkins, entonces secretario de Comercio de Roosevelt, utilizó estas cifras para convencer al presidente de que el retraimiento en la actividad económica general se debía al superávit presupuestario de esas dos acciones. Por lo tanto, ninguno de los defensores del primer déficit programado para el presupuesto de 1938 partió de la obra de Keynes para hacer su recomendación. Para 1940, las ideas de Keynes empezaban a hacerse presentes en la administración de Roosevelt, pero eran utilizadas como un aparato técnico para explicar políticas sobre las cuales, por otros motivos, ya se habían tomado decisiones.

Incluso en la Gran Bretaña, donde el propio Keynes se movía libremente por los corredores

del poder y había sido nombrado asesor especial de la Tesorería durante la segunda Guerra Mundial, el gobierno nunca adoptó una política de estímulo fiscal durante su vida. La primera influencia evidente de las ideas de Keynes en la toma de decisiones británica no guardaba relación alguna con estimular la economía, sino con controlar la inflación. Las ideas de Keynes se adoptaron por primera vez de manera explícita en 1941, cuando la necesidad imperiosa de un mayor gasto militar ocasionó que la demanda de recursos excediera significativamente la oferta. La visión keynesiana se utilizó como marco de referencia para determinar cuánto se requería disminuir el consumo civil y cómo se podían implementar mayores gravámenes y ahorros obligatorios, entre otras medidas, a fin de lograr la reducción necesaria sin que aumentaran los precios. La primera aplicación en la Gran Bretaña de las ideas que Keynes había desarrollado en la *Teoría general* estaba relacionada con el problema de "cómo pagar la guerra", para citar un pequeño panfleto que redactó en 1940. Este trabajo es un claro ejemplo de cómo podía adaptar su teoría según el problema al que se enfrentara.

Quizá Canadá sea el único país donde sabemos inequívocamente que las ideas de Keynes influyeron en el gobierno: varios economistas jóvenes que habían sido discípulos de Keynes en Cambridge en la década de 1930 regresaron a su país y se incorporaron al servicio civil canadiense a tiempo para influir en que el gobierno recurriera a la política fiscal en su intento de ayudar al país a salir de la Depresión. Sin embargo, Canadá es una excepción a la regla que dicta que los déficits presupuestarios surgen por motivos que no guardan relación alguna con Keynes.

Lo que realmente sucedió en la formulación de políticas —como también en la teoría económica— fue más complicado y, en cierto sentido, más profundo que la visión generalizada de lo que implica la revolución keynesiana. Se presentó un cambio intensamente arraigado en las actitudes relativas a la política gubernamental como resultado de muchos factores políticos y sociales que no pueden atribuirse a Keynes.

Desde luego que muchas de sus ideas podrían utilizarse para apoyar este cambio de perspectiva en la formulación de políticas, pero él tuvo poco que ver en los detalles de la política que surgió. Su nombre se asoció con estas políticas porque (después de su muerte, en lo que se llamó "la era de Keynes") sus teorías aportaron un lenguaje común para hablar sobre los experimentos en política fiscal que se llevaban a cabo en un gran número de países.

La era de Keynes

Si la *Teoría general* no ocasionó un rompimiento absoluto con las teorías anteriores sobre el funcionamiento de las economías capitalistas, y si la obra de Keynes no motivó que se transformara la manera en que los gobiernos planteaban su política económica, ¿por qué se conoce el periodo que va de la segunda Guerra Mundial a la crisis petrolera de la década de 1970 como "la era de Keynes"? Para responder esta pregunta es más fácil empezar por la política económica para luego seguir con la teoría económica.

Aunque antes del conflicto ya se habían introducido políticas de gestión de la demanda por razones que poco tenían que ver con Keynes, tras la segunda Guerra Mundial, el economista y el keynesianismo fueron estrechamente identificados con la planeación macroeconómica y,

particularmente, con la utilización del déficit en el presupuesto gubernamental como herramienta para controlar el nivel de actividad económica. Si la economía entraba en recesión era necesario aumentar el gasto del gobierno o disminuir los impuestos con el fin de estimular la demanda lo que, a su vez, mantendría el pleno empleo. Por el contrario, si la economía se sobrecalentaba y el sobreempleo generaba una presión inflacionaria, había que disminuir el déficit y restaurar así el equilibrio entre la demanda agregada y lo que la economía era capaz de producir. Para comprender los antecedentes de este modelo, debemos entender primero por qué surgió este nuevo enfoque en la política económica y, después, por qué se vinculó al nombre de Keynes.

El motivo detrás de la idea de que el gobierno debía manejar así el nivel de demanda fue la opinión generalizada que prevaleció durante la posguerra de que el enorme gasto que implicó la segunda Guerra Mundial tuvo como resultado el fin de la Gran Depresión. Las economías industrializadas nunca se recuperaron totalmente antes de la guerra, pero mientras ésta duró, prácticamente se eliminó el desempleo. Por lo tanto, se extendió la noción de que la mejor época (económica) de los Estados Unidos en casi dos décadas (otros países, como la Gran Bretaña, podrían haber estado en austeridad, pero por razones distintas) tuvo su origen en el gasto gubernamental y, en consecuencia, hubo una exigencia política de prolongar la gestión de la demanda una vez terminado el conflicto armado.

Para quienes formulan las políticas, el surgimiento de los ideales socialdemócratas y del Estado benefactor después de la guerra hizo que aumentara la popularidad de la gestión de la demanda. Las privaciones de la Depresión y el sacrificio de hombres y mujeres de la clase trabajadora a lo largo del enfrentamiento bélico habían generado una fuerte exigencia política de mayor justicia social. Muchos de los experimentos que se realizaron con el gasto en déficit antes de la guerra (en Suecia, Francia y Alemania, por ejemplo) habían incluido políticas redistributivas y, para 1945, la obra de William Beveridge sobre el Estado benefactor en la Gran Bretaña durante la guerra ya era ampliamente conocida en las democracias industrializadas. Beveridge argumentó explícitamente a favor de la necesidad de mantener el pleno empleo como elemento fundamental del Estado benefactor, lo que tenía sentido por varios motivos: no sólo resultaba equitativo mantener un alto nivel de empleo sino que hacerlo se traduciría en un menor número de personas que requerirían pagos de seguridad social y en mayores ingresos tributarios. Por lo tanto, el uso de políticas de gestión de la demanda para mantener el pleno empleo parecía la estrategia lógica para los políticos de la posguerra; de hecho, hacerlo podía muy bien ser condición indispensable para que los Estados benefactores fueran asequibles.

Debido a la Guerra Fría, la gestión de la demanda también ganó crédito como pieza clave de una política económica eficaz. Una manera de demostrar la superioridad del capitalismo era asegurarse de que siempre fuera capaz de brindar pleno empleo, algo que la Unión Soviética podía garantizar a través de su sistema de planificación central. La gestión de la demanda seguía pareciendo entonces el mejor sistema para evitar los fracasos que caracterizaron la Gran Depresión. En este sentido, la gestión de la demanda era considerada un eslabón del aparato tecnológico que Occidente añadía a su arsenal de ideas.

Una razón adicional para este cambio de actitud respecto de las políticas tiene que ver con la nueva y compleja relación entre los economistas profesionales y los políticos. Para cuando

Keynes publicó su *Teoría general* en 1936, empezaba a surgir una demanda adicional de asesoría económica experta sobre cómo manejar mejor la economía. Si bien los economistas habían intentado construir teorías sobre la economía desde por lo menos dos siglos atrás, hacia 1936 aún no quedaba claro si dichas teorías serían capaces de explicar la economía con la precisión que los economistas empezaron a esforzarse por lograr cuando introdujeron más ampliamente el uso de las matemáticas y la estadística, en las décadas de 1920 y 1930. Además, aunque la actividad económica hubiera sufrido varias caídas a lo largo del proceso de industrialización de las economías occidentales, la Gran Depresión se prolongó a tal grado y fue tan severa que resultaba imposible para los políticos no buscar los medios necesarios para mejorar el desempeño económico.

La segunda Guerra Mundial impulsó esta tendencia aún más: permitió que la economía fuera considerada una forma de ingeniería que podía ser utilizada para diseñar un sistema económico más eficiente que el capitalismo de *laissez-faire* que le había fallado al mundo en la década de 1930. La movilización de recursos para la guerra había necesitado planeación. El "programa de la victoria" de Roosevelt requería un incremento enorme del gasto militar, y los economistas Simon Kuznets y Robert Nathan utilizaron las recientemente desarrolladas cuentas nacionales para ayudar a organizar y racionalizar el proceso de planificación: la proporción de las adquisiciones para fines militares en relación con el ingreso nacional subió de cuatro a 48% (es fácil olvidar qué tan limitada era la capacidad militar de los Estados Unidos en 1940). Esta participación en la planificación de la economía estadunidense, aunada a las actividades de otros economistas que trabajaban al servicio del gobierno, era parte de una contribución mucho más amplia por parte de profesionales de las ciencias sociales en el esfuerzo de la guerra: antropólogos y geógrafos proporcionaban información de inteligencia sobre partes desconocidas del planeta; politólogos y sociólogos estudiaban los países enemigos (los mejores, para diseñar propaganda) y se requería a psicólogos por todas partes, desde para someter a los reclutas a un análisis a fin de evitar víctimas psicológicas (una tarea en la que quedó demostrado su fracaso) hasta para entender el comportamiento enemigo. Además, los economistas no sólo estaban involucrados en la planeación económica; estaban contratados al lado de científicos naturales (y otros de las ciencias sociales) en la Oficina de Servicios Estratégicos (antecesora de la Agencia Central de Inteligencia). Su función era calcular la fuerza económica de Alemania y Japón, y estudiar cómo adjudicar mejor la escasa capacidad de envío de carga. También formaban parte, junto con matemáticos, estadísticos y científicos, de un cuadro de personas encargado de resolver problemas generales y que ayudaba a solucionar asuntos técnicos militares, como el diseño de miras que pudieran ser utilizadas desde las aeronaves o la manera de evitar que los proyectiles dirigidos al enemigo cayeran accidentalmente sobre sus propias tropas. Por todo lo anterior, Paul Samuelson pudo afirmar más adelante que la segunda Guerra Mundial (generalmente conocida como la guerra de los físicos gracias a los avances técnicos en la materia, que incluían el radar y el motor a reacción o la bomba atómica que contribuyó al triunfo de los Aliados) fue también la "guerra de los economistas",[4] pues para cuando terminó el conflicto armado, esta disciplina había adquirido una gran reputación.

En consecuencia, el mundo de la posguerra fue un contexto único que dio a los economistas la posibilidad de creer que por fin habían adquirido la capacidad de analizar la economía y

ofrecer pruebas científicas sobre cómo alcanzar distintas metas. Por su parte, los políticos estaban buscando modelos que les ayudaran a diseñar políticas eficaces. El enorme mérito de la economía keynesiana fue que representaba, para utilizar las palabras de Harold Macmillan, primer ministro británico entre 1956 y 1963, “la vía media” entre la planificación central socialista y el capitalismo de libre mercado que tan calamitosamente había fracasado durante la Gran Depresión. Pero era más que eso: abría la posibilidad de que el análisis de la economía concordara con los puntos de vista científicos de la época.

Para que la economía se convirtiera en ciencia, necesitaba desarrollar teorías que tuvieran mayor poder predictivo; que dieran a la disciplina un carácter más parecido al de la ingeniería. Para lograrlo, aunque el público en general y algunos formuladores de políticas apenas se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, se diseñó un elaborado aparato de teoría económica matemática: conjuntos formales de proposiciones sobre cómo se comportaban realmente las economías de mercado, que podían ser analizados rigurosamente utilizando herramientas matemáticas cada vez más avanzadas. Supuestamente, las proposiciones en materia de políticas no tenían su cimiento en filosofías políticas, ni siquiera en teorías basadas en razonamientos puramente verbales, sino en “modelos”, es decir, en estructuras matemáticas útiles para predecir qué sucedería en caso de que la economía recibiera ciertos golpes o de que las políticas sirvieran de palanca en uno u otro sentido.

Había muchos motivos por los que tenía sentido que la *Teoría general* de Keynes fuera el punto de partida para este tipo de modelo. La teoría de Keynes podía ser demasiado simple para algunos (J. A. Schumpeter, el gran economista de Harvard que en algún momento se desempeñó como ministro de finanzas de Austria y que era un prominente estudioso del ciclo económico, descalificó los tres elementos fundamentales de la *Teoría general* y se refirió a ellos como los “tres grandes simplificadores”),[5] o sus preferencias en el campo de las políticas no resultar atractivas para otros, pero sí ofrecía una nueva manera de pensar sobre el sistema económico en su conjunto. Milton Friedman, que en 1970 se convirtió en el más exitoso opositor de las políticas keynesianas, afirmó que Keynes logró que los economistas, incluso aquellos que no aceptaban sus puntos de vista respecto a las políticas, vieran el mundo a través de un nuevo lente y que él había proporcionado nuevas herramientas que se podían utilizar.

Uno de los principales motivos por los que las ideas de Keynes se volvieron fundamentales en la economía de la posguerra fue el cambio drástico en la manera en que los economistas analizaban la economía. Si bien otros habían construido modelos matemáticos sobre el ciclo económico (cabe destacar a Ragnar Frisch y Jan Tinbergen, que más adelante se convirtieron en los primeros recipiendarios del Premio en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel), la *Teoría general* de Keynes proporcionó —desde su publicación y como la obra de ningún otro economista— el marco teórico dentro del cual desarrollar el modelo matemático de la economía en su conjunto. Los economistas modernos se quejan de la falta de rigor de Keynes (si sólo hubiera incorporado más matemáticas, sostienen, el libro habría sido mucho más claro). Sin embargo, generalmente se olvida que muchos de los críticos que reseñaron la *Teoría general* en 1936 y 1937 se quejaron del avanzado tratamiento matemático del libro. A quien más atrajo fue a la nueva generación de economistas, que tenía una formación matemática. Por eso James Tobin escribió, treinta años después, acerca del inmenso encanto

que las ideas de Keynes tenían para un joven economista cuantitativo.

Sin embargo, aunque la *Teoría general* contenía las piezas para armar un modelo simple de la economía en su conjunto y a pesar de que Keynes era un matemático competente que adoptó un razonamiento matemático, por motivos que analizaremos más adelante, no trabajó con las representaciones matemáticas simplificadas de la economía que cada vez con mayor frecuencia los economistas llaman "modelos". Dejó esa tarea a otros. Como resultado, casi inmediatamente después de que la obra saliera a la venta, hubo economistas que tradujeron sus ideas al álgebra; es decir, a sencillos modelos que pudieran ser manipulados para producir resultados "keynesianos" o resultados "clásicos". El modelo más exitoso fue el que propuso el economista británico John Hicks en 1937 y que después renombró Alvin Hansen, quien, a través tanto de su seminario en Harvard como de su muy influyente libro *A Guide to Keynes* (1953), desempeñó un papel fundamental para que la academia estadunidense incorporara las ideas del economista británico. Se trataba de un modelo que cualquier estudiante, una vez que hubiera aprendido a manipular las curvas correctamente, podría utilizar para calcular el efecto que tendría un cambio en las políticas gubernamentales monetarias o de gasto. Para muchos economistas de la década de 1950, el modelo conocido como IS-LM, por el nombre de sus dos curvas, *era igual* a la economía keynesiana.

Aunque los alumnos quedaran satisfechos con el modelo IS-LM, los economistas profesionales necesitaban más. Una de las ventajas del modelo es que puede hacerse más complicado incorporando ecuaciones adicionales que reflejen la complejidad de la economía. En este sentido, los modelos podían registrar un rango de fenómenos incremental que permitía a los teóricos desarrollar teorías más elaboradas del ahorro y la inversión. Si bien estos modelos podían ir más allá de lo que Keynes había contemplado, no dejaban de ser esencialmente keynesianos en tanto que se centraban en ideas tomadas directamente de la *Teoría general*. Por lo tanto, durante la década de 1950 y gran parte de la década de 1960, Keynes dominó la teoría macroeconómica de la misma manera en que dominó el mundo de las políticas. Robert Barro, uno de los economistas de libre mercado que transformó la disciplina en la década de 1970, señaló que, alrededor de 1970, cuando se concentró en la macroeconomía, la economía keynesiana parecía ser "lo único que había".[6]

El problema es que los modelos teóricos no sirven de nada si no se pueden relacionar con lo que sucede en la economía. Durante la segunda Guerra Mundial, Keynes participó cercanamente con quienes estaban creando las cuentas nacionales que definirían el mecanismo para calcular el producto interno bruto y, por consiguiente, para cuando terminó la guerra, estas cuentas estaban organizadas en categorías que coincidían exactamente con su modelo de demanda agregada. Si Keynes obtuvo más de los pioneros de la contabilidad del ingreso nacional o si fue al revés, resulta irrelevante. Lo que sí importa es que justo en el momento en que la información estadística estuvo al alcance de la mano en una escala tal que los economistas de generaciones anteriores sólo hubieran podido soñar, el modelo de Keynes ofreció el marco natural para analizarla. Los modelos empíricos de los economistas, incluyendo los modelos gigantescos utilizados por los gobiernos para generar predicciones detalladas sobre los efectos de un cambio de políticas, se construyeron a partir de cimientos keynesianos.

La trascendencia de las ideas de Keynes fue tan prolongada porque durante casi tres

décadas después de terminada la guerra, economistas de todo el mundo trabajaron en entornos políticos y sociales en los que la gestión de la demanda se había utilizado antes de la guerra y en los cuales, una vez terminada ésta, se había puesto de moda. Si bien el surgimiento de la gestión de la demanda había sido un asunto de invención política en algunos países, y de colaboración con especialistas en economía, en otros, el marco teórico básico de Keynes para describirla se convirtió entonces en un lenguaje común entre economistas de una amplia gama de países. Del mismo modo que la gestión de la demanda había sido introducida en los Estados Unidos sin hacer referencia alguna a la obra de Keynes y más adelante había sido explicada a través de su modelo teórico, también se explicó en términos keynesianos en muchos otros países. En ese sentido, el trabajo de Keynes proporcionó una mirada universal y una forma conveniente de hablar sobre un fenómeno trasnacional común utilizando un solo nombre: la revolución keynesiana. No estuvo de más que la revolución recibiera su apelativo de alguien con prestigio internacional y cuyo nombre era fácilmente reconocible. Tampoco, independientemente de que las políticas keynesianas fueran o no el motivo de su éxito, que el periodo se caracterizara por ser de gran prosperidad: los alemanes fueron testigos de un "milagro económico", los franceses hablaban de *"les trentes glorieuses"*, a la Gran Bretaña —según el primer ministro Harold Macmillan— "nunca le había ido tan bien" y los Estados Unidos entraron en una "época de abundancia".

EL FIN DEL KEYNESIANISMO

Es necesario estudiar el fin de la era keynesiana —cuando el keynesianismo fue desplazado primero por el "monetarismo" y después por la economía de libre mercado— de la misma manera en que se analiza la revolución keynesiana y la era de Keynes: dentro de su propio contexto político y social. La revolución en materia de políticas económicas que se caracterizó por el uso de la gestión de la demanda alcanzó su cúspide en la década de 1960. En los Estados Unidos, el presidente John F. Kennedy incorporó en su gobierno, en calidad de asesores, a varios de los economistas keynesianos más prestigiosos, y fue el primero en su país en utilizar de manera explícita las ideas keynesianas como motor de la política fiscal gubernamental. Esta decisión ayudó a crear lo que hasta entonces fue el crecimiento económico sostenido en tiempos de paz más prolongado en la historia estadunidense (1961-1968). En esa misma década, y por primera vez desde la segunda Guerra Mundial, Alemania Occidental y Japón también recurrieron de manera evidente a Keynes. El hecho de que estos dos puntales económicos emergentes hayan actuado así fortaleció la noción de que se trataba de una revolución que había triunfado. Las mayores y más fuertes economías tenían una administración keynesiana y eran naciones que estaban prosperando. Con frecuencia, la victoria de las ideas keynesianas se expresa con la afirmación "ya todos somos keynesianos", que acuñó Milton Friedman en diciembre de 1965, y que más adelante, en 1971, se atribuyó a Richard Nixon, cuando sacó a los Estados Unidos del patrón oro. Pero como suele suceder, este momento glorioso anunciaba el ocaso: muy pronto, muchos considerarían que Keynes y sus conceptos eran anticuados y, algunos más, que eran totalmente erróneos. Robert Lucas y Thomas Sargent, dos de los críticos académicos del keynesianismo más francos y cuyas ideas

se estaban volviendo muy influyentes al final de la década de 1970, llegaron incluso a declarar que era obvio que las doctrinas keynesianas tenían fallas de base y que:

> la tarea a la que se enfrentaban los estudiosos contemporáneos del ciclo económico era buscar entre los escombros, determinar qué rasgos de ese excepcional evento intelectual llamado revolución keynesiana podían ser rescatados y aprovechados, y cuáles otros debían ser descartados.[7]

Desde luego que esta aseveración, escrita en un momento en el que muchos economistas todavía defendían las ideas keynesianas, fue sumamente polémica. Sin embargo, no deja de ser un claro ejemplo de qué tan grande había sido el cambio desde la década de 1960, cuando hubiera sido difícil concebir que un economista de envergadura dijera algo así.

La causa inminente del fin de la influencia keynesiana que Richard Nixon confiadamente había anunciado con bombos y platillos en 1971 sería la estanflación que se presentó más adelante, en esa misma década. Siempre se había entendido que las ideas keynesianas eran capaces de manejar tanto la inflación como el desempleo. Si la economía se desaceleraba y el desempleo aumentaba, era necesario estimularla. Por el contrario, si la economía se sobrecalentaba y subía la inflación, había que tensar las políticas para desanimarla. El problema en la década de 1970 fue que no había una manera clara de utilizar las herramientas keynesianas para enfrentar el surgimiento de la inflación y el desempleo simultáneamente. La situación era todavía más grave: las ideas de Keynes no sólo eran consideradas ineficaces para combatir el malestar económico prevaleciente sino que se pensaba que eran el origen de ese mal.

Las políticas keynesianas no tenían la culpa de lo que estaba sucediendo en la década de 1970. Tampoco es cierto que los economistas keynesianos no hayan logrado predecir lo que iba a pasar. El primer acicate de la inflación fue la decisión del presidente Lyndon Johnson de escalar la Guerra de Vietnam y tratar de mantener al mismo tiempo un alto nivel de gasto en su Guerra contra la Pobreza. Esta combinación de políticas no reflejaba cabalmente la opinión de sus asesores, quienes entendían muy bien que era posible que esta medida sobreestimulara la economía y fomentara la inflación. Habían argumentado que, de intensificarse la guerra, era necesario elevar los impuestos pues, de lo contrario, se podían prever posibles consecuencias inflacionarias. La escalada militar sin el aumento impositivo hizo que subieran los precios de las materias primas a nivel mundial, lo que culminó, poco después de la guerra árabe-israelí de octubre de 1973, en dos embargos petroleros y la cuadruplicación del precio del hidrocarburo. En consecuencia, el poder adquisitivo se transfirió a los exportadores de petróleo, muchos de los cuales estaban en el Medio Oriente y no eran capaces o no estaban dispuestos a ampliar su nivel de gasto inmediatamente. Por otro lado, los importadores de petróleo se vieron obligados, por razones financieras, a disminuir inmediatamente su gasto, lo que ocasionó un colapso en la demanda mundial. Además, de manera simultánea, el alto precio del petróleo impulsó la inflación y ocasionó que muchos bienes de capital (no rentables con el alto costo energético) se volvieran obsoletos. El resultado fue la estanflación; un incremento repentino tanto del desempleo como de los índices inflacionarios.

Sin embargo, a los críticos de la gestión de la demanda se les abría una oportunidad y no sólo tacharon al keynesianismo de ineficaz contra la estanflación sino que lo responsabilizaron del problema. Aprovechando esta percepción, un grupo de economistas bien financiado por

patrocinadores conservadores no tardó en afilar sus ataques en contra de Keynes y sus ideas. Quien más se benefició de este contexto antikeynesiano fue Milton Friedman, un brillante economista empírico cuya formación inicial había sido en estadística y que tenía una sorprendente capacidad de comunicación. En su discurso presidencial ante la Asociación Económica de los Estados Unidos en 1967, Friedman defendió de manera elocuente una serie de ideas adversas al keynesianismo llamadas monetarismo. Llevaba décadas trabajando en ellas, pero su mención en el discurso presidencial se hizo notar, aunque sólo fuera porque parecían absolutamente contrarias al pensamiento de la época. Cuando en la década de 1970 empezaron los embates contra el keynesianismo, la doctrina de Friedman fue la alternativa obvia. Quizá la mejor manera de ilustrar el poder del pensamiento de Friedman sea recordar que Margaret Thatcher lo acogió y utilizó en su plataforma electoral de 1979. Del mismo modo, cuando ese mismo año Paul Volcker asumió la presidencia de la Reserva Federal, adoptó las recomendaciones en materia de política que se basaban en los argumentos monetaristas de Friedman.

No deja de ser irónico que la amplitud de la gama de los postulados de Friedman haya cavado su propia tumba. Además de su implacable defensa del monetarismo, credo que recomendaba un estrecho control de la oferta de dinero como única política macroeconómica eficaz, Friedman era un fuerte proponente de la desregulación de los mercados individuales. Al incorporar las ideas de Friedman, tanto Thatcher como Volcker instituyeron la desregulación de los mercados financieros. Esa medida causó —para bien o para mal— que se desestabilizaran las relaciones financieras que daban sustento a los argumentos de Friedman a favor de un riguroso control de la oferta de dinero. Debido a los cambios que sufrieron los mercados financieros, Thatcher y Volcker rápidamente se dieron cuenta de que era necesario dejar atrás los estrictos edictos del economista en torno a la conducción de la política monetaria. Mantener el crecimiento de la oferta de dinero en un ritmo bajo y constante no logró los beneficios que Friedman había prometido. En los Estados Unidos y la Gran Bretaña se permitió que la oferta de dinero creciera mucho más allá de los objetivos que los monetaristas defendieron a mediados de la década de 1980, pero la inflación que Friedman había previsto no se materializó.

Sin embargo, conforme Thatcher y Volcker abandonaban las ideas de Friedman, aparecían otros jóvenes defensores del *laissez-faire* para ofrecer nuevos modelos que pretendían demostrar cómo la intervención gubernamental en la economía sólo causaría problemas. A través del uso de complejas herramientas estadísticas y matemáticas que se habían estado desarrollando a lo largo de muchos años, estos teóricos ofrecían modelos teóricos simples y elegantes que mostraban que cualquier esfuerzo gubernamental por mejorar el desempeño económico generalmente tendría el efecto contrario. Sin lugar a dudas, cierta parte de su revolución se basaba en el deseo de construir modelos técnicamente más sofisticados que representaran con mayor exactitud el funcionamiento de la economía, pero los resultados siempre señalaban en la misma dirección: la necesidad de limitar la política económica gubernamental. Asumiendo “expectativas racionales” (en términos generales, que las expectativas de inflación sean correctas en promedio), un “agente representativo” (que en la economía todos son iguales y todos son maximizadores perfectos) y una “compensación constante del mercado” (que la oferta y la demanda sean siempre iguales en todos los

mercados, incluyendo el laboral), los defensores del liberalismo ofrecieron nuevos modelos vanguardistas y complejos desde el punto de vista teórico que acabaron por describirse con nombres como “nueva macroeconomía clásica” o “teoría verdadera del ciclo económico”. Para la década de 1990, el trabajo de estos teóricos de *laissez-faire* dominaba la profesión a tal grado que ya no se consideraba necesario mencionar a Keynes en las discusiones de política económica. Tanto sus ideas como el estilo de su teorización habían sido eclipsadas con tanta eficacia que ya ni siquiera eran tema de conversación en el campo de las políticas económicas.

Este lanzamiento al estrellato de los nuevos proponentes del liberalismo a finales del siglo pasado quizá no era de sorprender. En las dos décadas posteriores a la estanflación de los años setenta, las democracias industriales habían recuperado una sólida prosperidad. De hecho, se habían convertido en las democracias *post*industriales. La inmensa ola de inversión nueva desatada por la revolución tecnológica del microchip y el surgimiento de internet habían estimulado el crecimiento económico. Además, durante la década de 1990, la mayoría de las democracias del primer mundo había empezado a buscar un tipo de formulación de políticas económicas más limitado (por ejemplo, reglas para el equilibrio presupuestario y objetivos inflacionarios). La combinación de un horizonte restringido para los formuladores de políticas y un fuerte crecimiento del sector privado parecían confirmar el argumento fundamental de los defensores del *laissez-faire*.

El redescubrimiento del Keynes oculto

Hubo una era de Keynes. Su *Teoría general* permeó la teoría económica y la formulación de políticas macroeconómicas desde 1945 hasta principios de la década de 1970. Sin embargo, las raíces de este dominio son más hondas de lo que sugieren las explicaciones convencionales de la revolución keynesiana. Fue una era de Keynes porque los cambios en la sociedad y en la vida intelectual condujeron a profundos cambios en la economía. *Teoría general* apareció en el momento justo para ser adoptada y dar forma a estos acontecimientos. Sin embargo, aun cuando se trato de una era, la manera en que se desarrolló la transformación implicó la pérdida del Keynes histórico. Se dio por hecho que el keynesianismo de las décadas de 1950 y 1960 era una representación fidedigna de los puntos de vista de Keynes.

El resultado fue que cuando hubo una reacción en contra del keynesianismo —tanto en términos ideológicos como a causa de su fracaso—, también se rechazara a Keynes. De manera similar, en el campo de la teoría económica, cuando los economistas voltearon la vista al pasado, no sólo fueron incapaces de ver más allá de la caracterización de “teoría clásica” de la *Teoría general*, sino que la preponderancia del modelo IS-LM después de la segunda Guerra Mundial se tradujo en que incluso partes de la propia *Teoría general* quedaran olvidadas: la teoría keynesiana se *convirtió* en el modelo IS-LM. Para los economistas de la década de 1970, la teorización económica era hacer modelos matemáticos y si no encontraban un modelo matemático sólo percibían confusión.

Obviamente esto no representó un problema (salvo para algunos historiadores a los que les inquietaba la inconsistencia entre el mito y mucha de la evidencia sobre Keynes) en la década

de 1990 ni en los años anteriores a la crisis financiera de 2008. La “gran moderación” de Bernanke, una década sin paralelo de crecimiento económico en América del Norte y Europa, sugería que la economía estaba bajo control y que el mundo no necesitaba de las políticas keynesianas. Cuando golpeó la crisis, la inhabilidad de ver al Keynes histórico se convirtió en un problema. No se podía regresar al keynesianismo de la era de Keynes porque eran muchos los cambios. Sin embargo, la incapacidad de ver al Keynes histórico impidió ver al Keynes que tiene mucho más que ver con las preocupaciones que han surgido a partir de la crisis.

[1] *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Cambridge University Press / The Royal Economic Society [en adelante citado como *JMK*], vol. 13, p. 395.

[2] D. Laidler, *Fabricating the Keynesian Revolution*, p. 3.

[3] H. James, *What Is Keynesian about Deficit Financing? The Case of Interwar Germany*, p. 234.

[4] P. Samuelson, *Unemployment Ahead*, p. 298.

[5] J. A. Schumpeter, *A History of Modern Economic Analysis*, p. 1176.

[6] Entrevista con Robert J. Barro en *A Modern Guide to Macroeconomics: An Introduction to Competing Schools of Thought*, p. 269.

[7] Lucas y Sargent, *After Keynesian Macroeconomics*, pp. 49-50.

III. EL KEYNES FILÓSOFO MORAL
Confrontar a los rivales del capitalismo

CAPITALISMO EN DUDA

Keynes nació el 5 de junio de 1883, durante la era victoriana. Habían transcurrido cerca de setenta años desde la última guerra europea de gran envergadura y, en ese periodo, la economía británica había crecido enormemente; la Gran Bretaña se había convertido en el taller del mundo. Además, el país era el centro del imperio más grande jamás visto, uno en el que no se ponía el sol. Eran tiempos de confianza, prosperidad y estabilidad. Durante el reinado de Eduardo VII, que empezó con la muerte de la reina Victoria en 1901, se sembraron las semillas del cambio: la guerra de los bóeres, el movimiento sufragista, el surgimiento del movimiento laborista y la crisis constitucional a la que dio origen el "presupuesto popular" de 1909. Sin embargo, el mundo seguía siendo un lugar relativamente tranquilo y próspero. La paz y el auge terminaron abruptamente con el estallido de la primera Guerra Mundial, cuando Keynes empezaba su tercera década de vida. La masacre sin precedentes que tuvo lugar en los campos de batalla de Bélgica y Francia hubiera sido suficiente para, por sí misma, socavar el optimismo de la era victoriana, pero la guerra marcó, además, el inicio de tiempos de caos económico e incertidumbre política. La guerra y las subsecuentes negociaciones de paz pusieron en tela de juicio la legitimidad del orden establecido: hubo revoluciones en Rusia y Alemania que derrocaron, respectivamente, al zar y al káiser. El derroche de recursos para sostener la guerra, la pérdida de vidas humanas nunca antes vista y las voraces demandas de indemnizaciones pusieron en duda la inteligencia de los líderes políticos de todos los bandos. Después de la guerra primero los partidos socialistas y luego los fascistas adquirieron una preponderancia mucho más importante en los parlamentos europeos.

La revolución bolchevique de 1917 en Rusia también había planteado la posibilidad de una nueva manera de organización social. La posibilidad del cambio político dejó de ser teórica y se convirtió en algo real. El derrocamiento del káiser y la inestabilidad de la República de Weimar sólo alentaron la idea de que estaba en juego la forma misma de la sociedad. Los altos niveles de inflación que habían sacudido a Europa durante y después de la guerra rodeaban este cambio político. Para 1923, Alemania experimentaba hiperinflación y un desempleo creciente. La Gran Bretaña pudo evitar la hiperinflación, lo que no quiere decir que no hubiera habido cambios dramáticos en los precios, que subieron cincuenta por ciento en 1920 y, un año más tarde, regresaron a su nivel anterior. Más adelante, el problema fue la caída de los precios y, a partir de 1924, un alto y prolongado desempleo. En la década de 1920, los Estados Unidos lograron esquivar este caos y disfrutaron de una prosperidad sin igual. Sin embargo, en 1929 se desplomó el mercado de valores de Nueva York y, tras la crisis financiera global de 1930, el mundo entero cayó en la peor depresión de la historia. La producción industrial estadunidense bajó 30% en dos años y, para 1932, el desempleo había

aumentado a 25%. La depresión afectó al mundo entero. En 1932 el desempleo alcanzó 23% en la Gran Bretaña, 30% en Alemania y 15% en Francia. Los nazis de Hitler obtuvieron el poder en 1933 y, entre 1936 y 1939, España luchó una cruda guerra civil. El comercio mundial y, en consecuencia, la economía mundial se derrumbaron. Mientras tanto, aunque también empezaban a surgir noticias sobre las purgas de Stalin, reporteros que simpatizaban con el régimen, cuidadosamente acompañados en visitas a la Unión Soviética, regresaban con informes sobre lo que los intelectuales británicos socialistas Beatrice y Sidney Webb llamaron "una nueva civilización".[1] Los fascistas británicos seguidores de Oswald Mosley, influenciados por los acontecimientos de Italia y Alemania, buscaban nuevas formas de organizar a la sociedad.

A lo largo de las dos décadas posteriores a la primera Guerra Mundial, el capitalismo no dio buenos resultados y —como nunca antes en la historia— se cuestionó abiertamente si sería capaz de sobrevivir. La tranquilidad relativa del mundo victoriano en el que nació Keynes ya no existía. Tratar de entenderlo y de componer ese mundo roto se convertiría en el trabajo central de la vida de Keynes.

La vida de Keynes

Keynes nació cuando W. E. Gladstone —la figura dominante del liberalismo victoriano, con su énfasis en el libre mercado y la rectitud fiscal— ocupaba el puesto de primer ministro. Keynes procedía de una familia acomodada con fuertes raíces liberales, aunque en un momento en que los pensadores conocidos como "nuevos liberales" empezaban a conducir su partido en una dirección más colectivista, por considerar que la actividad económica requería una regulación mayor a la que habían contemplado sus antecesores. Su abuelo paterno, que había alcanzado su posición gracias a sus propios esfuerzos, hizo su fortuna produciendo flores híbridas que gozaban de gran popularidad entre los jardineros ingleses. Su padre, John Neville Keynes, no se había incorporado al negocio familiar sino que había emprendido una carrera académica sumamente exitosa. Pertenecía a la primera generación con una educación formal en filosofía que había continuado sus estudios en economía como parte de una especialización en lógica y ciencias morales. Fue profesor de Cambridge antes de integrarse a la administración universitaria y fungir como secretario general (el puesto administrativo más alto) de esa casa de estudios. Las dos familias en línea ascendente de Keynes eran protestantes no conformistas y su madre, Florence, fue la primera alcaldesa mujer de Cambridge. Eran dignos representantes de la era victoriana; concienzudos y con un sentimiento de deber civil —consideraban que tenían una responsabilidad en el mejoramiento de la sociedad—.

Keynes creció en un hogar confortable de clase media en Harvey Road, Cambridge, una calle próspera no lejos de la universidad que dominaba esa ciudad de medianas dimensiones. Para que sobresaliera en sus estudios, fue criado en una nube de algodón en una casa decorada con papel tapiz de William Morris. Fue a Eton, la escuela privada más exclusiva de la Gran Bretaña, y obtuvo una beca para estudiar en Cambridge, como miembro de King's College. Se graduó con honores en matemáticas y fue ahí donde empezó a construir la vida que le daría fama. Inmediatamente después empezó a participar en debates y fue un vigoroso defensor de

las ideas liberales —incluyendo el libre mercado—. Aceptó fácilmente la política del partido liberal de sus padres.

Como estudiante, perteneció a varios grupos y asociaciones: la Cambridge Conversazione Society, la más importante, conocida como “los Apóstoles”. Era una sociedad exclusiva que se reunía los sábados por la noche para escuchar el ensayo de alguno de sus miembros. A la lectura seguía una discusión y un voto sobre alguna cuestión planteada en el texto. Antiguos miembros que habían permanecido en Cambridge asistían con frecuencia a estas reuniones sabatinas, entre ellos, G. E. Moore, que había publicado su *Principia Ethica* en 1903, al final del primer año de Keynes en Cambridge. Entre los contemporáneos de Keynes en esta comunidad había varios jóvenes que, como él, buscaban escapar de los valores y costumbres de la Inglaterra victoriana.

Una vez graduados, muchos de los Apóstoles, incluyendo Keynes, el biógrafo Lytton Strachey y el novelista E. M. Forster, se mudaron a Londres, donde se reunían con frecuencia en la casa del entonces recientemente fallecido intelectual victoriano Leslie Stephen. Se convirtieron en el núcleo masculino de lo que llegó a conocerse, por la parte de Londres en que vivían, como el Grupo de Bloomsbury. Animados hasta cierto punto por el argumento de Moore de que el arte y la amistad estaban entre las mejores cosas de la vida, Keynes y sus amigos formaron una pequeña e íntima tertulia que cultivaba los dos. En ella participaban las hijas de Stephen, la novelista Virginia Woolf y la pintora Vanessa Bell; Duncan Grant, otro pintor; los críticos de arte Clive Bell y Roger Fry, y Leonard Woolf, editor y teórico político. En su amor por el arte y por la amistad que los unía, creían que habían encontrado lo mejor de la vida. Tanto en el arte como en sus vidas privadas se rebelaron contra lo que consideraban actitudes de sus padres victorianos. Fue Roger Fry —un poco mayor que el resto— quien causó una conmoción en Londres al montar, en 1910, la primera exposición en la Gran Bretaña con cuadros postimpresionistas, que contenía, por ejemplo, obra de Cézanne. En *Eminent Victorians* que, publicado en 1918, recogía figuras icónicas, como al cardenal Manning y a Florence Nightingale, Strachey buscaba exponer la hipocresía de la generación anterior.

El título de Keynes era, como ya apuntamos, en matemáticas (el grado en economía no existió sino hasta 1903) y, por lo tanto, cuando llegó a Londres, su instrucción formal en economía duró apenas ocho semanas, que es el tiempo que, una vez graduado, estudió con el gran economista de Cambridge Alfred Marshall con el fin de prepararse para el examen del servicio civil de carrera. (En su época, no era rara la práctica de estudiar matemáticas y después prepararse intensivamente para la sección de economía del examen del servicio civil.) No es de sorprender que, como hijo de un economista de Cambridge, tuviera más conocimientos de lo común sobre el tema; incluso, antes de ser aceptado en la universidad, conocía bien al filósofo economista Henry Sidgwick por haber trabajado como corrector de pruebas de la edición de 1901 de su libro de texto en la materia. A pesar de la brevedad de su educación formal en esta área, Keynes obtuvo el segundo lugar en el examen del servicio civil y sus resultados le valieron un puesto en la Oficina para la India, donde muchas de sus responsabilidades tenían que ver con asuntos de índole económica. Sus superiores rápidamente notaron su destreza en este campo, y no tardó en convertirse en un experto en el sistema monetario indio.

Sin embargo, Keynes no permaneció mucho tiempo en el servicio civil. En 1908 tomó la

arriesgada decisión de renunciar para aceptar un inseguro puesto de profesor en Cambridge, donde su salario era cubierto por Marshall, cuyo retiro estaba programado para un año después. Su situación laboral se volvió mucho más segura al año siguiente, cuando fue electo profesor titular en King's College. En ese momento empezó el único periodo de su vida dedicado de tiempo completo a la academia, etapa que terminó con la primera Guerra Mundial. El estallido del conflicto generó una crisis financiera que, con el cierre de varias de las bolsas de valores europeas, puso en riesgo la liquidez del sistema bancario británico. El gobierno necesitaba decidir cómo administrar sus reservas en oro y el sucesor de Keynes en la Oficina para la India le pidió asesoría. En 1915 se incorporó a la Tesorería en calidad de asistente del asesor especial de David Lloyd George, quien en 1916 se convertiría en primer ministro. Incidentalmente, este cargo eximió a Keynes de prestar su servicio militar cuando se introdujo su obligatoriedad. En la Tesorería fue adquiriendo cada vez mayores responsabilidades, particularmente en relación con el financiamiento de la guerra y, más tarde, se le nombró parte del equipo negociador enviado a la Conferencia de Paz de Versalles. Las exigencias de que Alemania pagara indemnizaciones lo decepcionaban cada vez más, pues consideraba que se trataba de una medida poco ética y nada realista. Esta postura finalmente lo orilló a presentar, en protesta, su renuncia, y escribió sus puntos de vista en *Las consecuencias económicas de la paz* (1919).

Este libro fue fundamental tanto para la carrera de Keynes como para la postura inusual desde la que escribiría sobre el capitalismo el resto de su vida. Se convirtió en un *best seller* y tuvo dos consecuencias significativas: transformó a Keynes en una celebridad a la que se le pedía su opinión en asuntos económicos y lo lanzó a una muy exitosa carrera periodística. Los términos poco comunes que negoció con el editor (tenía gran confianza en las ventas así que decidió asumir el riesgo y conservar las ganancias del libro mientras que el editor sólo recibiría una comisión) y el éxito rotundo de la obra le dieron el capital suficiente para establecerse como inversionista. Inicialmente se enfocó en la especulación con monedas extranjeras (hay que recordar que su reincorporación al sector público en 1914 se debe a la especialidad en finanzas internacionales que desarrolló, en gran medida, durante sus años en la Oficina para India). Además, decidió no regresar de tiempo completo a la academia sino sostenerse con su trabajo en la City de Londres, centro financiero de la capital inglesa, y de su trabajo como periodista, ocupación que se volvió fundamental en las distintas ocasiones en las que le salió el tiro por la culata en sus actividades especulativas. Siguió dando clases en Cambridge, aunque sólo fuera una serie de ocho sesiones al año; se desempeñó como administrador de King's College; mantuvo su función de editor de *Economic Journal*, la revista sobre economía más importante de la Gran Bretaña y, finalmente, estableció una rutina que le permitía permanecer en Londres durante la semana, ir a Cambridge los fines de semana y pasar las vacaciones escribiendo en su casa de campo en Sussex.

Por lo tanto, los escritos de Keynes sobre el capitalismo procedían de alguien que no era un académico convencional sino que se desempeñaba activamente en la City y en los mercados financieros (también fue director de una compañía aseguradora), que —en su calidad de periodista—participaba constantemente en acontecimientos coyunturales en una época de agitación política y económica, y que—a través de su conexión con Cambridge— seguía formando parte de la cúpula académica. Sin embargo, ya no pertenecía al sector público. Su

obra, *Las consecuencias económicas de la paz*, lo había alejado de muchos en el poder. En la introducción a sus *Essays in Persuasion* (1931) explica cómo cada vez que identificaba problemas que otros no querían enfrentar desempeñaba el papel de Casandra. Además, se hizo notar por ser alguien dispuesto a señalar por nombre a los responsables de los errores en políticas, como en el caso de su denuncia en contra del regreso al patrón oro de 1925 titulado *The Economic Consequences of Mr Churchill*. Sin embargo, a pesar de ser ajeno al poder, nunca estuvo lejos de quienes lo ejercían. Igual que como sucedió en la crisis financiera de 1914, cuando tenía algo que decir sobre un tema apremiante, sabía quiénes querrían escuchar sus puntos de vista y podían darlos a conocer en esferas más altas del gobierno.

Pero como corresponde a un "apóstol" y miembro fundador del Grupo de Bloomsbury, Keynes rápidamente se vio involucrado en las interrogantes que empezaban a surgir en torno a la propia *naturaleza* del capitalismo que se vivía día a día. Como estudiante, en sus primeros esfuerzos en el Club Liberal de Cambridge, Keynes había abrazado el capitalismo como forma de organización de la vida económica. Sus debates sobre tarifas y libre mercado, por ejemplo, lo habían llevado a los temas fundamentales de la época en materia de política económica. Sin embargo, en ese momento, el punto era encontrar la mejor manera de organizar el capitalismo y no se cuestionaba si el capitalismo era, por sí mismo, el sistema más adecuado.

La primera evaluación importante del capitalismo que publicó Keynes, en los primeros capítulos de *Las consecuencias económicas de la paz*, era un reflejo tanto de las preguntas que la sociedad en su conjunto empezaba a hacerse en torno a la legitimidad del capitalismo como de la propia formación del autor en el campo de la filosofía moral. En estas secciones, Keynes analizó cuidadosamente los supuestos culturales que habían impulsado el capitalismo en el siglo XIX y se cuestionaba si la psicología social de la Europa de la posguerra era capaz de mantenerlos. Sus únicas conclusiones definitivas fueron que el capitalismo se basaba en cimientos poco firmes y que, para que sobreviviera, era necesario recimentarlo. A mediados de la década de 1920 esbozó un libro sobre el capitalismo pero jamás lo escribió. Sin embargo, en distintos ensayos de las décadas de 1920 y 1930 desarrolló muchos de los temas de los que se había ocupado en 1919 y que hubieran sido cubiertos en aquel libro que nunca vio la luz.

¿QUÉ ERA EL CAPITALISMO?

Como la mayoría de los economistas que han escrito sobre economías capitalistas, Keynes nunca ofreció una definición de capitalismo. Sin embargo, las observaciones que hizo al respecto en sus escritos sobre otros temas revelan una visión que difiere significativamente de la de Milton Friedman, el economista que probablemente sea el mayor exponente del capitalismo en los últimos cincuenta años. En su clásico *Capitalism and Freedom* (1962), Friedman incluye una serie de estudios sobre distintos mercados pero, a pesar de utilizar en el título la palabra "capitalismo", no aporta un análisis integral de las instituciones que sustentan el capitalismo ni de las condiciones sociales necesarias para su funcionamiento. Friedman parece suponer que el capitalismo requiere de propiedad privada, mercados sin restricciones y nada más. En cambio, para Keynes, el capitalismo se basa en instituciones que han

evolucionado a lo largo del tiempo; no se trata de un sistema idealizado formado únicamente por individuos que buscan maximizar su propio bienestar y de los mercados creados por sus actividades. Más aún, desde el punto de vista de Keynes, el capitalismo siempre cambia. Una razón por la que objetó a Marx fue que estaba convencido de que el capitalismo se había transformado desde la época en que Marx lo analizó al grado de no ser reconocible. A lo largo de toda su carrera Keynes sostuvo que el capitalismo era una maquinaria imperfecta que, a fin de seguir sirviendo para satisfacer las necesidades de la sociedad, debía recibir mantenimiento y ponerse al día.

El adjetivo que Keynes utilizó con mayor frecuencia para calificar la palabra *capitalismo* fue "individualista". Sin embargo, al hacerlo, obviamente no tenía en mente —como Friedman— un sistema que consistiera únicamente en individuos que maximizaban su propio bienestar y empresas que maximizaban sus utilidades, ambos operando en mercados absolutamente competitivos. El suyo era un sistema mucho más complejo que comprendía el total de instituciones, incluyendo el gobierno, en calidad de rector de la actividad económica. Sí había una diferencia según quien operara el sistema, que efectivamente tenía que ser operado, y esa función la podían cumplir empresarios o políticos. Desde su punto de vista, la acción colectiva podía formar parte del capitalismo: de hecho, es posible que con ella se lograra mejorar sus instituciones.[2] A pesar de que opinaba que el comunismo había fracasado, era menos displicente respecto al socialismo; desde su perspectiva, el problema más bien radicaba en que, una vez institucionalizado este último, la gente perdería interés y, por lo tanto, desaparecería el objetivo común necesario para mantener unida a la sociedad. "Si a los hombres no los une un fin común o los motivan principios imparciales, cada uno actuará en contra de los demás y la búsqueda desregulada de la ventaja individual podría destruir pronto el conjunto. En tiempos recientes —afirmó— no ha habido un propósito común entre naciones o entre clases, salvo la guerra."[3] Nada en la obra de Keynes sugiere que el capitalismo desregulado sea suficiente para conciliar las metas en conflicto de individuos que no procuran un fin común. Quizá a esta manera de ver las cosas se deba que Keynes, más o menos en esa época, se interesara por empresas no lucrativas, e indudablemente explica por qué pensaba que la regulación era parte integral de un capitalismo viable.

Keynes argumentaba que la característica fundamental del capitalismo es "la dependencia en una intensa atracción por el lucro y los instintos de amor al dinero de los individuos como principal fuerza motriz de la maquinaria económica".[4] Sin embargo, esto no significaba que los agentes que operaban bajo el capitalismo fueran optimizadores egoístas. Keynes, desde luego, tenía fuertes razones teóricas para no creer que el comportamiento pudiera caracterizarse en términos de agentes racionales tomando decisiones óptimas. La teoría de incertidumbre que había presentado en su disertación para obtener la titularidad como profesor de King's College en 1908, que publicaría en 1921 bajo el título *A Treatise on Probability*, se sustentaba en la hipótesis de que simplemente era imposible obtener toda la información necesaria para tomar decisiones según lo sugería la teoría económica tradicional. Prefería basar su razonamiento en sus propias observaciones del comportamiento real de la gente. Pero incluso más allá de esta investigación sobre la forma en que las personas tomaban decisiones de índole económica, siempre subsistía la pregunta de cómo los juicios morales de cada individuo afectaban su comportamiento. En la misma línea que su mentor en Cambridge,

G. E. Moore, Keynes negaba rotundamente que la conducta humana se limitara a potencializar al máximo la utilidad. Como Moore, consideraba que con frecuencia a los seres humanos los motivaba un principio mayor. Por lo tanto, fue crítico cuando escribió sobre el "capitalismo egotista" y los "capitalistas con intereses propios":[5] el egotismo y la procuración de los intereses meramente individuales guardaban relación con la incapacidad del sistema para desempeñarse como debiera. Para explicar cómo funcionaba el capitalismo, también era necesario tomar en consideración los juicios morales y su transformación.

LA FRAGILIDAD DEL CAPITALISMO

Keynes no consideraba que el capitalismo fuera un sistema estable. Su obra *Las consecuencias económicas de la paz* (1919) fue famosa por su crítica al periodo anterior a 1914. Esta apreciación quedó expresada en el primer capítulo:

> Muy pocos nos damos cuenta y estamos convencidos de la naturaleza intensamente inusual, inestable, complicada, no confiable y efímera de la organización económica en la que ha vivido Europa occidental los últimos cincuenta años. Damos por hecho que algunas de nuestras más peculiares y temporales ventajas recientes son naturales, permanentes y que podemos contar con ellas, y sobre esa base elaboramos nuestros planes.[6]

Lo anterior forma parte integral de su ataque a la idea de que era posible restaurar el viejo régimen: ese régimen había sido inestable y no podía ofrecer la seguridad y estabilidad que la gente ansiaba después del caótico trastorno económico provocado por la guerra y la posguerra. El tema de los ahorros estaba en el centro del problema; desde el punto de vista de Keynes, la sociedad estaba organizada para estimular la acumulación de capital y el crecimiento económico. Su tono era casi marxista cuando escribió: "La obligación de 'ahorrar' se convirtió en nueve décimos del mérito, y el crecimiento del pastel era el objetivo de la religión verdadera".[7] Las sociedades victoriana y eduardiana habían estado obsesionadas con ahorrar para acumular riqueza. Sin embargo, el sistema estaba atado a la estructura de clases sociales, y los distintos juegos de ilusiones que cada clase tenía formaban un conjunto insostenible. Lo anterior se explica en un segmento en el que el tono de Keynes va más allá de recordarnos a Marx para convertirse en psicología social de clases de índole más compleja:

> El principio de acumulación basado en la desigualdad fue parte fundamental del orden social anterior a la guerra y del progreso tal como lo entendíamos entonces […] y este principio dependía de condiciones psicológicas inestables que podría ser imposible recrear. No era natural que una población —en la que pocos disfrutaban las comodidades de la vida— acumulara tanto. La guerra ha abierto la posibilidad de consumo para todos y lo vano de la abstinencia para muchos. Por lo tanto, el *bluf* ha quedado al descubierto; las clases trabajadoras podrían ya no estar dispuestas a tantas privaciones, y las clases capitalistas —ahora sin la confianza en el futuro— podrían intentar disfrutar, mientras duraran, más ampliamente sus libertades de consumo y, en consecuencia, precipitar la hora de su decomiso.[8]

La estabilidad de la era anterior a la guerra —según la visión de Keynes— había descansado en la necesidad de que, tanto la clase trabajadora como los capitalistas, vivieran vidas frugales: los trabajadores habían creído que sólo después de muchas generaciones el ingreso aumentaría lo suficiente para que sus descendientes tuvieran acceso a una mejor vida

desde el punto de vista material; por su parte, los capitalistas habían estado conformes con ahorrar y vivir moderadamente para justificar ante sí mismos sus demandas de ganancias. En otras palabras, los trabajadores pensaban que el sistema no podía proveer recursos infinitamente mayores en ese momento, y los capitalistas habían aceptado el lento crecimiento de su riqueza como una conducta necesaria para justificar su privilegio. Sin embargo, la guerra echó por tierra la psicología social de ambas clases. Las expectativas de la clase trabajadora habían aumentado, la confianza capitalista estaba destrozada y el orden que regía en el pasado se había tornado imposible de recuperar. El equilibrio anterior estaba basado en el *bluf*.

Keynes retomó esta idea de que el capitalismo se basaba en un equilibrio psicológico en *A Tract on Monetary Reform* (1923). El libro estaba dedicado a los funcionarios del Banco de Inglaterra con la esperanza de persuadirlos de cambiar las directrices que utilizaban para manejar la política monetaria.

Como veremos más adelante, Keynes elaboró un argumento técnico sobre la política monetaria con herramientas que había aprendido de sus colegas economistas en Cambridge, pero también se valió del libro para desarrollar una idea propia: que el capitalismo depende de un equilibrio en la psicología social. Explicó las motivaciones intrínsecas de la siguiente manera:

> Ningún hombre de temple aceptaría permanecer en la pobreza si creyera que los más conocedores han obtenido sus bienes a través de las fortunas del azar. Que un hombre de negocios se convierta en un especulador equivale a darle un golpe al capitalismo, en tanto que destruye el equilibrio psicológico que permite que se perpetúe la desigualdad de las recompensas. La doctrina económica de utilidades normales, que todos perciben de manera vaga, es condición fundamental para justificar el capitalismo. El empresario sólo es tolerable mientras se pueda considerar que sus beneficios guardan cierta relación con lo que —en términos generales y en cierto sentido— sus actividades hayan contribuido a la sociedad.[9]

Este pasaje es importante porque, más allá de relatar las circunstancias excepcionales que caracterizaron la época anterior a la guerra, explica a qué se debe que el capitalismo no pueda simplemente ser la búsqueda libre del usufructo (por qué los capitalistas no pueden ser meros maximizadores de ganancias). Si las recompensas son desiguales, es necesario que se perciba algún tipo de justificación. En una sociedad de jugadores, donde las utilidades no parecen guardar ninguna relación con alguna noción de lo que la gente debería recibir, los arreglos capitalistas se verán amenazados. Al escribir sobre Rusia a mediados de la década de 1920, Keynes opinó que si —como él creía que ya en ese entonces había sucedido— el capitalismo se convertía en “sólo un montón de poseedores y buscadores” (no utiliza la frase aquí, pero a esto se le podría llamar capitalismo egotista o capitalismo de intereses propios), la gente lo encontraría inaceptable desde el punto de vista moral y, por lo tanto, estaría en peligro.[10] En estas circunstancias se requería algo más —algo como un enorme éxito material— para mantenerlo a flote: para poder sobrevivir, el capitalismo tenía que ser “muchas veces más eficiente” que el comunismo.[11]

Aunque Keynes había escrito acerca de la fragilidad del capitalismo cuando estaba pensando en la alternativa del comunismo, este punto también surgió en discusiones enfocadas de manera más directa en la economía. La estabilidad del valor del dinero es importante, pues es fundamental para el ahorro que está en el corazón mismo del capitalismo. En una frase que más adelante citaría Friedman, Keynes anotó: “Se dice que Lenin declaró que la mejor manera

de destruir el sistema capitalista era corromper su moneda", pues los cambios en el valor del dinero equivalen a la confiscación arbitraria de la riqueza.[12] Los cambios en el valor del dinero exacerban el descontento popular con los especuladores y la manera en que las personas pueden acumular riqueza sin hacer nada para merecerlo.[13] Una inflación constante sólo sería tolerable bajo un "control socialista".[14] La variación de los precios, especialmente a la baja, podría hacer tambalear los cimientos de la sociedad capitalista.[15]

Esta necesidad de un conjunto de creencias que pudiera convencer a la gente de que el capitalismo era justo, también surgió en las discusiones de Keynes en materia de relaciones internacionales. Conforme sus propias actividades de inversión se extendían en bonos y acciones de todo el mundo en la década de 1920, su conocimiento de las finanzas internacionales se agudizó aún más. En 1919 escribió que el sistema a través del cual países como Argentina acumulaban —y pagaban— grandes deudas con Europa era frágil: "sólo ha sobrevivido porque hasta ahora la carga para los países deudores no ha sido opresiva", porque corresponde a "activos reales", y porque los préstamos anteriores son menores a los que se piensa solicitar en el futuro.[16] Cada una de estas tres condiciones podría ocasionar un problema. La referencia a "activos reales" hacía eco de la opinión de Keynes —que se analizó con anterioridad— de que el rechazo a la riqueza alcanzada mediante la especulación era generalizado y, por ende, un peligro para el capitalismo. Pero sobre todo, el problema era la avaricia, que podía convertirse en una carga intolerable. Cuando se alargaban las negociaciones sobre préstamos a Austria en 1923 (y las discusiones respecto a la deuda de la posguerra se prolongaron mucho más), Keynes utilizó uno de sus lenguajes más floridos para denunciar lo que estaba sucediendo:

> ¿Hubo alguna vez una maldición peor que el hombre haya inventado en nombre de la justicia? Me refiero a esta doctrina que dicta de forma concluyente que nuestra obligación moral es llevarnos a nosotros mismos y a nuestros vecinos derrotados, juntos, a la ruina en un intento por sujetarlos a un esclavizante tributo durante un periodo que durará generaciones. ¡A veces uno se pregunta por qué los socialistas no se han apresurado a sacar partido de todo este concepto como el mayor crimen del capitalismo! Nunca antes en la historia ni los más avaros conquistadores ni los más austeros cruzados concibieron tales castigos ni tales trabas como los que nosotros, los países industriales modernos, hemos intentando infligir a pueblos enteros y a seres inocentes que ni siquiera han nacido con una repugnante deformación de la noción de inversión extranjera.[17]

Aquí Keynes combina una denuncia del oportunismo de imponer grandes cargas en países que no las pueden pagar con ataques sobre la injusticia de actuar de esa manera. Es su injusticia, aunada a sus consecuencias macroeconómicas directas, lo que las hacen peligrosas. Una década más tarde continuó con esta doble acusación argumentando que no sólo se trataba de un capitalismo "internacional decadente" y nada virtuoso, sino que tampoco tendría éxito.[18] No creía en la idea que promovía el gran estadista liberal victoriano Richard Cobden de que una mayor interdependencia en el sistema económico mundial, que incluyera "la penetración de la estructura económica de un país a través de los recursos y la influencia de capitalistas extranjeros" y la dependencia de decisiones en materia de políticas en países extranjeros, automáticamente conduciría a la paz mundial.[19] Ya que la justificación moral de las relaciones internacionales era crucial en función de su aceptabilidad, una mayor interdependencia podría traducirse en inestabilidad, si se consideraba motivada por pasiones injustas. Sin embargo, la moralidad que daba impulso al capitalismo no era lo único que se necesitaba para alcanzar el

éxito; para sobrevivir, el capitalismo también tenía que ser materialmente próspero y, para lograrlo, debía crecer constantemente. Antes de la guerra, este crecimiento se había obtenido gracias a una configuración psicológica que incluía una serie de expectativas inconsistentes que difícilmente volvería a darse. En *Tratado sobre el dinero* (1930),[20] Keynes añadía un nuevo argumento. Explicaba el auge y la caída de España en los siglos XVI y XVII por el flujo de tesoros de las tierras recientemente conquistadas en el continente americano. Este flujo dio lugar a la expansión monetaria de España, estimulando las utilidades y el rendimiento. Cuando este ingreso se suspendió, el proceso funcionó a la inversa y la economía española se desplomó. Keynes continuó con el argumento de que algo similar había sucedido con el capitalismo británico del siglo XIX. "Gran parte del progreso material del siglo XIX quizá no hubiera sido posible sin el estímulo artificial que representó la acumulación de capital de sucesivos periodos de gran prosperidad."[21] De este modo, en una época en que algunos de sus contemporáneos —particularmente Friedrich Hayek— sostenían que las autoridades monetarias debían controlar —por insostenibles— los *booms* especulativos, Keynes argumentaba que, aunque efectivamente fueran insostenibles, eran condición esencial del capitalismo. En este sentido, se acercaba mucho más a la idea de su colega de Cambridge, Dennis Robertson, que pensaba que cierto nivel de fluctuaciones era no sólo "apropiado" sino característica normal del capitalismo. Existía la posibilidad de reducir, a través de políticas, las fluctuaciones excesivas ocasionadas por factores monetarios; sin embargo, ese esfuerzo sería insuficiente para eliminar el ciclo completamente.[22]

LA MORALIDAD DEL CAPITALISMO

Keynes no era un crítico absoluto del capitalismo. Veía sus virtudes y podía hacer comentarios mordaces acerca de quienes lo rechazaban completamente. Durante la primera Guerra Mundial, cuando se topaba con el argumento de que "en la nueva Alemania del siglo XX, un poder que no tome en cuenta las utilidades pondría fin a ese sistema capitalista, importado de Inglaterra hace cien años", calificaba la idea como "una pesadilla".[23] Para 1923 pensaba que la experiencia había ya desacreditado el comunismo[24] y, por lo tanto, el capitalismo era esencial. Este punto de vista se repite en el siguiente fragmento —procedente del borrador de 1926 de un libro que se había propuesto escribir sobre el capitalismo— que recoge la observación, citada con anterioridad, de que el capitalismo necesitaba tener más éxito que el comunismo:

> El capitalismo desarrolla una situación que lo hace *indispensable*. La distribución de fuerzas económicas y la masa de población se vuelven tales que sin la *eficiencia* del capitalismo sobrevendría un colapso social. Por lo tanto, un golpe al sistema capitalista no tiene ni puede tener como consecuencia la restauración del régimen precapitalista. Así que estamos *atrapados*. Tenemos un dilema entre una sociedad que es en sí (moralmente) objetable y el desmoronamiento económico.[25]

En este orden de ideas, podía repudiar totalmente el marxismo, que se basaba en la idea de que una vez que el capitalismo hubiera cumplido su tarea, sería posible crear una sociedad socialista que hubiera abandonado el capitalismo.

Esta convicción de que el capitalismo era indispensable lo acompañó toda la vida, como se

puede ver en una carta que dirigió a Hayek el 28 de junio de 1944 en respuesta al libro recientemente publicado de este último, titulado *The Road to Serfdom*. Para entonces, a Keynes lo respaldaba toda una trayectoria de inversiones exitosas, habiendo ganado tres fortunas (y perdido sólo dos). Sus éxitos y fracasos le habían permitido entender más cabalmente el capitalismo. El pasaje más citado de esta carta es el comentario de que "moral y filosóficamente me encuentro de acuerdo prácticamente con su totalidad; y no sólo de acuerdo, sino que concuerdo profundamente conmovido". Lo que no es tan conocido es que continuó con su crítica a "la tendencia de menospreciar las ganancias como motivación y, al mismo tiempo, seguir dependiendo de ese aliciente, sin remplazarlo con nada".[26] Más adelante elogió un pasaje en el que Hayek había escrito:

> el menosprecio deliberado de toda actividad que suponga un riesgo económico y el oprobio moral arrojado sobre las ganancias que hacen que valga la pena correr riesgos que sólo algunos pueden conseguir […] Hoy en día, la generación más joven creció en un mundo en el que, en la escuela y en la prensa, el espíritu de empresa comercial ha sido representado como algo vergonzoso y tener una utilidad es inmoral […] la experiencia diaria del profesor universitario deja poco espacio para la duda de que, como resultado de la propaganda anticapitalista, hasta ahora la transformación de los valores lleva una importante delantera sobre el cambio en las instituciones del que ya hemos sido testigos en este país. La pregunta es si, al cambiar nuestras instituciones para satisfacer las nuevas demandas, no destruiremos inadvertidamente valores que todavía mantenemos en alto.[27]

Keynes escribió que, si bien le gustaría ver un análisis más amplio de este tema, la evaluación "no podría ser mejor". Como lo dijo en una carta a Josiah Wedgwood en 1943, él no tenía ningún deseo de dejar atrás "el sistema político y social existente".[28]

Sin embargo, que Keynes considerara que el capitalismo era fundamental no opacaba sus críticas al respecto. Como se ha explicado con anterioridad, consideraba que el capitalismo necesitaba estar regulado y, aunque su esencia misma era la procuración del beneficio financiero, su búsqueda egoísta de beneficios —el capitalismo egoísta— era el camino a la perdición.

> No queremos —argumentó en 1933, durante el peor momento de la Gran Depresión— estar a merced de las fuerzas mundiales desarrollando o tratando de desarrollar un equilibrio uniforme de acuerdo con principios ideales, si es que pueden llamarse así, de un capitalismo de *laissez-faire*.[29]

Parecería que aquí Keynes no sólo cuestiona si los individuos realmente se benefician del capitalismo liberal, sino también la propia conveniencia del equilibrio. El resultado final de un capitalismo desregulado no era ideal. Sin embargo, además de oponerse al egotismo desregulado por las consecuencias que acarrearía, estaba en contra porque ofendía su sentido de moral. En 1932, haciendo eco de la experiencia del desplome de la bolsa en 1929, afirmó en una emisión de la BBC: "el espectáculo de los capitalistas, esforzándose por tener liquidez —como se dice de manera educada—, es decir, empujando a sus amigos y colegas a un frío arroyo sólo para ser empujados por atrás por alguien más precavido, no es una imagen edificante".[30] Pero su objeción al capitalismo como mecanismo iba más allá: se extendía al principio de valorar todo con base en el dinero, lo que consideraba una característica sustancial del capitalismo.

> La explotación y destrucción incidental del don divino de un artista cuando es prostituido con el propósito de obtener una ganancia financiera es uno de los peores crímenes del capitalismo hoy en día […] Pero cualquier cosa

> sería mejor que el sistema actual. La situación de cualquier artista es desastrosa. La relación de un artista respecto a su trabajo hace que resulte excepcionalmente incapaz de conectarse con lo financiero.[31]

Sin lugar a dudas, el arte era particularmente importante para Keynes. Sin embargo, esta cita parecería ir más allá del argumento de que los artistas se cuecen aparte y son incapaces de lidiar con el dinero (una postura a la que quizá tenía derecho dada su experiencia en el manejo de los asuntos financieros de la Asociación de Artistas de Londres). Si se encuentra al capitalismo culpable de crímenes contra la más elevada forma de actividad humana —y para Keynes el arte *sí* tenía esa condición—, entonces la acusación es severa. Pero, al referirse a la prostitución de los talentos del artista, Keynes estaba argumentando que el mero proceso para valorarlos y sujetarlos a una actividad comercial conlleva el riesgo de devaluarlos. A menos que el artista estuviera dispuesto a encerrar el arte en un círculo hermético, es difícil no llegar a la conclusión de que los efectos devaluatorios de una motivación económica acabarían por invadirlo todo, aun cuando sus consecuencias sean menos graves en actividades distintas al arte. El hecho de que Keynes pensara que el problema era más fuerte que el propio mundo del arte queda confirmado por los comentarios que hizo once años antes al referirse al comunismo soviético:

> Cada día parece más claro que el problema moral de nuestra época tiene que ver con el amor por el dinero, con el atractivo habitual del dinero como motivación en nueve de cada diez actividades humanas, con la lucha universal por conseguir seguridad económica individual como objetivo principal de cualquier esfuerzo, con la aprobación social del dinero como medida del éxito constructivo, y con el atractivo social del instinto de acumulación como cimiento necesario para proveer a la familia y el futuro.[32]

Sus comentarios posteriores sobre el arte explican lo que seguramente quería decir aquí. Sin embargo, en esta ocasión hizo una analogía con la religión. La gente necesita un ideal y —ya que las religiones tradicionales han perdido su significación— el comunismo ruso podría darnos la clave para encontrar uno nuevo. Unos años más tarde, fue incluso más fuerte en su condena de hacer dinero como un fin en sí mismo. “El amor al dinero como posesión […] de alguna manera [es] una morbosidad repugnante, una de esas propensiones semicriminales, semipatológicas que uno delega, no sin estremecerse, a los especialistas en enfermedades mentales.”[33] Por lo tanto, Keynes sostenía enfáticamente que el capitalismo no constituía un fin en sí mismo. Era necesario para la libertad, pero las actividades de la sociedad capitalista no eran, por naturaleza, parte esencial de lo que es la libertad. Si hacer dinero se convirtiera por sí solo en la meta, devaluaría actividades más valiosas como el arte; se transformaría en una religión sin ningún atractivo. Más bien, el propósito de la libertad era la búsqueda de otras finalidades —como la escritura, la pintura, la investigación científica— para las que el capitalismo suministraba los medios. Sin embargo, incluso esta situación acarreaba un problema: la motivación para ahorrar. Inmediatamente antes del pasaje que acabamos de citar, Keynes escribió acerca de una paradoja sobre las motivaciones humanas. Como lo hacía con frecuencia, partió de la desilusión en relación con las esperanzas que se tenían antes de la guerra.

> Creíamos que el capitalismo moderno era capaz no sólo de mantener los estándares de vida existentes sino de conducirnos gradualmente hacia un paraíso económico en el que podríamos estar comparativamente libres de cualquier preocupación económica. Ahora dudamos de que el empresario nos esté guiando a un destino mucho

> mejor que el lugar en donde actualmente nos encontramos. Si se le considera un medio, es tolerable; si se le ve como un fin, no es satisfactorio.[34]

Perdida la esperanza de que el capitalismo nos llevaría hacia una meta que valiera la pena, había surgido la pregunta de si este modelo era, en sí mismo, un fin deseable. No lo era. De ahí, Keynes pasó a la religión: si uno creía en el cielo, el capitalismo era simplemente un medio para alcanzar un fin. Lo mismo sucedía si uno creía en el progreso. Sin embargo, se podía dar el caso de que uno no creyera ni en el cielo ni en el progreso y, entonces, la actividad económica se tendría que convertir en un fin por sí mismo. "Si el progreso económico no tiene un objetivo moral, dejaremos de sacrificar —siempre— la moral por la ventaja material; en otras palabras, ya no podemos mantener el negocio y la religión en compartimentos distintos del alma."[35] Perder la fe en una religión sobrenatural y perder la fe en el progreso conducen inexorablemente a que se busque la ventaja material a expensas de la ventaja moral. Esto es algo que Keynes, que rechazaba el criterio utilitario, no podía suscribir. En concordancia con su postura contraria al utilitarismo, Keynes se negó a dar más peso a los placeres de la ganancia material que a otros valores más elevados. Los placeres del materialismo no podían, *per se*, conformar una defensa legítima del capitalismo. Los problemas que identificó Keynes respecto al ahorro no eran simplemente problemas técnicos macroeconómicos —fallas de coordinación, para utilizar la jerga moderna—, tenían su origen en una crisis de la moral. Encarar los problemas morales era fundamental para entender el capitalismo.

Por lo tanto, si el capitalismo era insatisfactorio por haber dado lugar a altas tasas de interés, inequidad, desempleo y un comportamiento poco edificante por parte de los capitalistas, ¿cuál sería la solución? La respuesta de Keynes fue restablecer la idea del progreso con el argumento de que si se lograba avanzar lo suficiente, estos males disminuirían y, en el mejor de los casos, desaparecerían. Esta fue la estrategia que trazó en el último capítulo de la *Teoría general* y en un ensayo que escribió en 1930, cuando la crisis financiera estaba empujando al mundo hacia una depresión, y al que dio un título contundente: "Posibilidades económicas para nuestros nietos".[36] Especuló con la idea de que la humanidad sería capaz de resolver su problema económico y terminar con la escasez de bienes de capital.[37] Hacerlo, escribió, nos permitiría "librarnos […] de la mayoría de los males del capitalismo".[38] Conforme el capital dejara de escasear, su precio (la tasa de interés) caería a cero y, en consecuencia, desaparecería la clase rentista; su famosa "eutanasia del rentista".[39] La gente podría decidir cuándo gastar sus ingresos y no recibiría ninguna recompensa por ahorrar. La competencia sería menos intensa cuando las personas intentaran disfrutar la riqueza en lugar de esforzarse por conseguirla. Los artistas, antes prostituidos bajo el capitalismo, serían dueños de sí mismos.

> De este modo, por primera vez desde su creación, el hombre se enfrentará a su problema real y permanente: cómo actuar libre de preocupaciones económicas urgentes, cómo ocupar el tiempo libre que la ciencia y el interés compuesto le habrán conseguido, cómo vivir con sabiduría, con agrado y bien […] serán los pueblos que pueden mantener vivo y cultivar con mayor perfección el arte de la vida misma, sin venderse a los medios de la vida, los que podrán disfrutar la abundancia cuando llegue.[40]

El capitalismo podría liberarse de sus características más objetables. Sin embargo, aun

cuando el índice de ganancias cayera a cero, todavía habría lugar para la empresa: sólo el índice de utilidad de inversiones completamente seguras caería a cero; siempre habría dividendos positivos disponibles para quienes estuvieran dispuestos a asumir el riesgo.

EL CULTIVO DE LA VIDA IMAGINATIVA

La imagen del capitalismo que se deja ver a través de los comentarios aislados pero sistemáticos de Keynes sobre el tema concuerda a la perfección con los valores morales que desarrolló, primero, como uno de "los apóstoles" y, más adelante, en el Grupo de Bloomsbury. Es imposible entender su hincapié en mantener una crítica moral propia respecto al capitalismo sin estudiar la compleja relación que sostuvo con los amigos y colegas con los que construyó de joven su visión del mundo. Después de todo, a lo largo de toda su vida, el grupo desempeñó para él un papel central. La perspectiva del futuro con la que Keynes terminó su gran obra, *Teoría general*, que consiste en un mundo donde los bienes materiales dejan de escasear (lo que ocasiona una revolución en la sociedad), procede de sus amigos de Bloomsbury. En un ensayo autobiográfico escrito en 1938, *My Early Beliefs*, Keynes argumenta que estos viejos amigos no sólo lo seguían definiendo como persona sino que en todos ellos prevalecía la influencia de la obra de Moore, particularmente su ética antiutilitaria.

Sin embargo, si la utilidad o el placer no eran los valores humanos más elevados, ¿cuál era? En el multicitado capítulo final de *Principia Ethica*, Moore reconoce que la amistad y el arte son dos cosas que casi siempre conducen a estados mentales que pueden calificarse como buenos. A través de este prisma, no es difícil comprender la actitud singular que Keynes tenía respecto al capitalismo, particularmente en comparación con la actitud de otros economistas más modernos. Cuando un economista como Friedman analiza el comportamiento económico, imagina que la maximización de las utilidades es el mayor valor humano. Por lo tanto, si se permite que los mercados operen libremente, sin interferencia gubernamental o barreras construidas artificialmente (como las licencias médicas), el resultado debe ser insuperable. Si bien los economistas contemporáneos cuestionan esta conclusión, casi invariablemente lo hacen identificando fracasos en el mercado y no cuestionando la noción de que lo que importa es la utilidad. Para Keynes, en cambio, había valores más elevados que la maximización de la utilidad, cuyo único valor era ser el medio para alcanzar un fin mayor.

Durante la década de 1920, cuando Keynes desarrollaba sus ideas sobre el capitalismo, no sólo abrazó la crítica ética al capitalismo sino también la idea de que a las personas las motivaba algo distinto a la maximización de la utilidad. Esta perspectiva presagió mucho de lo que diría después, en la década de 1930, sobre la fragilidad del capitalismo. La noción que tenía Keynes del capitalismo como medio para obtener un fin también se esclarece al analizar cómo cultivó y amplió los valores de Moore a través de su amistad con el crítico de arte Roger Fry quien, desde principios de la década de 1890, también había pertenecido a los Apóstoles. Con una formación en biología, y ferviente seguidor de la teoría de Darwin, Fry desarrolló un concepto del mundo que dividía la experiencia humana en dos esferas: la "vida real" y la "vida imaginativa". La primera estaba compuesta por todas las funciones biológicas,

como la alimentación y la procreación, mientras que la segunda incluía las artes, la búsqueda del conocimiento científico y la escritura creativa. En el esquema de Fry no había duda de que los hombres siempre tendrían que satisfacer sus necesidades básicas. Sin embargo, creía que, una vez que se hubiera cumplido lo anterior, dedicarían cada vez más de sus recursos a los placeres de la vida imaginativa.

He ahí, en un paquete cuidadosamente empacado, una traducción práctica de los valores de Moore a la vida cotidiana. Los valores humanos superiores se pueden encontrar en la búsqueda del arte, y los artistas y críticos que se habían reunido y convertido en el Grupo de Bloomsbury eran la mejor compañía. No había duda de que necesitaban satisfacer sus necesidades humanas básicas, pero el mayor valor se encontraba en lo que hacían juntos, como ocupantes de la esfera imaginativa de la existencia humana. Esta postura ofrece una justificación teórica al compromiso que Keynes mantuvo toda su vida con el arte. Además de sus inversiones personales en este campo y del apoyo que brindó a distintos artistas (muchos de ellos amigos) desempeñó un papel instrumental —a través de la Asociación de Artistas de Londres— en el establecimiento del Cambridge Arts Theatre, la Camargo Society (que se convertiría en el Royal Ballet) y, sobre todo, del Consejo para las Artes de la Gran Bretaña que, al ser utilizado como prototipo para la creación de organizaciones similares en otros países, contribuyó a cambiar en el mundo occidental la relación entre la sociedad, el gobierno y las artes.

Todo parecía indicar que el capitalismo, aunque por sí mismo no fuera un fin apropiado, era la mejor manera de obtener los medios necesarios para dedicarse a la vida imaginativa. Fry había argumentado que el mayor impedimento para comprender e integrar correctamente las dos esferas de la vida humana era el impulso de la emulación, idea que había tomado del famoso crítico de la sociedad americana Thorstein Veblen. Si uno siempre estaba tratando de adquirir lo que otros tenían, la búsqueda de la vida imaginativa se vería obstaculizada. No es difícil reconocer esta actitud en las declaraciones de Keynes sobre el amor al dinero y la avaricia desenfrenada. Estas actitudes representan un deseo de tener (en igual o mayor medida) lo que otros tienen y, por tanto, no permiten dejar atrás la simple supervivencia y alcanzar la vida imaginativa.

Además de proporcionar los valores morales para juzgar el capitalismo, Bloomsbury ofrecía una perspectiva sobre la existencia humana que concordaba con los puntos de vista de Keynes sobre la fragilidad del capitalismo y su base psicológica. La inconsistencia de las expectativas y las tensiones que esto generaba eran un tema importante para el grupo.

> Gran parte de la literatura y de las obras de arte de Bloomsbury y, de hecho, el estilo de vida de sus integrantes, se basaba en la presunción de que las instituciones personales, sociales, políticas, culturales, internacionales y económicas heredadas de la era victoriana ya no eran capaces —si es que alguna vez lo habían sido— de resolver los conflictos derivados de expectativas inconsistentes.[41]

La primera Guerra Mundial es el ejemplo más obvio. Otro es el análisis que Keynes hace del capitalismo victoriano y del eduardiano —anterior a la guerra— en *Las consecuencias económicas de la paz*. Uno más son las familias disfuncionales en las novelas de E. M. Forster, David Garnett y Virginia Woolf. La respuesta de los integrantes de Bloomsbury era buscar nuevas soluciones, ya fuera en las relaciones personales o en los asuntos económicos

nacionales o internacionales.

> En lugar de partir del supuesto de que los mecanismos de ajuste existentes funcionarían, los miembros del Grupo de Bloomsbury generalmente suponían exactamente lo contrario, e inmediatamente buscaban alternativas. Sin embargo, descubrieron que el mayor reto para encontrar instrumentos alternos era cambiar las actitudes psicológicas básicas tanto de los individuos como de las instituciones a través de las cuales los primeros interactuaban. En opinión de Keynes, uno de los principales retos para salir de la Gran Depresión era lograr "el reajuste de los hábitos e instintos del hombre ordinario que le habían sido inculcados a lo largo de innumerables generaciones y que se le podía pedir descartar en unas cuantas décadas".[42]

Hay aquí dos temas. Uno es la importancia de la psicología, una vez más, una característica de las novelas del Grupo de Bloomsbury y de los textos económicos de Keynes. Aunque Craufurd Goodwin centra la atención en la necesidad de cambiar los hábitos e instintos humanos, también está el énfasis que pone Keynes en las expectativas: las medidas políticas (como dejar atrás el patrón oro, o ejercer el gasto en obra pública) tenían el mismo resultado; creaban un clima de optimismo a través de sus efectos "mecánicos".

A fin de cuentas, Keynes se encontró en una situación que parece perfectamente razonable para un filósofo moral pero que, según los estándares modernos para analizar el capitalismo, parecería un tanto inusual. Aunque pensaba que era la mejor alternativa posible, consideraba que el capitalismo tenía fallas desde el punto de vista moral, en tanto que dependía de la motivación de hacer dinero. Creía que, a lo largo de la historia humana, el capitalismo siempre había evolucionado y cambiado y, por consiguiente, no tenía duda de que la evolución continua seguía siendo posible. A diferencia de los defensores actuales del capitalismo que argumentan enfáticamente que no tiene nada de malo y que está más allá de cualquier crítica, o de quienes lo ven como un sistema que ya no tiene esperanza, Keynes adoptó una postura crítica y exigió que los defectos del modelo se atacaran con franqueza. El sistema sólo se podría reformar para garantizar su sobrevivencia si se hacía frente a sus fallas honestamente. Por muchas razones, toda la obra de Keynes se puede entender mejor si pensamos que realizó cabalmente su propia vida imaginativa desarrollando este conocimiento del capitalismo y la manera de preservarlo. Para lograrlo, no obstante, no bastó con hacer una crítica moral o presentar una visión de cómo funcionaba el capitalismo: tuvo que proporcionar una teoría sobre su forma de operar. Éste es el tema que abordaremos a continuación.

[1] S. Webb y B. Webb, *Soviet Communism: A New Civilization?*
[2] *JMK*, vol. 9, p. 292.
[3] *JMK*, vol. 17, p. 450.
[4] *JMK*, vol. 9, p. 293.
[5] *JMK*, vol. 28, p. 36.
[6] *JMK*, vol. 2, p. I.
[7] *Ibidem*, p. II.
[8] *Ibidem*, p. 12.
[9] *JMK*, vol. 4, p. 24.
[10] *JMK*, vol. 9, p. 267.
[11] *Ibidem*, p. 268.
[12] *Ibidem*, p. 57.
[13] *Ibidem*, p. 58.
[14] *JMK*, vol. 17, p. 269.
[15] *JMK*, vol. 19, p. 60.
[16] *JMK*, vol. 16, p. 427; *cf. JMK*, vol. 2, p. 179.
[17] *JMK*, vol. 18, p. 178.
[18] *JMK*, vol. 21, p. 239.
[19] *Idem.*
[20] *Cf. JMK*, vol. 6, pp. 135-143.
[21] *JMK*, vol. 5, p. 246.
[22] D. Robertson, *A Study of Industrial Fluctuation* y *Banking Policy and the Price Level*.
[23] *JMK*, vol. 11, p. 342.
[24] *JMK*, vol. 17, p. 450.
[25] Documentos de Keynes A/2/6.
[26] *JMK*, vol. 27, pp. 385-386.
[27] F. Hayek, *The Road to Serfdom*, p. 97.
[28] *JMK*, vol. 27, p. 350.
[29] *JMK*, vol. 21, pp. 239-240.
[30] *Ibidem*, p. 90.
[31] *JMK*, vol. 28, p. 344.
[32] *JMK*, vol. 9, p. 268.
[33] *Ibidem*, p. 329.
[34] *Idem.*
[35] *Idem.*
[36] *Ibidem*, cap. 24.
[37] *JMK*, vol. 7, pp. 374-382; vol, 9, p. 325; vol. 13, p. 491.
[38] *JMK*, vol. 13, p. 491.
[39] *JMK*, vol. 7, pp. 221, 375 [p. 352 de la edición del FCE].
[40] *JMK*, vol. 9, p. 328.
[41] Goodwin, *The Art of an Ethical Life*, p. 224.
[42] *Ibidem*, citando a *JMK*, vol. 9, p. 327.

IV. EL MÉDICO KEYNES
El desarrollo de una teoría económica capitalista

FLUCTUACIONES ENTRE GUERRAS

Si Keynes nada más hubiera sido un filósofo que ponía sobre la mesa una crítica moral del capitalismo, su influencia habría equivalido a una pequeña fracción de lo que en realidad fue. Debe su reputación al desarrollo de una teoría para explicar el funcionamiento de las economías capitalistas que podía ser utilizada para entender la causa de su catastrófico fracaso en la década de 1930 y cómo se podría remediar. Sin embargo, Keynes no asumió su tarea solamente como un académico convencional —escribiendo libros eruditos y artículos en revistas especializadas dirigidos únicamente a otros economistas— sino también como periodista y empresario. El éxito financiero de *Las consecuencias económicas de la paz* le permitió sostenerse de su trabajo como periodista, consultor y asesor gubernamental al tiempo que se convertía en uno de los periodistas económicos y en uno de los académicos en la materia más importantes de su generación. Mantuvo su titularidad en el órgano directivo en King's College donde, a pesar de no tener ningún nombramiento universitario (nunca ostentó el título de catedrático de la universidad), dictaba ocho conferencias al año y dirigía un seminario para el cuerpo docente y algunos alumnos seleccionados. Además, se desempeñó como administrador del colegio durante mucho tiempo. Así, a pesar de que mantuvo un vínculo estrecho con sus colegas de Cambridge y desarrolló sus ideas, en ocasiones de acuerdo con ellos y, otras veces, en oposición a ellos, mucho de lo que escribió sobre economía se publicó en periódicos y revistas o está en el gran número de informes y memorandos que produjo en su calidad de inversionista o de asesor gubernamental experto.

Ya que su trabajo académico no se podía separar de su labor periodística, no es de sorprender que abordara la economía de la misma manera que un médico ve a un paciente: diagnosticando un problema y proponiendo remedios. Esta actitud se observa, en distinta medida, en los tres grandes libros en los que elaboró su análisis de las economías capitalistas: *Breve tratado sobre la reforma monetaria* (1923), donde por primera vez aplicó a las políticas monetarias lo que intuía sobre la inestabilidad potencial del capitalismo; *Tratado sobre el dinero* (1930), que buscaba consolidar su reputación académica a través de un innovador marco teórico para la política monetaria, y *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), que sentó las bases teóricas para la economía keynesiana que, tras la segunda Guerra Mundial y durante casi tres décadas, se establecería como la nueva ortodoxia económica.

El trabajo inicial de Keynes en teoría económica fue relativamente convencional. En esta etapa, Keynes seguía muy de cerca los pasos teóricos de su maestro Alfred Marshall y del sucesor de este último en Cambridge, A. C. Pigou. A través de su trabajo en la Oficina para la India, se hizo de un nombre como experto en finanzas internacionales, especializado en la

relación entre la Gran Bretaña y la India, país que en ese entonces seguía siendo parte del Imperio Británico. De hecho, el primer libro que publicó fue *Indian Currency and Finance* (1913). Transcurrida la primera Guerra Mundial, y años después de haber dejado su puesto en la Oficina para la India, centró su atención en los problemas que el nuevo orden mundial estaba arrojando. La década de 1920 fue un periodo de inestabilidad; empezó con un breve auge en 1920 —gracias a que las empresas necesitaban reabastecerse después de la guerra— al que sobrevino, al año siguiente, un desplome igual de repentino. Sin embargo, la cuestión concernía al tipo cambiario, que había fluctuado libremente durante la guerra a partir del valor que tenía en relación con el oro y otras monedas antes del conflicto. La política oficial, expuesta en un informe del gobierno británico en 1919, era que la libra debía regresar al patrón oro con la misma paridad que tenía cuando empezó la guerra (1 GBP = 4.86 USD). El costo de 3 libras 17 chelines 10 ½ (£3.89 en la moneda del sistema decimal) por onza de oro en el que se basa esta paridad tenía un gran significado simbólico, pues es el valor de la libra esterlina que estableció sir Isaac Newton en 1717, cuando estaba a cargo de la casa de moneda.

Keynes retomó el tema del tipo de cambio en el *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, pero en esta ocasión su principal inquietud era hacer frente a los problemas ocasionados por la inflación que se desató tras la primera Guerra Mundial. Además de traer consigo dificultades obvias para la gente, que se esforzaba por sobrellevar el alza constante de precios, la inflación de la posguerra causó estragos en el índice cambiario. Keynes esperaba encontrar un mecanismo para estabilizar los precios y el tipo de cambio. El hecho de que Keynes se haya enfocado en el problema de la inflación en su primer libro destacado sobre teoría monetaria seguramente sorprenderá a quienes sólo conocen al autor por la caricatura que se propagó en la década de 1970 en la que se le pintaba como alguien que había desarrollado políticas que generaban inflación.

El *Breve tratado* se sustentaba en dos teorías, ambas de largo historial. La primera era la versión de Cambridge de la teoría cuantitativa del dinero que Keynes había aprendido de su maestro Marshall y que también era utilizada por su colega Pigou. Su postulado era que existía una relación entre la cantidad de dinero en circulación y el nivel de precios: dada la cantidad de bienes y servicios producidos, entre más dinero en circulación, mayor nivel de precios. Si bien los economistas de Cambridge ponían énfasis en la inestabilidad de esta relación que podía variar a lo largo del ciclo económico conforme los cambios en la producción y en las expectativas modificaran la cantidad de dinero que la gente quisiera guardar, la teoría cuantitativa era un enfoque estándar para analizar la inflación, por lo menos desde la época de David Hume a mediados del siglo XVIII.

La otra teoría, conocida como paridad del poder adquisitivo, se basaba en la observación de que los bienes, al poder transitar libremente entre países, debían venderse, una vez convertidos a moneda corriente, más o menos al mismo precio en todas las naciones. Por lo tanto, si el carbón se vende a 10 GPB en la Gran Bretaña y el tipo de cambio es de 4.86 USD por 1 GBP, en los Estados Unidos la tonelada debe costar 48.60 USD. Esta relación es todo menos precisa porque no toma en cuenta los gastos de transporte y porque sólo puede ser válida a largo plazo, una vez que los comerciantes hayan tenido tiempo de responder a cualquier diferencia inesperada de precios. Sin embargo, al redactar el *Breve tratado*, Keynes

la aceptó como una guía burda pero suficiente del movimiento internacional de precios.

En dos capítulos que más adelante elogiaría Milton Friedman, Keynes explica los males a los que dieron lugar la inflación (el alza de precios) y la deflación (baja de precios). La inflación era injusta porque reducía el valor de las deudas al redistribuir la riqueza del prestamista al prestatario; equivalía a un impuesto que cualquiera que hubiera prestado dinero al gobierno tenía que pagar. La deflación era todavía peor porque incluso el temor de una eventual caída de precios bastaba para inhibir la actividad económica; una disminución de precios significaba que los empresarios que adquirían bienes se podían enfrentar a la posibilidad de tener que venderlos más baratos en el futuro. Valiéndose de la teoría cuantitativa del dinero y de la paridad del poder adquisitivo, Keynes argumentó que el objetivo de la política monetaria británica debería ser la estabilización del nivel de precios para evitar tanto la inflación como la deflación, incluso si esto implicaba una fluctuación cambiaria. Así resumió su postura: "el capitalismo individualista de hoy en día […] supone una vara estable de medición (*i.e.* el nivel de precios); sin ella, no es capaz de desenvolverse con eficiencia; quizá ni siquiera pueda sobrevivir".[1]

La mayor esperanza de Keynes era haber encontrado lineamientos que las autoridades monetarias pudieran seguir sin el patrón oro. La estabilidad en el nivel de precios no implicaba regresar a la manera en que se había conducido la política monetaria los últimos doscientos años. De hecho, regresar el patrón oro no generaría la estabilidad que el pueblo ansiaba; por el contrario, la necesidad de mantener fija la tasa de cambio conllevaría cambios dañinos en el nivel de precios. Aunque no se había alejado demasiado de sus raíces universitarias en la elección de los dos modelos teóricos que utilizó para armar su argumento, su defensa de una política de activismo, según la cual el banco central debía asumir la responsabilidad sobre el nivel de precios, lo condujo más allá de cualquier propuesta que Marshall o Pigou hubieran presentado (aunque Marshall había sido consciente de que algunas de sus propuestas monetarias hubieran requerido que el valor de la libra esterlina fluctuara en relación con otras monedas). En efecto, su punto principal no eran las recomendaciones puntuales en materia de políticas sino la visión subyacente de que las autoridades debían reconocer que era necesario conducir la economía; ésta no se podía abandonar a sus propios recursos.

> Debemos liberarnos de la profunda desconfianza que inspira permitir que la regulación del estándar de valor [nivel de precios] esté sujeta a una *determinación deliberada*. Ya no podemos darnos el lujo de dejarla en una categoría donde las características distintivas están —en una u otra medida— en manos del clima, el índice de natalidad y la Constitución; asuntos que se resuelven por causas naturales, que son el resultado del esfuerzo individual de muchas personas que actúan de forma independiente, o que requieren de una revolución que los transforme.[2]

Considerando la opinión de Keynes de que el capitalismo era inherentemente inestable, no sorprende que haya roto con sus predecesores, más enfocados en las reglas que en la gestión activa de la economía. Escribir después de la primera Guerra Mundial había echado por tierra la ilusión de que el capitalismo era inherentemente estable, y Keynes había ido un paso más adelante para analizar a qué se debía esa inestabilidad y cómo mitigarla.

Aunque no abrió nuevos caminos teóricos, el análisis que presentó en el *Breve tratado* sirvió de base para otra de sus obras más controvertidas, *The Economic Consequences of Mr*

Churchill, publicada dos años más tarde. El responsable de que la Gran Bretaña regresara al patrón oro con la antigua paridad de 1 GBP = 4.86 USD fue Winston Churchill, el otrora político reformista liberal que, junto con el agitador galés David Lloyd George, había sido miembro del gobierno liberal anterior a la guerra y que había provocado una crisis constitucional al subir los impuestos para pagar reformas de índole social. Sin embargo, ahora Churchill se desempeñaba como ministro del tesoro en un gobierno conservador y, en el ejercicio de sus funciones, tomó la decisión de que la Gran Bretaña adoptara nuevamente el patrón oro. Aun cuando la postura oficial de la Gran Bretaña era que los precios estaban por encima de los estadunidenses únicamente 2.5%, Keynes sostenía que la brecha era de 10%. Esto significaba que, para asumir el regreso al patrón oro al antiguo tipo de cambio, los salarios tenían que caer mucho más, lo que generaría severos problemas para la economía británica.

Keynes estaba convencido de que, favoreciendo la estabilidad cambiaria sobre la estabilidad del nivel interno de precios, Churchill infligía un gran daño a la economía. Su verdadero temor era que una tasa de cambio estable podría conducir a la inestabilidad económica.

EL ESTANCAMIENTO DE LA ECONOMÍA BRITÁNICA

Para finales de la década de 1920, bajo el sistema restaurado del patrón oro, los problemas económicos en la Gran Bretaña ya no eran la inflación y la volatilidad cambiaria, sino la constante deflación y el estancamiento, que se concentraban en las industrias de exportación: los grandes sectores productivos tradicionales, como el textil, el del carbón, el del hierro y el acero, y el de la construcción naval. A lo largo de ese decenio, mientras los Estados Unidos disfrutaban la prosperidad que hizo que la quiebra de 1929 fuera todavía más traumática, la Gran Bretaña se estancaba. Los intentos por mantener una industria competitiva implicaban recortar salarios, y desataron una cruda huelga minera. El apoyo a los mineros hizo que explotara una huelga general en 1926 que acabó por polarizar al país cuando intervino el ejército y los administradores se vieron obligados a mantener en funcionamiento el transporte público. Siendo tan realista en el campo político como lo era, Keynes comprendía que, aunque la causa de estos problemas pudiera ser una moneda sobrevaluada —como lo había argumentado en su ensayo sobre Churchill—, ya no tenía caso impugnar el patrón oro. Los problemas eran otros y, por ende, el médico necesitaba nuevas herramientas para hacer un diagnóstico correcto.

La década de 1920 fue un periodo de cambio en la vida de Keynes. Además de ganar fama como periodista económico, empezó a manejar las inversiones del King’s College. En 1919 incursionó por primera vez y a título personal en los negocios (primero en los mercados de moneda extranjera), y en los años siguientes inició su carrera como asesor financiero. En 1921 asumió la presidencia de la National Mutual Insurance Company y, en 1923, ayudó a integrar un grupo de inversionistas que asumiría el control de la antigua revista liberal *The Nation*.

También sorprendió a su familia y amigos al casarse con la reconocida bailarina rusa Lydia Lopokova. Desde sus tiempos en Cambridge como estudiante, Keynes había sido un consabido

homosexual, pero después de ver bailar en 1922 a Lopokova, a quien había conocido originalmente en 1919, se enamoró profundamente de ella y se casaron el 4 de agosto de 1925. Lo anterior, aunado al hecho de que Lydia no tenía una educación formal y era ajena al ambiente altamente intelectual de Bloomsbury, creó tensión entre Keynes y sus viejos amigos del grupo. Sin embargo, el matrimonio le dio un verdadero sentido de felicidad y satisfacción.

A lo largo de esa década, Keynes adquirió cada vez mayor estatus, y para finales de 1930 se había convertido en asesor del gobierno desde dos frentes distintos: como miembro del Comité Macmillan, establecido por el ministro del tesoro para analizar las causas (y posibles soluciones) de la recesión económica en la Gran Bretaña, y del Consejo de Consultoría Económica, instaurado por el primer ministro para asesorar al gobierno. Keynes había ascendido a una posición mucho más favorable para que sus ideas fueran escuchadas.

Sin embargo, estos nuevos cargos públicos no necesariamente lo ponían en mejor situación para desarrollar las herramientas de diagnóstico que buscaba. Para 1929, cuando se integró al Comité Macmillan, Keynes llevaba cinco años dedicado al *Tratado sobre el dinero*. Durante 1929 y 1930, año en el que lo designaron para el Consejo de Consultoría Económica, utilizó los dos foros para poner a prueba las ideas en las que estaba trabajando. No obstante, los efectos en su obra no eran positivos. En lugar de ayudarle a pulir sus argumentos, sus esfuerzos por utilizar sus innovaciones teóricas como herramientas de debate lo dejaban insatisfecho. El día que envió el libro a la imprenta escribió a su madre para decirle que la obra era un “fracaso artístico”.[3] Lo cierto es que, en parte por lo ocupado que había estado y por presiones de tiempo y en parte porque había sido muy exigente con su trabajo, el resultado era una obra con la que no estaba contento.

Otro efecto interesante del esfuerzo de utilizar sus nuevas ideas en discusiones sobre políticas es que podemos ver en qué grado se alejó en el *Tratado sobre el dinero* de sus raíces en las teorías del dinero y el ciclo económico de Cambridge. En la teoría tradicional de Cambridge sobre el ciclo comercial, los cambios de actitud de los inversionistas entre optimismo y pesimismo eran considerados como la fuerza principal para mover la economía a la alza o a la baja. Aunque al principio de su carrera el propio Keynes había respaldado esta teoría, en el *Tratado* la había rechazado total y completamente. En su lugar, había utilizado una teoría del ciclo comercial, que identificaba las tasas de interés como causa fundamental, y un nuevo marco teórico, que remplazaba a la antigua teoría cuantitativa. Este giro —que en retrospectiva parece más una desviación— se puede vincular a que estuviera trabajando paralelamente en los debates sobre políticas y en la escritura del *Tratado*.

Cuando Pigou —en su calidad de profesor de economía de Cambridge— presentó su caso ante el Comité Macmillan en 1930, Keynes lo trató como si estuviera en el banquillo de los acusados respondiendo por sus errores analíticos. La declaración de Pigou se basaba en la teoría de que las expectativas sobre utilidades a futuro desempeñaban un papel fundamental en las decisiones de inversión. En su contrainterrogatorio, Keynes buscó la manera de hacer que Pigou cambiara de opinión: lo empujó a admitir que las altas tasas de interés que el Banco de Inglaterra estaba obligado a sostener para que la Gran Bretaña pudiera mantener el patrón oro eran la única causa de la caída en la inversión que había dado origen a la depresión. Ésta era la visión de Keynes y, por ende, en cuanto Pigou afirmó que la disminución de inversión era un motivo importante de los problemas por los que atravesaba en ese momento la Gran Bretaña,

Keynes intentó orillarlo a manifestar su acuerdo con el diagnóstico que él mismo había hecho de la situación.

KEYNES: ¿No depende ésta [inversión] de la tasa de interés?
PIGOU: Parcialmente, sin duda.
KEYNES: *¿No es fundamental*?
PIGOU: Hay que tomar en cuenta el estado de ánimo del empresario. El ánimo del empresario pude ser tal que prefiera no contraer una deuda o utilizar dinero a cero por ciento.
KEYNES: ¿Es ésa una situación absolutamente anormal?
PIGOU: Son las dos cosas… el interés y su estado de ánimo.[4]

Pigou se negó a aceptar el argumento de Keynes de que el estado de ánimo del empresario no tenía nada que ver con la inversión. La postura que Keynes sostenía en ese momento negaba no sólo la teoría que había defendido con anterioridad, sino el punto de vista que más adelante recogería en la *Teoría general*.

Este intercambio es un buen ejemplo de las dificultades que enfrentaba Keynes al tratar de llevar a buen término el *Tratado sobre el dinero* y fungir, al mismo tiempo, como consultor del gobierno. Keynes sentía que, para poder ser eficaz en sus nuevas funciones, tenía que identificar una causa clara de los males económicos del país para, entonces, encontrar una solución igualmente clara. En su opinión, el problema radicaba en la política en materia de tasas de interés y, para defender su postura, descartó que otros elementos pudieran haber desempeñado un papel importante. Su enfoque reflejaba una visión absolutamente realista de cómo funcionaba el escenario político. Sin embargo, este acercamiento pragmático para identificar el origen de los problemas de la economía británica y su remedio, y después centrarse en él sin considerar todos los demás factores, no fue nada positivo para él como teórico. A fin de cuentas, en el *Tratado sobre el dinero*, Keynes adoptó lo que ha sido perspicazmente descrito como una "mentalidad de fórmula mágica".[5]

La naturaleza simple y mecánica del enfoque de Keynes en el *Tratado* está explícita en su mayor innovación: las portentosas "ecuaciones fundamentales". Aunque las describe como "fundamentales" sólo implican manipulaciones elementales de algunas identidades contables básicas, y son una nueva versión de la teoría cuantitativa del dinero que Keynes había utilizado en el *Breve tratado*. Su derivación de las ecuaciones es, sin duda, innovadora pero, si bien es cierto que Keynes pudo aplicarlas con gran sagacidad como herramienta de diagnóstico, tenían —como sucedió con el *Breve tratado*— grandes limitaciones como teoría económica.

Al comparar el *Tratado* con el *Breve tratado*, la novedad del primero radica en el análisis de la economía en términos de la relación que existe entre el ahorro y la inversión. Para que la economía prospere, los ahorros deben llegar, a través del sistema financiero, a manos de los empresarios, quienes, a su vez, invertirán en activos productivos (edificios, maquinaria y otros bienes de capital). Si, como argumentaba Keynes, esto no sucede, y la consiguiente falta de inversión empieza a ocasionar una depresión, corresponde a los teóricos de la economía entender por qué ahorra la gente, por qué invierte y, por lo tanto, por qué en estas circunstancias los ahorros no se convierten en inversión. Como se puede observar en su

conversación con Pigou, la respuesta de Keynes era la tasa de interés. Si ésta es demasiado alta, induce a los ahorradores a ahorrar mucho y, en cambio, los empresarios son menos propensos a endeudarse y asumir el riesgo de invertir en nuevos bienes de capital.

Con esta simple teoría, Keynes identificó lo que llamó —siguiendo los pasos del economista sueco Knut Wicksell—, una tasa "natural" de interés para lograr un equilibrio entre el nivel de ahorro y el nivel de inversión. El problema al que se enfrentaba la economía británica en la década de 1930 era que, para mantener el patrón oro —con la libra en su valor histórico respecto a este metal y al dólar estadunidense—, las autoridades se habían visto en la necesidad de mantener la tasa de interés por encima de su índice natural, lo que hizo que la inversión fuera insuficiente en relación con el ahorro. La solución obvia, desde luego, era abandonar el patrón oro. Sin embargo, Keynes sabía que esta medida no era políticamente realista y, en consecuencia, tenía que buscar paliativos de corto plazo para estimular la economía, como aranceles que limitaran la importación o proyectos de obra pública. De cualquier forma, el problema fundamental era que las tasas de interés eran demasiado elevadas.

La Gran Depresión

Keynes era muy exigente para juzgar su propio trabajo y estaba consciente de que la manera en que había expuesto sus ideas en el *Tratado* no estaba libre de carencias. Sin embargo, su idea de que el libro era un fracaso tenía raíces más profundas. La tibia aceptación que tuvo la obra indicaba que no era la declaración definitiva en economía monetaria que él anhelaba. Además, y sobre todo, aunque el libro se publicó en 1930, después de la quiebra del mercado de valores y mientras el mundo se sumergía en la Gran Depresión, el *Tratado* todavía reflejaba las inquietudes de finales de la década anterior y no el problema del desempleo masivo que emergía rápidamente a nivel mundial. Esta nueva situación claramente evidenció las limitaciones de la teoría que proponía.

Al comentar la trayectoria intelectual que había seguido para llegar a la *Teoría general*, Keynes relató que, poco después de que el *Tratado* saliera a la luz, sus colegas más jóvenes de Cambridge le abrieron los ojos y se dio cuenta de que había utilizado una teoría que no era capaz de explicar el nivel de producción y empleo para encontrar la manera de lograr que la economía regresara al pleno empleo. La *Teoría general* fue el resultado de la búsqueda de una teoría que le permitiera entender cómo se podía establecer la producción en distintos niveles y, en consecuencia, convertirse en algo que las políticas gubernamentales pudieran cambiar. Sin embargo, si bien es cierto que el *Tratado* no esclarecía realmente el nivel de producción, el libro tenía un inconveniente aún mayor: a pesar de sus esfuerzos por ser innovador, Keynes seguía trabajando con los viejos constructos teóricos. Al igual que en el *Breve tratado*, sí estaba un paso más adelante de sus colegas de Cambridge al argumentar que las autoridades debían adoptar un enfoque más activo en la formulación de políticas y tomar decisiones deliberadas respecto a dónde se debía ubicar el nivel de precios. Esta postura le atrajo cierta notoriedad. No obstante, aunque su objetivo era descubrir nuevas herramientas que le ayudaran a hacer un diagnóstico mejor y proponer soluciones más atinadas, su enfoque se

había vuelto unidimensional y menos flexible. Efectivamente, había adoptado una “mentalidad de fórmula mágica” pues sus llamadas ecuaciones fundamentales ofrecían una conexión mecánica entre la política monetaria y el nivel de precios. Aunque el libro sí ofrecía un análisis detallado de los mercados financieros, este tema sólo tenía un papel menor en su argumento central. Si Keynes hubiera prestado mayor atención a sus propias y más sutiles disquisiciones sobre la conducta de los inversionistas, no habría podido cuestionar a Pigou como lo hizo.

Entre 1930 y 1936, Keynes emprendió un nuevo proyecto que lo distanció de su mentalidad de fórmula mágica: desarrollar una teoría sobre la manera en que se determinaba el nivel de empleo; escribió un libro en el que la teoría era más compleja que los procesos que podía capturar en sus ecuaciones. Elaboró una teoría integrada sobre cómo las perturbaciones en los mercados financieros podían afectar la producción de bienes y servicios. Ésta se basaba en la noción —ausente en el *Tratado*— de que la economía capitalista podía ser relegada a una posición donde el nivel de desempleo fuera alto y no hubiera ninguna tendencia de recuperación hacia el pleno empleo. Lo anterior, desde luego, reflejaba la realidad que reinaba en ambos lados del Atlántico en 1931, año en el que Keynes empezó a trabajar en la *Teoría general*. No sólo la Gran Bretaña estaba ya en su octavo año consecutivo de altos índices de desempleo, sino que la producción y el empleo se habían colapsado en el mundo entero y, en los Estados Unidos, entre 1929 y 1933, la caída en la producción equivalía a una tercera parte. Hasta 1930 no había existido una teoría satisfactoria para explicar el desplome de una economía hasta llegar a una profunda depresión sin salir de ella. Sin embargo, para cuando apareció la *Teoría general*, una teoría de esa naturaleza se había vuelto esencial.

Al mostrar que la economía podía quedar atrapada en una profunda depresión, Keynes se comparó con el famoso economista del siglo XIX, Robert Malthus (más conocido por su teoría sobre población), quien, en 1820 —poco después de las guerras napoleónicas—, argumentó algo similar en contra de su amigo y adversario teórico David Ricardo. Ricardo defendía lo que Keynes denominó la Ley de Say (en honor a Jean-Baptiste Say, un economista francés contemporáneo de Ricardo), que se puede resumir en la siguiente sentencia: “la oferta crea su propia demanda”. La idea principal era que producir bienes con un valor de 100 USD genera ingresos exactamente iguales a 100 USD: todo lo que no sea utilizado para pagar el salario de los trabajadores o a los dueños de la tierra y los recursos naturales es utilidad, y la utilidad es el ingreso de los capitalistas. Por lo tanto, siempre y cuando cualquier cantidad de dinero que se ahorre sea canalizada —a través del sistema financiero— a los empresarios, quienes, a su vez, la inviertan en bienes de capital, no puede haber una escasez de demanda total. Puede ser que la demanda sea insuficiente para algunos bienes en particular (la iniciativa privada comete errores todo el tiempo), pero no se puede dar lo que Malthus y sus contemporáneos llamaron “exceso de oferta general”. Malthus sostenía que la Ley de Say estaba equivocada y que sí era posible que una economía se estancara indefinidamente en una posición en la que grandes partes de la población no tuvieran acceso a un empleo regular. La concordancia entre Keynes y Malthus —cuyas ideas le fueron señaladas a Keynes poco después de que él mismo empezara a pensar en esas mismas líneas— le dio gran satisfacción, pues Malthus también procedía de Cambridge, lo que le permitió presentarlo como un temprano economista de su misma universidad.

Así, Keynes se incorporó a una larga lista de personas que habían debatido *cómo* funciona el capitalismo. En este sentido, no estaba aportando nada nuevo. Tampoco fue el primero en teorizar sobre el desempeño de la economía en su conjunto. Hubo muchos economistas prominentes en las primeras tres décadas del siglo XX que se habían dedicado a esto; a teorizar acerca del funcionamiento del sistema financiero, a ver cómo funcionaba el dinero y el crédito o el ciclo económico. Es decir, Keynes no inventó la macroeconomía; el hecho de que invocara a Malthus y Ricardo sugería que en el siglo XIX muchos otros lo habían precedido. Lo novedoso de la *Teoría general* fue el éxito de la teoría establecida por Keynes que explicaba el nivel de producción y mostraba cómo la escasez de demanda agregada podría hacer que el nivel de producción fuera insuficiente para proporcionar pleno empleo a los trabajadores.

Otra manera de entender el éxito de Keynes en el desarrollo de una teoría sobre la forma en que la producción y el empleo podían cambiar es percatarse de que, gracias a esto, había abandonado finalmente la teoría cuantitativa del dinero. Si bien, tanto en el *Breve tratado* como en el *Tratado* había sido capaz de apuntalar su trabajo con variaciones de la teoría cuantitativa, al conceder mayor importancia al hecho de que la cantidad de dinero que guardan las personas (ya sea en moneda corriente o en cuentas de banco) depende de sus expectativas sobre el futuro y puede cambiar con facilidad, necesitó encontrar una hipótesis distinta para explicar cuánto decide gastar la gente. En el *Tratado* empezó a moverse en esta dirección, con el análisis del ahorro y la inversión, pero en la *Teoría general* dio un paso más. Se consideraba que el gasto dependía del ingreso que, a su vez, dependía del nivel de producción. En este orden de ideas, la cantidad de dinero tenía un papel menor; sólo era uno de los factores de las tasas de interés. Por ende, uno de los resultados del esfuerzo de Keynes en la *Teoría general* es que había dejado atrás uno de los marcos de referencia comunes para analizar el ciclo económico en las décadas de 1920 y 1930 —la teoría cuantitativa del dinero—, y había desarrollado una nueva serie de herramientas para estudiar el funcionamiento de una economía monetaria.

Keynes describió la *Teoría general* como una obra de teoría económica dirigida a sus colegas economistas. Si bien esta afirmación ayuda entender por qué no dedicó más espacio a las políticas, sorprende que en el libro haya tan poco espacio dedicado a la forma en que el gobierno debería atacar el desempleo masivo. Se trata de un tema en el que ya se había ganado cierta reputación, pues en la década de 1920 era bien conocido por defender el uso de proyectos de obra pública (gasto en carreteras, escuelas y hospitales, entre otras formas de inversión pública) para estimular la economía. Al lado de un economista joven, Huber Henderson, había contribuido a la campaña de elecciones generales de 1929 con un manifiesto que circuló ampliamente y que se titulaba *Can Lloyd George Do It?* Lloyd George, líder de lo que quedaba del Partido Liberal, proponía gastar 250 millones de libras esterlinas en proyectos de obra pública a fin de impulsar una disminución en el índice de desempleo. Keynes y Henderson afirmaban que esta medida sí funcionaría. Era bien sabido que un gasto de esta naturaleza generaría un aumento en el ingreso y que, cuando la gente empezara a gastarlo, el gasto general crecería todavía más. Sin embargo, no encontraban la manera de calcular *cómo* el incremento del gasto en obra pública se traduciría en una mayor producción.

En 1933, cuando Keynes produjo, con base en cuatro artículos de *The Times*, una obra breve (o, mejor dicho, dos, pues las versiones para la Gran Bretaña y para los Estados Unidos

eran diferentes) titulada *The Means to Prosperity*, este problema ya estaba resuelto. En este texto, Keynes utilizó por primera vez el recurso de "multiplicador" que, en 1931, había calculado y publicado en *Economic Journal* —revista que editaba Keynes— su joven colega de Cambridge, Richard Kahn. Esta teoría muestra que, si 100.00 USD en gasto crean ingresos que generan 50.00 USD más en gasto y que, a su vez, esos 50.00 USD generan 25.00 USD más (y así sucesivamente), el resultado neto será que la producción aumentará en total 200 USD. En este caso, el multiplicador es igual a dos; es decir, que el aumento en la producción equivaldrá al doble de lo que aumente el gasto en obra pública.

En lo que a su análisis se refiere, esta publicación está a la mitad del camino entre el *Tratado* y la *Teoría general*. Por un lado, resulta evidente que *The Means to Prosperity* es un antecedente de la *Teoría general* porque incluye el multiplicador de Kahn, lo que demuestra que Keynes estaba empezando a estudiar cómo podía explicar el nivel de producción, algo que no había logrado hacer en el *Tratado*. Sin embargo, esta obra todavía proporciona muchos ejemplos de cómo y a qué grado el modo de pensar de Keynes seguía siendo el mismo que en el *Tratado:* contiene, por ejemplo, una discusión muy completa de la política monetaria y la explicación de por qué es importante que el banco central disminuya las tasas de interés para estimular la inversión privada con miras a que la economía vuelva a ser saludable. En cambio, aún no presta ninguna atención al papel de lo que Pigou llamó "estado de ánimo del empresario". A pesar de haber recurrido hábilmente al multiplicador de Kahn para exponer un argumento sólido a favor de mayor obra pública, en ese momento Keynes seguía siendo incapaz de aceptar la posibilidad de que el bajo nivel de inversión se pudiera deber a algo distinto a tasas de interés demasiado altas, y esto lo mantuvo sumido en su mentalidad de fórmula mágica. Keynes parecía seguir buscando una solución sencilla a un problema complejo. No obstante, cabe señalar que ésta fue la última vez que utilizó a cabalidad la mentalidad de fórmula mágica.

La *Teoría general*

En manifiestos como *Can Lloyd George Do It?* y ensayos como *The Means to Prosperity*, Keynes defendía el uso de proyectos de obra pública como remedio para el estancamiento y el desempleo. La *Teoría general* de ninguna manera desaconseja ese tipo de políticas pero sí introduce un tono más cauto pues, para entonces, Keynes ya había reconocido que una política de ese tipo podría no funcionar, si generaba temor entre los capitalistas y estos reducían su gasto en inversión, lo que —a fin de cuentas— contrarrestaría el estímulo que las obras públicas suscitaban. En los tres años que transcurrieron entre la publicación de *The Means to Prosperity* y la *Teoría general*, Keynes se había dado cuenta de que quizá no había un fórmula mágica que garantizara fácilmente la recuperación y, a pesar de que estaba utilizando una nueva teoría, se había visto obligado a regresar al enfoque tradicional de Cambridge, que era más sutil y pragmático. Si bien tenía gran confianza en los puntos fundamentales de su teoría, no estaba tan seguro respecto a las conclusiones en materia de políticas que podían derivarse de ella. Por lo tanto, cuando en 1937, después de explicar que había presentado una teoría para exponer por qué la producción y el empleo tendían a fluctuar, defendió la *Teoría general*

diciendo*:*

> No ofrece un remedio sencillo que nos diga cómo evitar estas fluctuaciones y mantener la producción en un nivel estable óptimo… Naturalmente no sólo me interesa el diagnóstico, sino también la cura; y muchas páginas de mi libro están dedicadas a esto último. Sin embargo, considero que las curas que sugiero, que —lo reconozco— no están totalmente desarrolladas, están en un plano diferente al del diagnóstico. No se supone que sean definitivas; están sujetas a todo tipo de supuestos y necesariamente guardan relación con las condiciones particulares de la época.[6]

Este alejamiento de la mentalidad de fórmula mágica—que se dio en el otoño de 1933, unos meses después de la publicación de *The Means to Prosperity*— se consolidó como un cambio de actitud en relación con el "estado de ánimo del empresario". No sabemos, en su caso, qué inclinó finalmente la balanza, pero no sería raro que haya sido que esa publicación no fue capaz de persuadir a las autoridades de emprender proyectos de obra pública de gran envergadura. Seguramente no le tomó por sorpresa no haber logrado influir en la política británica, pues el Gobierno Nacional (formado en 1931 como una alianza entre laboristas y conservadores, y encabezado por el laborista Ramsey MacDonald) era conservador en materia fiscal y, por consiguiente, era poco probable que adoptara las políticas que Hubert Henderson y él habían defendido en nombre de los liberales en 1929. Sin embargo, no cabe duda de que no haber podido influir en el recientemente electo presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, fue una fuente de decepción. Aun cuando la puesta en efecto del nuevo trato de Roosevelt era una oportunidad excelente para incorporar ideas audaces e innovadoras, cuando el presidente —que había basado su campaña en equilibrar el presupuesto— lo introdujo 1933, no hizo mención alguna a proyectos de obra pública o a déficits presupuestarios. La desilusión de Keynes podría haber sido mucho mayor si, como se había argumentado, había sido la declaración de Roosevelt al pueblo estadunidense ("no tenemos nada que temer más que al temor mismo") lo que había avivado su fe en la importancia que las expectativas tenían en el problema de la crisis.[7]

Otra posible causa del cambio de opinión de Keynes en relación con "el estado de ánimo del empresario" pudo haber sido su propio desempeño como inversionista. Después de que la Gran Bretaña abandonó el patrón oro en 1931, el Banco de Inglaterra dejó de estar obligado a ajustar las tasas de interés para mantener el valor de la libra esterlina. En consecuencia, las tasas de interés a largo plazo ya no estaban atadas a las de corto plazo, controladas por el banco central. Poco a poco, Keynes se dio cuenta de que la psicología de quienes participaran en los mercados determinaría las tasas de interés para bonos a largo plazo en esos mismos mercados. Había entonces una incertidumbre fundamental sobre dónde se fijarían las tasas de interés, y la idea de una tasa "natural" de interés ya no parecía tener sentido. De manera paulatina, Keynes advirtió que a la larga la tasa de interés se fijaría de acuerdo con las expectativas de quienes comerciaban con bonos sobre el nivel que alcanzarían las tasas en el futuro.

Aunque a fin de cuentas no sepamos a qué se debe que Keynes haya cambiado de opinión y adoptado la idea de que las tasas de interés no eran lo único que motivaba la inversión, sino que las expectativas a futuro de los inversionistas también desempeñaban un papel, hay una parte en su correspondencia de 1933 que aporta pruebas circunstanciales convincentes al respecto: las cartas que intercambió con Henderson, quien, además de ser coautor —junto con

Keynes— de *Can Lloyd George Do It?*, era un economista formado en Cambridge y había encabezado *The Nation*, después de que Keynes participara en un relevo en la publicación de la revista en 1923. Es decir, los dos eran viejos amigos y aliados en la política liberal. Sin embargo, en 1933 Henderson cambió de parecer sobre el uso de proyectos de obras públicas como respuesta a la depresión, e involucró a Keynes en un vehemente intercambio epistolar sobre el tema.

La esencia del argumento de Henderson era que si los empresarios no creían que los proyectos de obra pública fueran a estimular la economía o —peor aún— si esos proyectos les despertaban temor respecto a sus propias inversiones, el resultado neto no podía ser bueno. En su correspondencia, Henderson confirma algo que, gracias al *Tratado sobre el dinero* y al intercambio de argumentos con Pigou en el Comité Macmillan, ya sabíamos: a principios de 1933, Keynes se negaba a aceptar que las expectativas influían en el ciclo económico. En una carta fechada el 28 de febrero de 1933, Henderson escribe a Keynes: "Con frecuencia usted afirma que 'es un disparate hablar de la confianza'".[8] Sin embargo, cuando Keynes dio sus conferencias en Cambridge en el otoño de ese mismo año sobre lo que entonces llamaba "la teoría monetaria de la producción", las expectativas y la confianza invadían todos los ámbitos de su trabajo. En ese entonces, Keynes dictaba cátedra a partir de las pruebas de galera de la *Teoría general*, que él mismo había pagado de su propio bolsillo. En otoño de 1932, la confianza de los empresarios en la economía no figuraba para nada en sus seminarios, pero, un año más tarde, las expectativas sobre el futuro desempeñaban un papel importante en cualquier ecuación de la teoría que estaba desarrollando.

Keynes atribuía particular relevancia a las expectativas sobre el futuro en el comportamiento de quienes comerciaban en el mercado de bonos y de quienes se endeudaban para hacer inversiones en nuevas plantas y maquinaria. Hoy en día, los resultados son bien conocidos. Si los comerciantes de bonos están nerviosos respecto al futuro, exigirán mayores ganancias sobre sus inversiones, lo que genera un alza en las tasas de interés. Por su parte, si quienes invierten en nuevos bienes de capital pierden su optimismo sobre el futuro, porque no creen que vayan a recibir utilidades interesantes, no tienen por qué invertir. En cualquier caso, es probable que la economía se trabe en un nivel de producción con altos índices de desempleo. Por lo tanto, las expectativas son parte fundamental de la explicación que Keynes hace del desempleo masivo. También sirven para entender por qué, a pesar de que las obras públicas pueden ser un ingrediente crítico para estimular la recuperación, Keynes opina ahora que su efecto puede ser menor de lo que sugiere el multiplicador. Keynes reconoció abiertamente el argumento que había presentado Henderson tres años atrás: las obras públicas pueden asustar a los empresarios, quienes, en consecuencia, pueden reducir sus propias inversiones.

Salvo por una breve exposición sobre las obras públicas para explicar el multiplicador, cuando Keynes habla de mejorar los prospectos del desempleo en la *Teoría general*, lo hace, sobre todo, en el capítulo final, al referirse a lo que llamó "socialización de la inversión".

> El Estado tendrá que ejercer una influencia orientadora sobre la propensión a consumir, a través de sus sistema de impuestos, fijando la tasa de interés y, quizá, por otros medios. Por otra parte, parece improbable que la influencia de la política bancaria sobre la tasa de interés sea suficiente por sí misma para determinar otra inversión óptima. Creo, por tanto, que una socialización bastante completa de la inversión será el único medio de aproximarse a la

ocupación plena.[9]

El sistema capitalista tenía un defecto: su incapacidad de garantizar un volumen de inversión suficiente para asegurar el pleno empleo. De no ser por esto, las decisiones podían dejarse en manos del sector privado. Por lo tanto, Keynes no utilizó la frase "socialización de inversión" para referirse a la nacionalización de la industria o pensando en que el gobierno debería asumir el control de la empresa privada. En la misma página repudia explícitamente el "socialismo de Estado". Incluso admitió que la teoría clásica podía explicar cómo se asignaban los recursos entre los distintos proyectos de inversión. Todo lo que quería era que el gobierno se responsabilizara de asegurar que el nivel de inversión agregado coincidiera con el nivel de ahorro que habría en una situación de pleno empleo. Sin duda, escogió la locución "socialismo de Estado" para irritar a sus oponentes y crear polémica. Más adelante, haría un comentario a Roy Harrod, uno de los keynesianos jóvenes, en este mismo sentido: quería "levantar el polvo: porque lo que estoy diciendo sólo se entenderá a través de la controversia que genere".[10]

Su redacción también deja ver el énfasis que Keynes ponía en la inversión. En el pasaje que se acaba de citar, admite que probablemente sea necesario controlar el consumo (y, por ende, el ahorro) a través de políticas monetarias y fiscales. Sin embargo, subraya que hay que garantizar un nivel apropiado de inversión. Aunque esto podría implicar cambios en la inversión pública, difiere de los ajustes constantes y la administración permanente que algunos de sus seguidores defienden, en tanto que también supone la estabilización de las expectativas de los capitalistas, una empresa mucho más sutil y difícil que el control directo por parte del gobierno. Desde luego que las políticas de obra pública y la estabilización de la inversión privada podrían estar interconectadas, ya que el "espíritu animal" —el impulso espontáneo de actuar incluso cuando resulta imposible justificarlo a través de cálculos racionales— que motiva y sostiene la inversión se puede mantener a un nivel más alto y estable—estabilizando así la inversión—, si los capitalistas piensan que el gobierno, por norma, acelerara (o desacelera) la inversión pública, según se requiera para mantener el pleno empleo.

La visión de cómo funciona la economía capitalista que Keynes presenta en la *Teoría general* no coincide con la de sus colegas de Cambridge, Marshall y Pigou. Keynes creía que era equivocado suponer que bastaba con la inversión para mantener un alto nivel de empleo. De cualquier modo, este punto de vista de Keynes respecto a las políticas se acerca más a las ideas de cambio incremental e intervención gubernamental limitada que a su propia opinión anterior, expresada en el *Tratado*, de una política de activismo en materia de tasas de interés. Conforme su forma de pensar se acercaba una vez más a la teoría tradicional de Cambridge del ciclo comercial, que subrayaba las expectativas sobre el futuro, el alcance de su activismo regresaba hacia un enfoque de la política económica más sutil, al puro estilo de su universidad.

LA INFLACIÓN EN TIEMPOS DE GUERRA Y LA PLANIFICACIÓN PARA LA PAZ

En la *Teoría general*, Keynes desarrolló las herramientas que necesitaba para diagnosticar los

males del capitalismo, pero no llegó a ninguna conclusión definitiva sobre las curas precisas que se requerían, y estaba dispuesto a experimentar. Había escrito que “sólo la experiencia puede mostrar” hasta qué punto el Estado debía involucrarse en la propensión a consumir o en el aliciente a invertir.[11] También hay que recordar sus comentarios posteriores —citados con anterioridad— de que su libro “no ofrece un remedio sencillo que nos diga cómo evitar estas fluctuaciones” y que las curas que proponía “no están totalmente desarrolladas” sino “sujetas a todo tipo de supuestos y necesariamente guardan relación con las condiciones particulares de la época”. Sin embargo, algunos de sus seguidores “keynesianos” —infundidos por el espíritu de ingeniería social dominante después de la segunda Guerra Mundial— no fueron igualmente cautelosos y pragmáticos en el campo de las políticas. Por el contrario, utilizaron sus teorías como base para recetar simples remedios con una actitud más acorde con la mentalidad de fórmula mágica que se dejaba ver en el *Tratado*. Por lo tanto, aunque la *Teoría general* es, sin lugar a dudas, su obra más importante, para entender la visión de Keynes respecto a sus propias ideas es fundamental analizar cómo las desarrolló y aplicó durante la segunda Guerra Mundial y, particularmente, el episodio que hizo que sus seguidores jóvenes creyeran que estaba de acuerdo con ellos en relación con los matices de la gestión económica. Se trata del debate que surgió a partir de otra breve publicación que tenía como título *How to Pay for the War* (1940), y que originalmente vio la luz en una serie de artículos periodísticos.

Durante la primera Guerra Mundial, Keynes trabajó en la Tesorería, donde se había convertido, gracias a sus esfuerzos por mantener el posicionamiento financiero internacional de la Gran Bretaña, en un experto sobre el comercio de divisas. Como ya vimos, en el *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, el autor expuso sus inquietudes en torno a la inflación que golpeó a la Gran Bretaña (y al resto de Europa) durante y después del conflicto armado. Ahora que el país participaba en una segunda Guerra Mundial, Keynes se percató de que el marco teórico que había desarrollado para la *Teoría general* podía utilizarse para ayudar a financiar la guerra *y* evitar la inflación. La clave estaba en usar su teoría para *reducir* la demanda en lugar de estimularla. Si bien el problema durante las décadas de 1920 y 1930 había sido un desempleo persistente debido a una falta crónica de demanda, durante la guerra, la Gran Bretaña se enfrentaba al problema opuesto. La demanda de municiones y provisiones creaba un gran número de empleos y las fuerzas armadas reclutaban a muchísimos jóvenes varones por lo que, de repente, apareció una enorme demanda de *todo* tipo de bienes y servicios que amenazaba con traducirse en una rápida escalada de precios. Ante esto, el ensayo de Keynes ofrecía una elegante solución.

Su propuesta consistía en gravar el ingreso de quienes tuvieran empleo para inhibir la demanda de bienes de consumo ordinarios. Esta medida permitiría invertir recursos en el esfuerzo bélico sin causar un alza precipitada de precios en todos los demás sectores de la economía. Para compensar, Keynes sugirió que, una vez terminado el conflicto, se hiciera una devolución fiscal a quienes habían pagado el impuesto y evitar así una caída repentina de la demanda. Para fines prácticos, esta medida equivaldría a una especie de ahorro ineludible. Estos ahorros se gastarían cuando hubiera terminado la guerra, lo que reduciría las posibilidades de la recesión que, de otra manera, seguramente se presentaría una vez que se redujera el gasto militar. Además, sería una manera fácil de hacer justicia, pues se dotaría de poder adquisitivo a los trabajadores que se habían visto obligados a hacer sacrificios durante

la guerra. La ironía de esta historia es que el gobierno británico adoptó una versión del proyecto de Keynes y, por lo tanto, el primer uso que se dio a la *Teoría general* en la configuración de las políticas británicas no fue con miras a reducir el desempleo, sino para evitar la inflación.

El propio Keynes participó en el proceso de formulación de políticas. En 1940 se incorporó a la Tesorería, aunque sin ningún puesto formal y sin recibir remuneración alguna, pero con la libertad de interactuar con quien fuera, independientemente del nivel. En esta capacidad informal asumió la responsabilidad de supervisar a James Meade y Richard Stone —dos jóvenes economistas que más adelante recibirían el Premio en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel—, quienes tenían a su cargo producir las estadísticas de ingreso nacional necesarias para calcular en cuánto debía reducirse el gasto para evitar la inflación. De ahí que la influencia de Keynes sea evidente en las estimaciones del ingreso nacional que sirvieron de base para el presupuesto de 1940. La *Teoría general* no sólo se aplicó; también se cuantificó.

Sin embargo, aunque Keynes estuvo involucrado en los detalles de planificación durante la guerra, sus declaraciones durante el conflicto indican que no suscribía lo que, una vez terminado, se conoció como gestión "keynesiana" de la demanda. Un componente fundamental del keynesianismo posterior a la guerra fue el uso del déficit presupuestario para regular la demanda: si era necesario que aumentara, se recortaban los impuestos o se incrementaba el gasto público (cualquiera de las dos opciones aumentaría el déficit presupuestario). Por el contrario, cuando se tuviera que disminuir la demanda, bastaba con reducir el déficit. En primer lugar, Keynes tenía sus dudas respecto al uso del presupuesto para influir en el consumo. Meade presentó un plan para ajustar la recaudación del impuesto sobre la renta a fin de costear un seguro social. La idea era que este gravamen subiera en tiempos de bonanza y bajara en tiempos difíciles; así, al cobrar más impuestos y contraer el consumo, esta política desaceleraría la economía cuando se estuviera en auge y, en las malas rachas, la estimularía, pues permitiría que la percepción neta de los trabajadores fuera más alta. Keynes le escribió a Meade para exponer su escepticismo: "tengo mucha menos confianza que usted en lanzar propuestas que buscan cambios de corto plazo en el consumo […] Opino que puede ser un error táctico enfatizar tanto un método tan poco ortodoxo y convincente si, además de su impopularidad, muy probablemente no sea eficaz".[12]

Keynes *tampoco* apoyaba los déficits presupuestarios cuando implicaban contraer una deuda para financiar el gasto corriente. Durante la guerra, a diferencia de lo que sucedió en la primera Guerra Mundial, el gobierno tomó medidas para lo que sucedería en tiempos de paz; entre ellas está el libro blanco *Política de empleo*, publicado en 1944. En un momento dado, durante los debates que dieron lugar a este documento que trazaba las políticas que garantizarían el pleno empleo, Keynes dijo "si realmente nos enfrentamos a un nivel de desempleo grave, no cabe duda de que se recurrirá a un financiamiento mediante déficit y quisiera tener la libertad, a partir de este momento, de rechazar sus formas más objetables".[13]

Para entender cómo podía defender el uso de obras públicas para estabilizar la economía y, al mismo tiempo, oponerse a los déficits gubernamentales, es necesario saber qué proponía Keynes para financiar proyectos de inversión. Desde la década de 1920, había promovido que el presupuesto del gobierno se dividiera en dos partes: el presupuesto del erario cubriría el

gasto corriente del día a día, y el presupuesto de capital público se utilizaría para la inversión gubernamental en bienes de capital. De hecho, redactó la sección del *Liberal Industrial Inquiry* (1928) que planteaba esta idea. Originalmente consideraba que se trataba simplemente de una buena práctica contable y que, si en una empresa privada lo normal era separar el presupuesto de capital del presupuesto ordinario de operación, el gobierno debía hacer lo mismo. El fundamento lógico, desde luego, era que las implicaciones de contraer deuda para financiar el gasto corriente eran muy distintas a las de endeudarse para adquirir un bien de capital que, más adelante, produciría una corriente de ingresos que, a su vez, pudiera utilizarse para saldar la deuda.

Sin embargo, la motivación para organizar las cuentas gubernamentales de esta manera se modificó cuando Keynes atribuyó mayor importancia a los cambios en la inversión pública como recurso contracíclico. Desde la publicación de la *Teoría general*, Keynes había sostenido que se debía establecer un consejo nacional de inversión que guardara todos los documentos de los proyectos de construcción y los planes financieros de las inversiones que el gobierno pudiera hacer a lo largo de varios años. En un lenguaje actual, proponía que el gobierno tuviera una serie de proyectos de infraestructura listos para empezar que se pudieran implementar en cualquier momento. Lo anterior echaría por tierra el argumento —frecuentemente esgrimido en la década de 1920— de que no se podía recurrir a las obras públicas para estabilizar la economía porque tomaba demasiado tiempo planear un proyecto de construcción. Keynes sostenía que los vaivenes en la inversión privada que daban origen al ciclo comercial se podían disminuir, si los empresarios y administradores de empresas pensaban que estos gastos de capital podían iniciarse o suspenderse según se necesitara. Una gestión cuidadosa del gasto de capital público estabilizaría las expectativas privadas, lo que, a su vez, reduciría los altibajos en la producción y el empleo. Sin lugar a dudas, ésta era una manera de implementar la "socialización de la inversión" sobre la que había escrito en la *Teoría general*. Sin embargo, Keynes no consideraba que fuera un financiamiento mediante déficit, en tanto que los proyectos de obra pública se pagarían solos. Por lo tanto, incluso si el presupuesto de capital público se modificaba a lo largo del ciclo, el presupuesto del erario permanecería igual. Keynes manifestó claramente que no consideraba que utilizar el presupuesto de capital público de esta manera implicara un financiamiento mediante déficit y, por eso pudo escribir: "Es importante subrayar que facilitar el financiamiento mediante déficit, según mi propia comprensión del término, no está dentro de los objetivos del presupuesto del erario ni del presupuesto de capital público".[14]

Acuerdos monetarios internacionales y Bretton Woods

La utilización del presupuesto para regular el nivel de demanda en la economía fue sólo uno de los aspectos del financiamiento bélico en el que participó Keynes. Regresó a la Tesorería ya como una autoridad reconocida en materia de finanzas internacionales y, por lo tanto, se vio inevitablemente involucrado en discusiones relativas al financiamiento externo de la guerra, es decir, a cómo la Gran Bretaña financiaría su comercio exterior. El problema era la escasez de dólares. Cuando la guerra tuvo un vuelco negativo en 1940 —particularmente tras la derrota

de Francia—, se aceleró la compra de equipo militar estadunidense y se hizo evidente que las reservas británicas de oro y dólares pronto se agotarían. Además, para encaminar su propia producción hacia los esfuerzos de la guerra, se restringieron las exportaciones nacionales, lo que redujo la oferta de dólares. Este problema se solucionó parcialmente a través del acuerdo de Préstamo y Arriendo, pero era necesario contraer mayor deuda, y Keynes participó activamente en esas negociaciones. Ese mismo año, el economista empezó también a pensar qué pasaría cuando terminara la lucha armada. El ministro de economía alemán había lanzado propuestas de un "nuevo orden" para acabar, a través de un sistema de libre comercio y tasas de cambio fijas dentro de Europa, con el caos económico que reinaba antes del conflicto bélico. A Keynes se le pidió que formulara una contrapropuesta que sirviera como base para una campaña propagandística. En los primeros meses de 1941, sus proyectos se discutieron ampliamente tanto al interior del gobierno británico como con el asistente especial de Roosevelt, Harry Hopkins, durante la visita de este último a Londres.

Durante el resto de la guerra, Keynes no sólo participó en temas nacionales (además de su labor en la Tesorería, se desempeñó como director del Banco de Inglaterra), que abarcaban desde el presupuesto nacional hasta el financiamiento para las artes, sino que estuvo cada vez más involucrado en las negociaciones con los Estados Unidos sobre el financiamiento bélico y sobre los acuerdos que se establecerían cuando terminara el conflicto. El ritmo de trabajo era extenuante, particularmente porque en 1937 había sufrido un infarto cardiaco al que siguió una infección que hoy en día podría tratarse fácilmente con antibióticos. La última década de su vida sufrió múltiples problemas de corazón y, en muchas de sus visitas a los Estados Unidos, se vio obligado a hacerse acompañar por su médico de cabecera. En cierto sentido, se puede decir que el trabajo realmente lo estaba matando. Las negociaciones con el país americano no eran para nada fáciles: había grandes discrepancias respecto a los principios sobre los cuales se estaba brindando ayuda, la administración estadunidense estaba limitada por el congreso y había una profunda sospecha de que la Gran Bretaña estaba tratando de mantener un imperio con el que los Estados Unidos no estaba de acuerdo. En casa, Keynes tenía que lidiar con las diferencias entre el Banco de Inglaterra y la Tesorería.

El hecho fundamental a lo largo de todo el proceso de negociación era que, sin el apoyo estadunidense, sería imposible salvar a la Gran Bretaña de la bancarrota. Evidentemente, era imprescindible pactar un apoyo financiero mientras durara la guerra y, aunque hubiera puntos de vista distintos sobre los términos en los que se debía brindar, ambas partes coincidían en que era indispensable. Lo que sucedería al finalizar el conflicto, cuando terminara la vigencia del acuerdo de Préstamo y Arriendo, era un tema más polémico. Sin el apoyo de los Estados Unidos, el pueblo británico podría pasar hambre: la Gran Bretaña había convertido su industria en una de producción militar y, para satisfacer las necesidades de su propia población, había abandonado sus mercados de exportación, lo que significaba que no tendría los dólares que requeriría para hacer importaciones. Keynes negociaba desde una posición de debilidad, pero era un negociador fenomenal, capaz de embelesar a los estadunidenses.

El esquema de Keynes para un sistema monetario internacional que rigiera después de la guerra, presentado originalmente en 1941, empezaba con la observación de que, en términos generales, existía una falta de liquidez a nivel mundial y una tendencia hacia la deflación. La solución que planteó consistía en establecer una Unión de Compensación o banco

internacional que emitiera *bancors* (banco oro), una moneda que aumentaría las reservas a las que tuvieran acceso los bancos centrales. Las reglas que sugería para este banco internacional estaban diseñadas para vencer el problema de que, bajo el régimen tradicional, los únicos países sobre los cuales se ejercía presión para que solucionaran su desequilibrio eran aquellos con déficits en la balanza de pagos; por su parte, los países con superávit podían no hacer nada y acumular reservas. Si los países en déficit se veían obligados a reducir su gasto mientras los países en superávit acumulaban reservas sobrevendría la deflación, y esto se podría evitar si la normatividad de la Unión de Compensación forzaba a los países con superávit a actuar, ya fuera inflando sus propias economías o elevando el valor de sus respectivas monedas. El diseño de reglas viables era suficientemente complejo, pero la mayor complicación radicaba en que no se podía disociar de la desesperada necesidad de dólares de la Gran Bretaña. Keynes argumentaba que, al final de la guerra, en un continente devastado, la Gran Bretaña no sería el candidato obvio para recibir apoyo de los Estados Unidos, lo que significaba que cualquier tipo de ayuda tendría que llegar de manera indirecta a través de la estabilización de la economía mundial, misma que se podía alcanzar a través de su proyecto de una Unión de Compensación.

Los acuerdos monetarios internacionales también estaban íntimamente relacionados con temas relativos a la política comercial. Ante la insistencia estadunidense, el Artículo VII del acuerdo de Préstamo y Arriendo, firmado en febrero de 1942, comprometía a ambos países a poner fin a la discriminación en el comercio internacional y a reducir las tarifas arancelarias. La Gran Bretaña podía aceptar este compromiso (sujeto a algunos problemas relacionados con discriminación a favor del imperio), pero sólo a largo plazo. Al final de la guerra, la isla tenía en operación muchos controles en materia de divisas y gran parte de su comercio era manejado centralmente por el gobierno (por ejemplo, estaban vigentes una serie de acuerdos para la compra en grandes cantidades de importantes productos comestibles). Si la Gran Bretaña daba por terminada la discriminación comercial antes de que sus exportaciones subieran de manera muy significativa, el Banco de Inglaterra sería incapaz de mantener la convertibilidad de la libra esterlina.

Sin embargo, mientras Keynes —negociando en nombre de la parte británica— buscaba un sistema monetario internacional suficientemente flexible para poder hacer frente a los problemas que seguramente surgirían una vez terminada la guerra, a su contraparte americana le preocupaba el costo que tendrían que absorber en cualesquiera de los esquemas y los peligros de una inflación, no de deflación. El proyecto estadunidense, presentado en 1942, fue redactado por Harry Dexter White, un economista del Tesoro de los Estados Unidos (que parece haber estado compartiendo información clasificada con la Unión Soviética). Este plan exigía el establecimiento de dos nuevas instituciones: un Fondo de Estabilización Internacional y un Banco para la Reconstrucción. Había paralelismos con el esquema de Keynes, pero el Fondo de Estabilización Internacional desempeñaba un papel mucho más limitado del que Keynes proponía para la Unión de Compensación; el fondo de White, para ser más específicos, no tenía la facultad de crear créditos a través del ofrecimiento de créditos al descubierto. La carga de ajustar el desequilibrio de los pagos recaía únicamente en las partes deudoras, algo que Keynes había tratado de evitar.

Británicos y estadunidenses empezaron a debatir sus respectivos planes en el verano de

1942 y las negociaciones, que se extendieron durante los dos años siguientes, desembocaron en el establecimiento del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional para la Reconstrucción y Fomento (que más adelante se convertiría en el Banco Mundial), los dos pilares de lo que llegó a conocerse, por el centro turístico en New Hampshire donde se firmó el acuerdo el 22 de julio de 1944, como el sistema de Bretton Woods. Sus disposiciones representaron un punto medio entre los proyectos presentados por ambos países, si bien con un sesgo a favor de quienes controlaban el dinero.

En las negociaciones de Bretton Woods, que se hicieron de manera paralela a las negociaciones sobre el apoyo financiero de los Estados Unidos a la Gran Bretaña, Keynes desempeñó muchos papeles. Era, sin mayor duda, el economista monetario más importante a nivel mundial, respaldado por décadas de experiencia como asesor gubernamental. Su estatura era tal que, además de ser el principal experto técnico de la parte británica, era la opción natural para encabezar su delegación y las negociaciones. Cruzó el Atlántico en repetidas ocasiones, y sus estancias en América a veces fueron largas. Durante la última ronda de negociaciones sobre Bretton Woods, que, de hecho, duró desde la llegada del equipo británico a Nueva York el 16 de junio hasta la firma del acuerdo el 22 de julio, Keynes fue, indiscutiblemente, la figura central. Más tarde, ese mismo año, pasó tres meses en los Estados Unidos para negociar el apoyo estadunidense a la Gran Bretaña.

KEYNES EN CALIDAD DE TEÓRICO DE LA ECONOMÍA

Si bien el mayor logro de Keynes en el campo de la política económica seguramente fue el papel que desempeñó al lado de Harry Dexter White en la construcción del sistema de Bretton Woods —el cual sobrevivió hasta la crisis inflacionaria de principios de la década de 1970—, se le recuerda más como teórico de la economía. Con la *Teoría general*, Keynes finalmente produjo una obra que justificaba su reputación como el teórico monetario más importante de su generación. Su libro contenía ideas que los jóvenes economistas, deseosos de participar en la revolución a la que incitaba, adoptaron de inmediato. Sin embargo, a pesar de que rápidamente se convirtió en uno de los libros más citados en la materia, daba cabida a distintas interpretaciones. Lo anterior se puede explicar —como ya hemos visto— por la forma en que el autor llegó a la postura que ahí se describe. La trayectoria intelectual de Keynes comenzó en Cambridge con la teoría sobre el ciclo comercial de su maestro Marshall que más adelante trabajaron en detalle otros dos colegas de su misma universidad, Pigou y Frederick Lavington. Durante la década de 1920, conforme más se veía envuelto en debates sobre políticas, se fue alejando de esta perspectiva para basar su análisis en una teoría que lo acercaba al enfoque del economista sueco Knut Wicksell, cuya obra —irónicamente— también fue suscrita en 1930 por el mayor oponente de Keynes, Friedrich Hayek. De cualquier forma, la trascendencia del *Tratado sobre el dinero* no radica en los detalles que la teoría presentaba (Keynes rápidamente abandonó sus ecuaciones fundamentales), sino en la mentalidad que inspiraba el libro: el intento de crear una fórmula mágica para identificar la causa de los problemas de índole económica. Su agudo sentido de lo que se requiere en el ámbito político —absolutamente contrario a la ingenuidad política que en ocasiones se le atribuye— lo había

llevado a no prestar suficiente atención a las complejidades que anteriormente habían sido el centro de su análisis.

El éxito de Keynes en la *Teoría general* fue doble. Por un lado, había creado una nueva teoría que, además de poderse expresar en forma matemática, explicaba por qué las economías capitalistas podían no generar pleno empleo. La razón era que el pleno empleo requería que los mercados financieros coordinaran las decisiones de ahorradores e inversionistas para que el gasto en bienes de capital bastara para absorber todo el ahorro que el pleno empleo pudiera generar. La relación entre ahorro e inversión había sido fundamental en su *Tratado sobre el dinero*, publicado seis años antes, pero en ese caso estaba entretejido con la teoría cuantitativa tradicional del dinero. En cambio, en la *Teoría general*, basándose en teorías que había desarrollado en debates sobre políticas en materia de obra pública en la década de 1920, Keynes recurrió al ahorro y a la inversión, no para explicar el cambio de precios sino para explicar la producción. El resultado fue una manera innovadora de analizar el ciclo, donde —impulsadas por el nivel de inversión— las variables principales eran la producción y el empleo. Este logro se resumió en una carta que John Maurice Clark, un reconocido economista estadunidense, escribió a Keynes:

> Me parece que lo que yo llamo "análisis de flujo de ingreso", y que usted presenta de manera notable, ha logrado algo que no se había hecho en un nivel comparable desde Ricardo y Marx; a saber: construir un sistema o fórmula teórica coherente y lógica, con carácter de mecanismo, que surge directamente de condiciones y problemas actuales que son de absoluta importancia, y que proporciona una llave para encontrar respuestas definitivas en términos de políticas.[15]

No obstante, el libro tenía otra faceta. Aunque Keynes había desarrollado lo que Clark llamó una fórmula (los economistas modernos dirían "modelo"), y esto era fundamental en su argumentación, ya que no buscaba enfocarse —como lo había hecho en el *Tratado*— en una causa única del desempleo. Su concepto del multiplicador tiene más que un toque de mentalidad de "fórmula mágica", pero está inserto en un marco teórico mucho menos mecánico que el del *Tratado*. El mecanismo lógico que ofrece la *Teoría general* utilizó la tasa de interés, fijada por la oferta y la demanda de dinero, para determinar la inversión y, en consecuencia, la producción; sin embargo, representaba un análisis mucho más rico y complejo de los factores que explicaban la inversión. Para predecir cómo respondería la inversión a los cambios de políticas o a los acontecimientos en la economía, era necesario entender la psicología de los mercados financieros y los factores detrás del "espíritu animal", los complejos factores que impulsan a los empresarios a invertir en proyectos que tendrían rendimientos en un futuro que, en sentido estricto, es incognoscible. A eso se debe su intento, en 1937, de resumir la esencia de sus diferencias con sus predecesores señalando que la teoría clásica era "una de esas técnicas bonitas y corteses que tratan de lidiar con el presente abstrayéndose del hecho de que sabemos muy poco sobre el futuro".[16]

Economistas e historiadores han debatido cuál de éstos es el "verdadero" Keynes. La respuesta es que, para Keynes, se trataba de dos dimensiones del mismo argumento. Por lo tanto, después de presentar la esencia de su libro como algo que se cimentaba en el reconocimiento de que no sabemos nada sobre el futuro, continuó explicando que una visión de este tipo conducía a la teoría de la producción que Clark describe como fórmula mecánica. Lo

importante eran las ideas centrales y, por motivos que exploraremos en el siguiente capítulo, Keynes se resistió a cualquier intento de concentrar su teoría en una sola formulación.

Lo mismo se puede decir de su opinión en relación con las políticas. Paradójicamente, la *Teoría general* fue su contribución fundamental a los debates sobre la conducción de las políticas económicas porque, en la obra, se mantuvo alejado de esos mismos debates para escribir un libro dirigido a sus colegas economistas. A lo largo de la década anterior había desarrollado sus ideas, lo mismo a través de intercambios con quienes estaban a cargo de formular políticas y de sus escritos en la prensa, que de debates con colegas académicos; y, aunque su capacidad de simplificar lo que veía como esencia del problema todavía era evidente en la *Teoría general*, ya no buscaba una fórmula mágica para encontrar soluciones. Incluso el multiplicador, una potencial fórmula mágica, si es que alguna vez hubo una, que era fundamental para su argumentación, nunca alcanzó ese estatus. Keynes estaba más consciente que nunca de que era necesario centrar la atención en la psicología de los mercados. Por lo tanto, más allá de defender que el gobierno tenía la responsabilidad de actuar para evitar el desempleo masivo y dejar claro que para lograrlo era necesario mantener un nivel de inversión alto y estable, dejó abierta la tarea de cómo poner en práctica sus ideas. Como él mismo lo explicó, no tenía tanta confianza en sus recomendaciones en el campo de las políticas, que eran un reflejo de las circunstancias específicas del momento.

Como veremos más adelante, Keynes no sólo se sentía cómodo con esta ambigüedad; para él era fundamental que el debate no se cerrara. Sin embargo, ése no fue el caso con sus sucesores, muchos de los cuales querían encasillarlo en algo mucho más específico y, en consecuencia, no lograron hacer justicia a uno u otro aspecto de la *Teoría general*.

[1] *JMK*, vol. 14, p. 36.

[2] *Idem.*

[3] Carta de Keynes a su madre con fecha 14 de septiembre de 1930, en *JMK*, vol. 13, p. 176.

[4] HMSO, 1931, *QQ 6613-16*.

[5] Patinkin, 1976, vol. 53, p. 126.

[6] *JMK*, vol. 14, p. 121-122.

[7] Véase Clarke, 2009, p. 148.

[8] Henderson a Keynes, 28 de febrero de 1933, en *JMK*, vol. 21, p. 166.

[9] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, 4ª ed., FCE, México, 2003, p. 353.

[10] *JMK*, vol. 13, p. 548; citado en Clarke, 2009, p. 151.

[11] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación…, op. cit.*, p. 353.

[12] *JMK*, vol. 27, p. 326.

[13] *Ibidem*, p. 353; citado en Moggridge 1992, p. 712.

[14] *JMK*, vol. 27, p. 406.

[15] *JMK*, vol. 23, p. 191.

[16] *JMK*, vol. 14, pp. 108-123.

V. LA AMBIGUA REVOLUCIÓN DE KEYNES

KEYNES Y SU LEGADO

Keynes nunca fue un hombre modesto. Por el contrario, tenía absoluta seguridad en sí mismo y en su capacidad y, de manera deliberada, se abría paso para estar en el centro del debate de las políticas económicas. Tenía gran confianza en sus propios puntos de vista (incluso para cambiar abiertamente de opinión) y disfrutaba provocar controversias. Su regreso al gobierno en 1914 se debió a que, en cuanto supo que se estaba debatiendo la manera de responder a la crisis financiera internacional en curso, se apresuró a trasladarse a Londres (ni siquiera esperó el siguiente tren, sino que convenció a un amigo de que lo llevara en motocicleta) para exponer sus opiniones a la Tesorería. En la Conferencia de Paz de Versalles las limitaciones propias de un funcionario gubernamental le incomodaban, y renunció para tener la libertad de expresar sus ideas públicamente. En repetidas ocasiones utilizó, a lo largo de la década de 1920, la estrategia de escribir un ensayo acerca de algún problema económico coyuntural, presentárselo al funcionario correspondiente y dejarse involucrar en el debate. Para cuando empezó la segunda Guerra Mundial, su habilidad para sumarse a los debates sobre políticas era tan bien conocida y valorada que cuando se le asignó un despacho en la Tesorería, su trabajo era simplemente "ser Keynes": personas que trabajaban en distintos proyectos le llevaban lo que habían hecho para que lo revisara y él escribía y circulaba memorandos sobre asuntos importantes relacionados con la política económica durante la guerra y la posterior reconstrucción.

Jamás se hubiera esperado que, dada su trayectoria poco ortodoxa como alguien que gusta de participar en la controversia, Keynes pudiera ejercer un cargo como el que desempeñó durante la segunda Guerra Mundial. Después de todo, su libro más vendido hasta entonces, *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), era una denuncia del gobierno para el que acababa de trabajar en Versalles. Que hubiera revelado lo que había presenciado desde adentro se tomaría ahora como un agravio. Del mismo modo, el ensayo franco y directo que escribió sobre las consecuencias económicas de las decisiones de Churchill, *The Economic Consequences of Mr Churchill*, podría haber provocado que los políticos y servidores públicos se mostraran renuentes a trabajar con él. A pesar de su largo compromiso con el Partido Liberal, estaba dispuesto a apuntar su pluma contra cualquier persona o política, independientemente de su procedencia partidista. Es cierto que Churchill estaba con los conservadores cuando tomó la determinación de que el país regresara al patrón oro, pero en *Essays in Biography*, publicado en 1933, Keynes hizo un retrato poco favorecedor del líder liberal Lloyd George, con quien había colaborado hacía poco tiempo. Sin embargo, quienes estaban en el poder parecían aceptar que la prioridad del economista era lograr lo que, desde su perspectiva, más convenía a la Gran Bretaña, aunque no siempre coincidiera con lo más conveniente para un partido o un político en particular.

La confianza en su propia capacidad y su disposición para suscitar la controversia nunca fueron tan evidentes como en la *Teoría general*. La obra empieza con un capítulo contundente de una sola página en el que argumenta que la teoría "clásica" que había dominado la economía durante cien años no era más que un caso particular de su propia teoría y que sus supuestos no describían el mundo en el que realmente vivimos. Con osadía, afirma que las enseñanzas del pensamiento económico del siglo anterior "engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales".[1] De este modo compara su propio trabajo con el que Einstein había hecho en el campo de la física (al reseñar el libro, Pigou mordazmente escribió: "Einstein contribuyó a la física de la misma manera que el señor Keynes piensa haber contribuido a la economía").[2] Y más adelante, una vez publicada la *Teoría general*, cuando el director del *Quarterly Journal of Economics* de Harvard reunió a cuatro de los más importantes economistas a nivel mundial (Frank Taussig y Wassily Leontief, de Harvard; Jacob Viner, de Chicago, y Dennis Robertson, de Cambridge) para que hicieran un análisis de la obra y sus opiniones no fueron del todo positivas, Keynes declaró que sus críticos simplemente no habían entendido lo que estaba diciendo. En lugar de responder a detalle, escribió un único artículo para dar respuesta a sus cuatro detractores, y dedicó la mayor parte del texto a explicar qué había tratado de decir en el libro. Audazmente afirmó que estaba estudiando un mundo donde el futuro era incierto y que esa incertidumbre no podía reducirse a probabilidades numéricas, y añadió que la teoría "clásica" (y por consiguiente, sus cuatro adversarios) pasaban esto por alto. No se habían percatado de una característica obvia de la realidad.

Nada de lo anterior indica modestia o duda sobre lo inequívoco de su teoría y, por lo tanto, resulta tentador concluir que para ser fiel a Keynes —para ser un verdadero keynesiano— uno debe abandonar completamente la vieja teoría y trabajar con la teoría que planteó en la *Teoría general*. Ésa es la postura de los economistas a los que con frecuencia se etiqueta como "keynesianos fundamentalistas". Sin embargo, leer a Keynes de esta manera es un error, pues deja fuera otra faceta de su personalidad.

A pesar de la seguridad que reflejan los comentarios de Keynes sobre su libro, también hay una modestia interesante en su enfoque respecto a la teoría que construyó en su obra principal. Una prueba evidente de esta actitud más humilde se puede encontrar en la respuesta a sus críticos en el *Quarterly Journal of Economics* de 1937. Una de sus frases más citadas es la atrevida descripción de la teoría clásica como una "técnica bonita y cortés" que se basa en el supuesto de que conocemos mucho más del futuro de lo que en realidad sabemos. Tal arrojo —dominante en el texto— difícilmente sugiere humildad;[3] sin embargo, una página más adelante escribió en un tono mucho más modesto: "estoy más apegado a las ideas fundamentales comparativamente simples que subyacen en mi teoría que a las formas particulares en que las he expresado, y no tengo deseo alguno de que éstas últimas se cristalicen en la etapa actual del debate". Incluso concede que detrás de las críticas contra su teoría puede haber "puntos sustanciales".[4]

Más aún, a pesar de todos sus ataques a la teoría "clásica", no la rechazaba por completo. En la *Teoría general* argumenta que si el problema del desempleo pudiera solucionarse, se podría dejar que "el libre juego de las fuerzas económicas" determinara cómo utilizar los recursos. Su postura es tan política como económica: "el individualismo es la mejor

salvaguarda de la libertad personal si puede ser purgado de sus defectos y abusos […] También es la mejor protección de la vida variada […] cuya pérdida es la mayor de las desgracias del Estado homogéneo o totalitario”.[5] Para demostrar que esta defensa de la teoría “clásica” no fue un arrebato, basta una frase todavía más fuerte que aparece en un artículo publicado en 1946, justo después de su muerte:

> Siento el impulso, no por primera vez, de recordar a los economistas contemporáneos que la enseñanza clásica incorporaba algunas verdades inamovibles de gran importancia que hoy tendemos a ignorar porque las asociamos con otras doctrinas que actualmente no podemos aceptar sin gran reserva. En estos asuntos hay profundos trasfondos—fuerzas naturales, podrían llamarse, o incluso una mano invisible— que operan buscando un equilibrio. De no ser así, no hubiéramos podido seguir adelante tan bien como lo hemos hecho durante las muchas décadas ya transcurridas.[6]

Esta afirmación resulta particularmente significativa porque deja claro que no era la primera vez que la hacía.

La disposición de Keynes a considerar su nueva teoría como provisional y de aplicabilidad limitada es congruente con su reacción ante los economistas que, inmediatamente después de la publicación de la *Teoría general*, le escribieron para darle a conocer sus propias adaptaciones e interpretaciones de la teoría que había presentado en su libro. Prácticamente en todos los casos, los alentó a seguir adelante. Probablemente, el ejemplo más conocido sea su correspondencia con John Hicks, un joven economista de la London School of Economics que, en 1972, ganaría el Premio Nobel por su trabajo en teoría económica. En 1937, Hicks le escribió a Keynes en relación con el borrador de un ensayo que el propio Hicks estaba escribiendo en el que se establecía, por un lado, el modelo que eventualmente y hasta principios de la década de 1970 se convertiría en la pieza central de la macroeconomía y, por el otro, el marco analítico con el cual toda una generación de economistas aprendería el “keynesianismo”. Hicks, entre otros —como Roy Harrod, en Oxford—, se había dado a la tarea de traducir a álgebra la *Teoría general*, creando sistemas de dos o tres ecuaciones que pudieran ser manipuladas para producir los resultados que Keynes había descrito verbalmente en su libro. Cuando Hicks compartió con Keynes su trabajo (incluyendo el diagrama que más adelante recibiría el nombre de modelo IS-LM), este último le respondió que le gustaba lo que estaba haciendo y lo animó a seguir adelante. Aunque Keynes sí objetó que la especificación de Hicks del modelo keynesiano eliminara la posibilidad de incluir expectativas, no utilizó este argumento para insinuar que el trabajo de Hicks no fuera legítimo o que no valiera la pena darle seguimiento. Por el contrario, después de leer el borrador, Keynes le contestó por escrito que “lo encontraba muy interesante y que realmente no tenía mucho que decir en forma de crítica”.[7]

En su intercambio epistolar con Abba Lerner, Keynes transmite el mismo tipo de aliento. Keynes conoció a este alumno de la London School of Economics en Cambridge, donde el joven economista pasó un año como becario del programa Rockefeller en la década de 1930. En sus cartas, Keynes da su aprobación a una sofisticada reformulación del modelo básico de la *Teoría general* que Lerner había planteado en una reseña del libro en 1936. Para cuando estalló la segunda Guerra Mundial, Lerner había emigrado a los Estados Unidos, donde siguió desarrollando este modelo de la economía en su conjunto que, si bien era complejo, también era mecánico, y le permitía describir el manejo que el gobierno hacía de la economía como un

simpe proceso, como si se tratara de manejar un automóvil. En uno de sus viajes al continente americano durante la guerra, Keynes escuchó una exposición de este modelo sumamente mecanicista y lo encontró simplista en lo que se refería a la formulación de políticas y el potencial para utilizar el déficit del presupuesto gubernamental para estimular la economía. De cualquier forma —como lo ha dejado asentado David Colander—, Keynes mantuvo abiertos los canales de comunicación con Lerner y nunca lo desanimó en la construcción de su modelo *per se*.[8] Sus únicos reparos tenían que ver con los cálculos cuantitativos que Lerner había hecho de los efectos de su modelo, pero no criticó los esfuerzos del autor en el plano teórico.

La lista de colegas cuyo trabajo estimuló podría ampliarse. Hizo comentarios similares a Robert Bryce, Brian Reddaway y Joan Robinson, observando correctamente que estos autores llevaban a cabo interpretaciones muy variadas de su libro.[9] La tranquilidad con la que Keynes animaba a otros en sus respectivos trabajos pone de manifiesto el deseo del autor de establecer su legado a través del desarrollo y extensión de su propia obra, en lugar de demandar algún tipo de estricta adhesión a la forma original de sus ideas. En ningún lugar de la abundante correspondencia que siguió a la publicación de su obra magna, Keynes le indicó a alguien que debía observar al pie de la letra la forma de sus modelos según aparecen en la *Teoría general*. Incluso asumió una actitud relajada en relación con su propia aseveración de que había generado una revolución en la teoría económica. En 1937, Harrod escribió un texto en el que señala que “el señor Keynes no ha efectuado una revolución en la teoría económica fundamental sino simplemente realizado un reajuste y cambiado el énfasis”. La respuesta de Keynes fue que pronto daría una ponencia en Estocolmo y que le gustaría presentar el ensayo de Harrod en lugar del suyo.[10]

Otra anécdota del último año en la vida de Keynes muestra una cara distinta de sus esfuerzos por cultivar su legado. En una conversación con Friedrich Hayek en 1946, Keynes respondió a la inquietud del economista austriaco sobre lo que algunos keynesianos jóvenes declaraban diciendo que, si la inflación se convertía en un problema, él todavía tenía la capacidad de hacer que la opinión pública cambiara. Así lo recuerda Hayek:

> Más adelante, un giro en la conversación me movió a preguntarle [a Keynes] si no le preocupaba lo que algunos de sus discípulos estaban haciendo de sus teorías. Después de un comentario no muy favorecedor sobre las personas en cuestión, procedió a tranquilizarme explicando que cuando las lanzó, esas ideas eran muy necesarias. Añadió que no había motivo de alarma; si en algún momento se tornaban peligrosas, yo podía confiar en que él rápidamente haría que la opinión pública cambiara nuevamente; y con un vertiginoso movimiento de la mano indicó a qué velocidad lo podía hacer. Sin embargo, tres meses después falleció.[11]

La implicación es que, aunque no estaba de acuerdo con lo que algunos keynesianos jóvenes estaban haciendo, no tenía ningún problema con dejarlos proseguir, y no intervendría a menos que se sintiera obligado a hacerlo. Parece evidente que, tratándose de su legado, la verdadera inquietud de Keynes no tenía que ver con la forma exacta de su teoría, sino con una visión más amplia: la economía podía ser inestable y cualquier modelo económico aceptable debía ser capaz de mostrar esa inestabilidad.

Esta actitud concuerda con su enfoque sobre el entonces emergente campo de la contabilidad de los ingresos nacionales. Keynes alentó a James Meade y a Richard Stone en su trabajo en la Tesorería Británica sobre cómo calcular el ingreso nacional, y utilizó estos métodos en sus propias tareas relacionadas con el presupuesto de 1941. Aun cuando se podía

considerar que algunas de sus labores, como calcular la brecha inflacionaria y la cantidad de dinero que debía ser retirada de la circulación para evitar la inflación (a través de impuestos, ahorros obligatorios u otras medidas), apoyaban un keynesianismo sumamente mecánico —o, como se llamó en la década de 1950, "hidráulico"—, Keynes pensaba que ese tipo de trabajo era totalmente congruente con su propia obra, donde el énfasis estaba en la falta de certeza sobre el futuro.

Impulsó el trabajo de otros economistas, incluso cuando sus modelos ignoraran muchas de sus ideas y, al hacerlo, subrayaba únicamente algunas de sus grandes inquietudes. Por lo tanto, no hay nada que indique que quisiera tener la patente exclusiva sobre ninguna formulación particular de la teoría que utilizó para presentar su argumento general: que el capitalismo era inestable y carecía de un mecanismo que garantizara de manera automática el regreso al pleno empleo.

La teoría que fomentó una revolución

Esta manera de verse a sí mismo es congruente con la forma en que Keynes escribió su *Teoría general*. Para muchos de sus contemporáneos —de acuerdo con más de un crítico— el libro era "abstruso" y "matemático".[12] Keynes, con formación matemática, pensaba como matemático y utilizaba conceptos matemáticos para estructurar sus argumentos: palabras como "función", "curva" y "programa" plagaban sus páginas. Sin embargo, para la generación que le siguió, el libro resultó un enigma porque, aunque el álgebra estaba ahí y la teoría podía traducirse a modelos algebraicos simples de economía que podían ser manipulados para arrojar conclusiones en materia de políticas, Keynes no siguió ese camino. Sus matemáticas estaban insertas en el texto, el cual incluía conclusiones que iban más allá de los resultados que se pueden obtener utilizando únicamente el álgebra. La explicación es que Keynes estaba tratando de usar símbolos matemáticos para hacer sólo una primera aproximación a ideas que no podían representarse a cabalidad en su formalismo matemático.

Como discípulo de G. E. Moore, Keynes concedió la mayor importancia al pensamiento claro y la intuición. En su acercamiento a la teorización económica, la intuición era esencial, pues la primera etapa fundamental en la construcción de un argumento era la intuición o la visión; lo que él llamaba el "monstruo gris, difuso y vago" que habita en la mente de cada uno.[13] Keynes empezó con una imagen de la estructura general del argumento que procuraba transmitir y no tenía duda de que los detalles vendrían después. La segunda etapa era lograr que los conceptos y las relaciones involucradas fueran precisos. Por lo tanto, la evolución iba de la intuición al pensamiento claro. Sin embargo, en lugar de avanzar hacia un modelo matemático formal, Keynes se detuvo ahí. Sí construyó lo que ahora llamaríamos modelos, pero rara vez estaban completos y, a diferencia de lo que sucede en la economía moderna, las matemáticas siempre estaban inextricablemente vinculadas a un análisis que se expresaba verbalmente.

Keynes utilizó las matemáticas de esta manera porque consideraba que construir un modelo formal totalmente especificado implicaba el intento de ser "perfectamente preciso", pues era necesario estipular exactamente qué se incluiría en el análisis y qué no.[14] Sin embargo, siendo

el mundo vago y complejo, un enfoque de esta naturaleza sería inapropiado, en tanto que algunos aspectos importantes sobre la economía quedarían inevitablemente fuera. Para argumentar de esta manera, era más conveniente detenerse en los conceptos básicos que servían de base para el pensamiento claro. Por lo tanto, aunque Keynes utilizó las matemáticas en la *Teoría general*, se negó a recurrir a un modelo matemático para resumir el argumento en su conjunto. Esta es la causa de que, con frecuencia, los economistas modernos sostengan que la *Teoría general* no es un libro matemático.

Una clave para entender la manera en que Keynes utilizaba las matemáticas se puede encontrar en las clases que dictó mientras escribía la *Teoría general*. En los apuntes que sus alumnos tomaron en 1932 se encontró la siguiente observación: "las ecuaciones son más simbólicas que algebraicas".[15] Al decir esto, Keynes pretendía que el álgebra sirviera de marco para un argumento verbal más complejo: era como si buscara que un símbolo capturara la atención del lector mientras él explicaba su significado. Tocó este tema en un pasaje de la *Teoría general* que quienes critican el uso de las matemáticas en la disciplina económica suelen citar:

> Una falla importante de los métodos seudomatemáticos simbólicos de dar forma a un sistema de análisis económico […] es el hecho de suponer de manera expresa una independencia estricta de los factores que entran en juego, y que dichos métodos pierden toda su fuerza lógica y su autoridad si se rechaza esta hipótesis; mientras que, en el razonamiento ordinario, donde no se manipula a ciegas, sino que se sabe en todo momento lo que se está haciendo y lo que las palabras significan, podemos conservar "en el fondo de nuestra mente" las necesarias reservas y limitaciones y las correcciones que tendremos que hacer después, de un modo en el que no podemos retener diferenciales parciales complicadas "al reverso" de algunas páginas de álgebra, que suponen el desvanecimiento de todas ellas. Una parte demasiado grande de la economía "matemática" reciente es una simple mixtura, tan imprecisa como los supuestos originales que la sustentan, que permiten al autor perder de vista las complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretensiosos e inútiles.[16]

Este pasaje subraya que Keynes atribuía gran importancia al significado preciso de los términos involucrados: limitarse a depender del significado convencional de los términos, para construir un argumento matemático, era absolutamente absurdo.

La *Teoría general* tiene una estructura teórica muy clara. Keynes afirma enfáticamente que su inquietud principal es demostrar que sólo hay un nivel de producción en el que la demanda agregada de bienes y servicios será igual a la oferta agregada, y que esto no necesariamente equivale al pleno empleo. Por lo general, su método consiste en utilizar una notación algebraica para definir el problema, escribir una relación funcional o separar un concepto en sus distintos componentes, y después discutirlo verbalmente. El álgebra no sirve de mucho más que de marco para el análisis verbal y prácticamente no hay manipulación algebraica alguna que permita alcanzar mayores resultados. (Aunque efectivamente hay algunas excepciones importantes, como su derivación del multiplicador, Keynes suele adoptar el método de utilizar palabras para desarrollar una idea que originalmente formuló a través del álgebra.)

Este enfoque podría sugerir que Keynes no atribuía demasiada importancia a las matemáticas, pero también se puede interpretar totalmente a la inversa; como muestra de que el papel del álgebra en el método de exposición de Keynes era fundamental, aunque fuera limitado. El argumento teórico central sobre la posibilidad de una demanda agregada insuficiente (sin el cual ni el libro ni las conclusiones en el campo de las políticas a las que

llegó Keynes tendrían ningún sentido) se planteó matemáticamente, utilizando el lenguaje de las relaciones funcionales. Los argumentos que Keynes decidió expresar matemáticamente —ya sea utilizando el álgebra o recurriendo a nociones que eran fácilmente traducibles al álgebra— formaban el esqueleto que sostenía el resto de los argumentos. Además de ser esencialmente estático —e incluso mecánico—, este aparato óseo no recogía por sí mismo todas las opiniones del autor, particularmente aquellas que tenían que ver con la incertidumbre y el modo en que se tomaban las decisiones a lo largo del tiempo. Sin embargo, si quitamos todos los capítulos en el que el autor se apoya fuertemente en el álgebra —lo que significaría perder gran parte de su teoría sobre la demanda agregada—, no quedaría nada de la *Teoría general*. Keynes utiliza el esqueleto algebraico como un mecanismo para dar vida a sus intuiciones sobre la inestabilidad del capitalismo.

Por lo tanto, la *Teoría general* se puede leer como un libro matemático en el que Keynes deliberadamente enmarcó el argumento en términos de funciones abstractas. Podría haber logrado que su argumento central sobre la oferta y demanda agregadas fuera más concreto traduciendo las funciones abstractas a curvas que pudieran ser diagramadas en la página con mayor precisión pero, fuere cual fuere el motivo, determinó no hacerlo así. En su mayor parte, el resto del libro sirvió para cimentar estas funciones; el lenguaje y el argumento se escogieron para enfatizar las dificultades de reducir el análisis a álgebra. La obra fue escrita en un estilo que demandaba que el lector pensara como matemático, y quizá ésta sea una de las razones por las que la generación de economistas anterior a Keynes fue menos receptiva que la generación posterior que —en promedio— tenía mayores habilidades matemáticas que quienes la habían precedido. Sin embargo, la *Teoría general* era prácticamente una invitación abierta para que los seguidores jóvenes del autor desarrollaran la teoría en formas que él había decidido no seguir.

Estas dimensiones de la obra de Keynes se conjuntan para ayudar a entender por qué la *Teoría general* podía tener tantas lecturas distintas tras la muerte del autor (e incluso durante su vida). Aunque recurrió a las matemáticas, algunas de sus ideas más importantes no estaban capturadas en las matemáticas *per se*. Afirmó haber causado una revolución en la teoría económica, pero su revolución radica en el esfuerzo de articular claramente un concepto general sobre el funcionamiento de la economía capitalista, no en los detalles matemáticos de su teoría. Propuso una teoría, pero al mismo tiempo impulsó a sus seguidores a que la desarrollaran de formas distintas que no necesariamente eran compatibles entre sí. Le encantaba escandalizar y generar polémica, por lo que algunas de sus observaciones podrían sugerir (sobre todo a los economistas posteriores que no lo conocieron en vida) puntos de vista que poco tenían que ver con los que en realidad sostenía. Sin embargo, la puerta para que la economía keynesiana se pudiera interpretar de múltiples maneras estuvo abierta desde un principio.

El enfoque más generalizado fue el que Hicks y Harrod ayudaron a promover y que Keynes alentó: tomar las matemáticas de Keynes y convertirlas en un modelo sencillo de dos o tres ecuaciones sobre la producción, el empleo y las tasas de interés (como el llamado modelo IS-LM). Los modelos de este tipo podían ser manipulados para explicar las diferencias entre la teoría keynesiana y la de sus predecesores “clásicos”. Además, se podían desarrollar de muy distintas maneras, inspirándose en las ideas más modernas sobre teorías de hogares, empresas

y mercados. Si bien esta estrategia para la creación de modelos resultó sumamente útil para atacar nuevos problemas, también causó serias dificultades en la interpretación de la economía keynesiana: mientras que Keynes había asumido que había efectos grupales importantes en el comportamiento económico, las teorías que los economistas posteriores utilizaron para intentar desarrollar el trabajo de Keynes se basaban, en su gran mayoría, en el supuesto de un comportamiento individualista que no tomaba en cuenta cómo las personas podrían ser influenciadas por lo que otros hacían y pensaban. Keynes no se había aproximado así a la teorización; más bien había decidido apoyar su teoría en las generalizaciones derivadas del comportamiento que había observado desde su posición estratégica en la City. El resultado fue que, debido a que muchos economistas estaban tratando de integrar las ideas de Keynes en un marco individualista que era distinto al original y querían construir modelos matemáticos de factores que el propio Keynes no había modelado formalmente, se abría la posibilidad de que las ideas keynesianas se pudieran interpretar no sólo de maneras distintas sino, en ocasiones, de formas incompatibles entre sí. Lo anterior dio lugar a una serie de debates y discusiones sobre cuál interpretación representaba la teoría keynesiana verdadera y si modelos distintos arrojarían conclusiones consistentes con aquéllas a las que había llegado Keynes.

Hubo quienes se quejaron de que, por enfocarse únicamente en el álgebra, estas traducciones de la economía keynesiana desatendían las partes más importantes de la teoría. El álgebra describía un modelo estático, mientras que muchos de sus argumentos e intuiciones guardaban relación con factores dinámicos; por ejemplo, la formación de expectativas y la manera en que la gente respondía ante el cambio. El punto central acabó por ser a qué grado el uso de las matemáticas excluía el tipo de análisis verbal que Keynes siempre utilizaba y en el que intercalaba su álgebra. Algunos argumentaban que el verdadero Keynes era el teórico que creía que era imposible saber qué ocurriría en el futuro y para quien la inversión estaba motivada menos por cálculos racionales que por el impulso espontáneo de hacer algo en lugar de nada, animado por lo que él llamaba el “espíritu animal”. Si las especificaciones matemáticas de este argumento implicaban que ya no era posible tomar en cuenta estos factores, el modelo matemático no podía ser una representación fiel de sus ideas. Los keynesianos “fundamentalistas” de este corte podían apoyarse ampliamente en la *Teoría general* y en la defensa que el autor hizo de su obra en 1937; algunos de ellos incluso tacharon a los autores de modelos matemáticos de keynesianos “bastardos”, infieles al legado de Keynes.

Si a esto sumamos que la *Teoría general* era precisamente lo que su título sugería —un libro sobre *teoría* económica y no un libro sobre políticas— el margen de confusión era todavía mayor, pues muchos economistas pensaban que la importancia de la teoría de Keynes no radicaba en sus intuiciones teóricas sino en las implicaciones que éstas tenían en el campo de las políticas. Junto con quienes trataban de identificar las innovaciones que definían la revolución keynesiana en la teoría económica, había quienes veían esta revolución en términos de políticas para la administración de la demanda agregada. Ya que Keynes había escrito la *Teoría general* como un libro sobre teoría del empleo y no como un tratado sistemático sobre la manera de controlar la economía, se volvía a abrir un abanico de posibilidades de interpretación, ahora de la propia revolución.

En cierto sentido, esto es exactamente lo que quería Keynes: que las generaciones futuras tomaran sus ideas y, sin perder de vista los conceptos fundamentales, las llevaran por muchos caminos distintos. De hecho, en 1937, él mismo ya consideraba dar un paso adelante en relación con la *Teoría general*, según le explicó en una carta a su joven colega Joan Robinson. Primero la animó a que continuara con su propio libro —que él describió como una obra que "prácticamente sigue mi *Teoría general*", y después añadió: "gradualmente estoy viendo el libro con nuevos ojos, y estoy explorando nuevas líneas de exposición".[17] Durante treinta años o más, los economistas aceptaron su idea de que podía haber desempleo involuntario causado por una deficiencia en el nivel de demanda agregada y, a pesar de que tenían opiniones distintas sobre cómo enfrentar el problema, siguieron formulando políticas para remediar este defecto del capitalismo. El simple hecho de que aceptaran que podía haber una escasez de demanda agregada significaba que concordaban con Keynes. Sin embargo, en sus acaloradas y casi teológicas discusiones sobre cuál era la teoría keynesiana verdadera, muchos economistas acabaron por adoptar una actitud radicalmente opuesta a la apertura que profesaba Keynes en lo que a la experimentación y la adaptación dentro de un marco algebraico básico se refiere.

Esta actitud —intentar encontrar una teoría keynesiana única y verdadera— reflejaba un cambio en la forma en que los economistas concebían su propia disciplina. Después de la segunda Guerra Mundial, los economistas empezaron, cada vez con mayor frecuencia, a identificar la teoría económica con modelos suficientemente precisos que pudieran ser expresados a través de matemáticas exactas y a reducir sus conclusiones a resultados que mostraran haber partido de dichos modelos. La búsqueda de la teoría keynesiana se convirtió en tratar de dilucidar el "modelo" de Keynes, lo que condujo a dificultades fundamentales, en tanto que Keynes no trabajó con un modelo de la misma manera en que lo hicieron las generaciones de economistas que lo sucedieron. Mientras él consideraba que las fórmulas y funciones matemáticas eran un mecanismo para organizar sus conceptos elementales de manera coherente, que luego usó para dar vida a distintos artículos sobre el funcionamiento de la economía, los economistas más influyentes posteriores a la segunda Guerra Mundial buscaban modelos absolutamente especificados que pudieran utilizarse para obtener predicciones claras y que, de preferencia, se pudieran poner a prueba con datos estadísticos. Este método dejaba menos espacio para factores que pudieran incorporarse más adelante en el desarrollo verbal de sus modelos.

La política revolucionaria de Keynes

La revolución que Keynes fomentó en materia de política económica era igualmente ambigua. Aunque se le reconoce ampliamente como uno de los arquitectos del Estado benefactor —pues sin las políticas de apoyo al pleno empleo que él diseñó el Estado benefactor no podría funcionar—, sus propios puntos de vista en el campo de las políticas eran muy distintos. Para él, el objetivo de las políticas gubernamentales era derrotar "las fuerzas negativas del tiempo y la ignorancia".[18] Keynes pensaba que las expectativas a largo plazo de los inversionistas —que son tanto el resultado del "espíritu animal" como del cálculo racional— se basan en convenciones y creencias que pueden cambiar de un momento a otro y, con ellas, la inversión.

Según la perspectiva de Keynes, el Estado efectivamente tiene un papel que desempeñar, pero el autor estaba ineluctablemente comprometido con la idea de que la inversión privada era la clave de la prosperidad. Keynes reconocía que había momentos en que era indispensable regular el consumo (de manera notable, en tiempos de guerra, cuando era evidente que se tenía que reducir para liberar recursos que ayudaran a sostener el esfuerzo bélico), y estaba dispuesto a exponer su opinión respecto a la ocasional necesidad de aumentar el gasto gubernamental con el ejemplo de enterrar billetes en la tierra para desenterrarlos después. Sin embargo, tanto en la *Teoría general* como en su trabajo anterior, su atención se centraba en la estabilización de la inversión. Incluso en lo más profundo de la Gran Depresión, cuando muchas fábricas estaban ociosas y la construcción de nuevas plantas y equipamiento no era la respuesta obvia a la devastación que se vivía, se enfocó en las medidas que servirían para que la inversión aumentara.

La importancia que Keynes concedía a la inversión se manifiesta en un informe que escribió, en 1930, para la compañía holandesa Philips. Hacía varios años que Philips lo había contratado para que le escribiera resúmenes económicos. Cuando el mundo cayó en la depresión, las fábricas se quedaron paradas y Keynes reportó que era indispensable hacer nuevas inversiones. Inmediatamente su contacto en la empresa le preguntó si esto no haría más que exacerbar el problema de capacidad de producción excedente. Keynes dijo que no se refería a inversión en manufactura sino a inversión en nuevas instalaciones, transporte y empresas de servicios públicos. Era preciso modernizar las plantas de la industria manufacturera, pero el nivel de inversión que se requería era menor a lo que se necesitaba para estos otros objetivos. El punto es que, incluso mientras se extendía la depresión, Keynes estaba convencido de que había oportunidades para una inversión productiva, y buscó la manera de impulsarla, por ejemplo, a través de bajas tasas de interés a largo plazo.

El énfasis en la inversión también se encuentra en la *Teoría general*. Cuando Keynes empezó a especular sobre la filosofía moral hacia la que podría conducir su teoría, exploró las consecuencias no de un alto nivel de empleo (no es difícil imaginar a otros haciendo especulaciones sobre las posibilidades que esto abriría en seguridad social, servicios sociales o redistribución), sino de inundar el mundo de capital, a tal grado que éste dejara de ser escaso. Aunque la posibilidad de lo que llamó “la eutanasia del rentista” podría parecer ingenua, en tanto que no consideraba el nivel en que podrían aumentar los deseos humanos, no dejaba de ser un indicador de la trascendencia que, en su visión del mundo, tenía la inversión.[19]

Keynes otorgaba gran importancia a la inversión, tanto en el diagnóstico de los problemas del capitalismo como en su solución, lo que explica por qué era capaz de argumentar a favor de medidas para combatir la depresión y, al mismo tiempo, apoyar la idea de que el presupuesto gubernamental debía mantenerse en equilibrio. Como explicamos en el capítulo iv, no sólo veía con escepticismo las posibilidades de éxito de las propuestas para estabilizar la economía a través de cambios en las contribuciones a la seguridad social, sino que encontraba que algunas formas de gasto financiado mediante deuda eran “objetables”. La deuda debía contraerse para financiar la inversión; no el gasto en consumo. Por esto proponía establecer un presupuesto de capital separado del presupuesto ordinario. El primero se podría utilizar para estabilizar la economía —permitiendo deuda que se tradujera en la creación de

bienes productivos— sin caer en la tentación de recurrir al endeudamiento para financiar el gasto corriente.

También hay que recordar el famoso argumento a favor de la "socialización de la inversión", que aparece en el capítulo final de la *Teoría general*. Aunque la frase bien pudo haber sido redactada deliberadamente de forma provocadora, no se refería a un control estatal de la inversión, como podría ocurrir en una economía de planificación centralizada. Más bien, como quedó asentado en el capítulo iv, hablaba de un sistema en el que el Estado se responsabilizara del *volumen* de inversión, a fin de evitar su fluctuación o su estancamiento en un nivel peligrosamente bajo. Aunque una clave sería la política monetaria —y bajas tasas de interés a largo plazo—, reconocía que si las expectativas se deprimían, probablemente las bajas tasas de interés no serían suficiente. Quizá bastaría con que se supiera que el Estado mantendría la inversión agregada (recurriendo a inversión pública financiada por deuda cuando así se requiriera), para dar seguridad a los inversionistas privados, lo que, a su vez, permitiría lograr la estabilidad sin necesidad de caer en déficit.

Pero todo lo anterior dista mucho del Estado benefactor. Desde luego que Keynes estaba familiarizado con la idea del Estado benefactor y —como se hizo notar en el capítulo II— durante la segunda Guerra Mundial colaboró, aunque de manera muy limitada, con William Beveridge en su influyente documento sobre políticas gubernamentales, *Social Security and Allied Services* (1942). La visión detrás de las propuestas que este texto planteaba pertenecía a Beveridge y no a Keynes. De hecho, a Beveridge no le había entusiasmado la *Teoría general* cuando se publicó. En este proyecto, la función principal de Keynes, escéptico ante los bajos objetivos de desempleo que proponía Beveridge, fue ayudarlo a reducir sus propuestas para que fueran financieramente asequibles; otra muestra de su preocupación por mantener una política fiscal sólida. No cabe duda de que el pleno empleo era un elemento fundamental del Estado benefactor pues, sin él, sería imposible pagar un sistema integral de seguridad social. No obstante, esta serie de circunstancias no convierte a Keynes en su arquitecto. Sus propias ideas sobre el papel que deberían desempeñar las políticas eran, en realidad, muy distintas.

EL ARTISTA Y SU TEORÍA

En cierto sentido, la creación de un keynesianismo que se alejaba de las propias ideas de Keynes no es del todo extraordinaria. Lo que más le interesaba a Keynes era desarrollar un juego de herramientas de diagnóstico y utilizarlo para diagnosticar los problemas a los que se enfrentaba el capitalismo contemporáneo. Por lo tanto, su mayor anhelo era contar con las herramientas adecuadas para la tarea que se proponía realizar. Únicamente persistía en que los economistas y los políticos dejaran de negar que el paciente pudiera estar enfermo; incluso, gravemente enfermo. Las herramientas no importaban tanto como pretender que el paciente se podía curar solo. Sin embargo, la actitud de Keynes no se limitaba a insistir en que otros profesionales compartieran su visión de que el capitalismo era frágil y podía necesitar ayuda ocasionalmente. Durante los trece años anteriores, había desarrollado diversas teorías y había visto cómo muchas de ellas se desmoronaban. Mientras trabajaba en el *Tratado sobre el dinero*, se había dejado regir por una "mentalidad de fórmula mágica", y el resultado había

sido algo rígido y mecanicista que no había funcionado. Ahora podía percibir una manera más flexible de entender los fenómenos económicos: a pesar de la satisfacción que le había producido el triunfo teórico de la *Teoría general*, que tanto trabajo le había costado, es posible que se diera cuenta de que, a la larga, todas las teorías deben morir.

La visión que Keynes tenía de su *Teoría general* era la de un artista que había alcanzado un punto de autocomprensión que le permitía ver su propia obra creativa desde una perspectiva histórica más amplia. Sin embargo, esta manera de ver a Keynes no es una simple metáfora inspirada en su pertenencia al Grupo de Bloomsbury, pues sería un error considerarlo un economista que casualmente vivía entre artistas. Era parte esencial del grupo, y su trabajo debe ser analizado como una expresión de sus propias convicciones en el campo del arte. La valoración de su propio éxito artístico por haber puesto los cimientos sobre los que otros pudieran construir era más que una realización pragmática de la índole de un logro artístico. Era, además, parte de una complicada posición ética que rechazaba la ganancia material como meta principal de la vida y que, de manera simultánea, negaba que la tradición tuviera alguna autoridad. En lugar de adoptar la estrategia de Moore, su mentor en Cambridge, quien basó su argumento a favor de la primacía del arte en intuiciones sobre lo que constituye una buena vida, a Keynes lo atrajeron las ideas de su amigo de Bloomsbury, el crítico de arte Roger Fry. Además de la importancia de que los humanos satisficieran sus necesidades materiales de comida, techo y reproducción, la esfera de la existencia a la que se refería como sus "vidas verdaderas" contemplaba la "vida imaginativa", que era definida por "el arte, la literatura y la curiosidad desinteresada".[20] Conforme una sociedad se volviera más opulenta, el arte sería cada vez más trascendente, según Fry:

> en el curso del tiempo, la vida imaginativa acaba por representar más o menos lo que la humanidad reconoce como la expresión más completa de su propia naturaleza, el uso más libre de sus capacidades innatas: la vida verdadera se puede explicar y justificar por su aproximación aquí y allá, tan parcial o inadecuadamente como fuere, de esa vida más libre y más plena.[21]

Un ejemplo de la actitud de Keynes es el discurso presidencial que pronunció en la reunión anual de los Apóstoles en 1921. Lo que había unido a los Apóstoles de la generación de Keynes era el compromiso, que habían aprendido de G. E. Moore, con lo que consideraban la verdad absoluta y con la búsqueda de la amistad y la belleza. La carrera ideal para muchos de sus compañeros "apóstoles" hubiera sido la de artista; crear belleza y vivir en una comunidad con otros artistas con los que tuvieran lazos cercanos de amistad. Pero, ¿qué debería hacerse si uno no tenía el talento para convertirse en artista? En su discurso, Keynes parece sugerir que la mejor opción para quienes no gozan de esa aptitud podría ser utilizar sus capacidades para seguir una carrera en finanzas o negocios. Apoyado en Ben Jonson, el poeta y dramaturgo del siglo XVII, Keynes sostuvo que la verdadera recompensa de dicha actividad no estaba en la riqueza *per se* sino en la manera de alcanzarla, y para enfatizar su punto, citó el *Volpone* del escritor (acto 1, escena 1):

> Pero más me vanaglorio
> en la ingeniosa adquisición de mi riqueza
> que en su feliz posesión.

Independientemente de que surja la pregunta de por qué la mejor alternativa para quienes

no tienen talento artístico sería escoger finanzas o negocios en lugar de cualquier otra carrera, lo importante es que, incluso como un economista bien establecido y después del enorme éxito de *Las consecuencias económicas de la paz*, Keynes seguía considerando cómo satisfacer sus propias ambiciones artísticas. No deja de ser significativo que, cuando se dio cuenta de que el *Tratado sobre el dinero* no cumplía sus expectativas, haya decidido describirlo como un "fracaso artístico".

En gran medida, el anhelo de un gran logro en la teoría económica de este economista práctico y aplicado, cuyo objetivo era diagnosticar los remedios para los males del capitalismo, era un reflejo de los valores de Bloomsbury, cuyos miembros consideraban que la creación del arte era una de las actividades humanas más sublimes. Del mismo modo, su disposición a asumir una visión de largo plazo sobre su obra concordaba con las expectativas de Bloomsbury de que otros seguirían sus pasos y construirían a partir de sus éxitos creativos, llevándolos en distintas direcciones, de la misma manera que los postimpresionistas habían construido a partir de la obra de los impresionistas. En 1921, cuando se dirigió a los Apóstoles, Keynes se había preguntado qué podía hacer una persona que careciera de talento artístico para llevar una vida provista de significado; quizá, en 1936, el momento de su propio éxito creativo, empezaba a comprender su obra en la misma manera en que un artista entendía la suya.

No hay que olvidar tampoco que el Grupo de Bloomsbury era famoso por negarse a aceptar la autoridad de la tradición. Sus pinturas, novelas y discusiones eran una reacción en contra de la moral tradicional de la era victoriana en la que habían nacido. Esta característica también daba a Keynes la calidad de miembro del grupo en toda la extensión de la palabra. Uno de los primeros éxitos prominentes de los integrantes originales del Grupo de Bloomsbury fue el libro de Lytton Strachey, *Eminent Victorians*, que, a través de cuatro bosquejos biográficos, buscaba poner en evidencia la hipocresía de los valores victorianos. Keynes utilizó esta técnica de semblanzas devastadoras en los retratos que redactó sobre los líderes mundiales en Versalles y que publicó en *Las consecuencias económicas de la paz*, escrito poco después de que el libro de Strachey saliera a la luz. Sus denuncias en *The Economic Consequences of Mr Churchill* y la descalificación que hizo de la economía "clásica" en la *Teoría general* seguían ese mismo tono. Esta vena irónica se puede encontrar, además, en su correspondencia; por ejemplo, cuando utilizó la frase "una especie de Sociedad para la Preservación de Monumentos Antiguos",[22] para referirse a los esfuerzos de dos colegas de Cambridge, mayores que él, que, frente al apoyo recién obtenido a favor de proyectos de obras públicas, se aferraban a sus viejas teorías.

Esta aversión por la tradición no era un simple recurso retórico para atacar a aquellos con quienes los miembros del Grupo de Bloomsbury no estaban de acuerdo. También lo aplicaban en su propio trabajo, pues cuando discutían algo entre ellos mismos, nunca consideraban que un tema estuviera cerrado. No querían que sus propias ideas se transformaran en ortodoxia. Fry explicó claramente esta voluntad cuando escribió, en palabras que muy bien podrían haber sido de Keynes: "Siempre he visto mi sistema con cierta suspicacia. Reconozco que si alguna vez forma una costra demasiado sólida podría impedir el paso de experiencia fresca".[23]

Como es natural, la postura de Bloomsbury en contra de la autoridad de la tradición generaba cierta incomodidad en sus miembros cuando otros atacaban sus propias posiciones

pues, ¿quiénes eran ellos para remplazar la autoridad victoriana con una autoridad creada por ellos mismos? La salida que con frecuencia tomaron ante este dilema fue simplemente no responder a las críticas. No fue raro que su silencio se interpretara como arrogancia cuando, en realidad, buscaba que los demás expresaran sus opiniones y desarrollaran sus ideas. Aunque Keynes podía ser mordaz cuando respondía a sus detractores, a veces guardaba silencio y, aunque sí contestó los ataques a la *Teoría general*, no lo hizo con el detalle que sus adversarios creían merecer. Sin embargo, la expresión absoluta de la sensibilidad artística que cultivó como integrante del Grupo de Bloomsbury fue la manera en que respondió a los teóricos económicos jóvenes que, uno o dos años después de la publicación de la *Teoría general*, inauguraron la tarea de ampliar y elaborar sus ideas. Habiendo alcanzado su propio éxito "artístico", Keynes tuvo la magnanimidad de responderles con generosidad y alentar sus experimentos.

La revolución de Keynes

Keynes originó una revolución, pero la naturaleza de su revolución ha sido motivo de polémica, y la controversia en torno a qué la compone no da señales de ceder. Lo anterior no es casualidad, pues muchas características de su obra hacen que su *Teoría general* se entienda de distintas maneras. Con formación en matemáticas, utilizó un lenguaje matemático para escribir su libro. No obstante, creía que esta ciencia sólo era un medio para reproducir sus intuiciones básicas, y algunos de sus puntos más importantes nunca se capturaron en ecuaciones. Cuando, terminada la segunda Guerra Mundial, la profesión económica giró hacia un nuevo tipo de modelo matemático formal, mucho de lo que al propio autor le resultaba más trascendente sobre su trabajo—como la idea de que el capitalismo podía ser inestable y no siempre era un mecanismo que se corrigiera a sí mismo— se perdió en el esfuerzo de formalizar sus teorías.

La generosidad que mostró hacia sus colegas más jóvenes no ayudó. Algunas de las formalizaciones de su obra que acabaron por debilitar sus intuiciones básicas fueron las que propusieron originalmente personas a las que alentó, como Hicks y Lerner. Aunque ellos no abandonaron el keynesianismo, sus modelos, en manos de otros, iniciaron el camino en esa dirección. Keynes impulsó a los economistas jóvenes porque estaba convencido de que sus propias ideas debían desarrollarse de maneras innovadoras. Cabía esperar que un trabajo exitoso estuviera sujeto a adaptaciones creativas y nuevas variaciones. El hecho de haber producido una obra de tal calidad que otros quisieran ampliarla y elaborar sobre ella como una expresión de sus propias vidas imaginativas fue lo que Keynes valoró sobre todas las cosas salvo, quizás, la amistad.

Sin embargo, la ambigüedad del legado de Keynes tiene un motivo adicional. En el periodo que dedicó a terminar el *Tratado sobre el dinero* y empezar la *Teoría general*, fue un vigoroso paladín de los proyectos de obra pública de gran escala para estimular que la economía saliera de la depresión. Su apoyo a este tipo de propuestas no puede quedar más claro que en *Can Lloyd George Do It?* y *The Means to Prosperity*. En cambio, conforme siguió trabajando en la *Teoría general* y asumió a cabalidad la importancia de la incertidumbre y las

expectativas, desarrolló un enfoque más cauto en relación con la obra pública; apreció la validez de los argumentos de sus detractores (algunos de los cuales, como Henderson, habían sido alguna vez sus aliados), que afirmaban que el éxito de las obras públicas de gran escala dependía de la confianza de los inversionistas privados. En consecuencia, elaboró una tesis más matizada sobre el uso de esta práctica y reconoció que la consecución del fin propuesto tenía más que ver con el problema sutil de la "socialización de la inversión" (en el sentido descrito en el capítulo IV) que con el control gubernamental de la economía a través de su política fiscal. Aunque en sus últimos años Keynes declaró que no estaba a favor del déficit en el presupuesto gubernamental, hubo muchos que vieron en sus teorías una defensa de las políticas de estabilización financiadas mediante déficit. Este complejo legado relativo a sus políticas ha conducido a tergiversaciones. Críticos y seguidores de sus políticas por igual han caricaturizado sus ideas (de hecho, se podría decir que el Estado benefactor moderno, que depende de niveles de desempleo más bajos de los que él consideraba posible, se basa en una de estas exageraciones). Son pocos quienes entienden la cautela con la que desarrolló el total de su *Teoría general* o los matices que sus posturas en materia de políticas implicaban. La revolución keynesiana pudo haber sido de largo alcance, pero no cabe duda de que fue ambigua.

[1] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación…, op. cit.*, p. 37.
[2] Pigou, 1936, p. 115.
[3] *JMK*, vol. 14, p. 121.
[4] *Ibidem*, p. 122.
[5] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación…, op. cit.*, p. 355.
[6] *JMK*, vol. 27, p. 443.
[7] *JMK*, vol. 14, p. 79.
[8] Colander, 1984.
[9] Moggridge, 1986, p. 361.
[10] Harrod, 1937, p. 85; *JMK*, vol. 14, p. 84; *cf*. Moggridge, 1986, p. 361.
[11] Hayek, 1995, p. 232.
[12] Backhouse, 2010, p. 133.
[13] Skidelsky, 1992, p. 539.
[14] Rymes, 1989, p. 102.
[15] *Idem*.
[16] *JMK*, vol. 7, pp. 297-298.
[17] *JMK*, vol. 14, p. 150.
[18] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación…, op. cit.*, p. 164.
[19] *Ibidem*, p. 352.
[20] C. Goodwin, *The Art of an Ethical Life*, p. 221.
[21] C. Goodwin, *Art and the Market: Roger Fry on Commerce and Art*, p. 76.
[22] *JMK*, vol. 14, p. 259.
[23] C. Goodwin, *Art and the Market…, op. cit.*, p. 198.

VI. REVOLUCIÓN PERPETUA

DESPUÉS DE LA CRISIS

En el periodo 2008-2009, el sistema financiero mundial estuvo a punto de derrumbarse, y se elevó la posibilidad de una incontrolable caída en la depresión: todo parecía indicar que podría repetirse la situación de 1929. Las políticas que habían sustentado la "gran moderación" de las dos décadas anteriores se volvieron repentinamente irrelevantes: el mundo necesitaba urgentemente nuevas políticas y volvió la mirada hacia Keynes o, mejor dicho, al economista que creía que era Keynes. Bajas tasas de interés y estímulos fiscales eran términos que procedían directamente del léxico keynesiano y fueron políticas que sí funcionaron. Keynes, el economista cuyas teorías aparentemente habían sido desacreditadas por las experiencias de los decenios de 1970 y 1980 y por los importantes avances en la teoría macroeconómica, se había reivindicado. Incluso conservadores de la talla de Richard Posner se dieron cuenta de que los mercados habían fracasado, y de que era necesario tomar medidas para evitar un colapso mayor.

La crisis fue significativa porque suscitó una gran variedad de preguntas acerca de la organización del sistema financiero y, en última instancia, sobre el tipo de capitalismo que había llegado a dominar la economía mundial. Su causa inmediata fue la debacle de gran parte del sistema bancario que, a su vez, se debía al coctel de hipotecas de alto riesgo, permutas de incumplimiento crediticio, obligaciones de deuda con garantía y otros instrumentos financieros bancarios. El impulso que recibió la titulización hipotecaria que dio lugar a esta situación se debe, en parte, a la naturaleza fragmentada del sistema bancario estadunidense que, con sus miles de bancos, es resultado de una normatividad que se remonta al siglo XIX. Más aún, algunas instituciones clave del sector financiero —la Asociación Federal Nacional Hipotecaria (Fannie Mae) y la Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios (Freddy Mac)—, cuyo colapso desempeñó un papel fundamental en la crisis, habían sido creadas por el gobierno. Sin embargo, aunque algunas características importantes del sistema fueron determinadas por la intervención gubernamental, a través de la cual se buscaba controlar el poder de los bancos y aumentar el flujo de hipotecas asequibles, un elemento sumamente relevante de la crisis —pero no el único— fue la relajación de las regulaciones que se había practicado desde mediados de la década de 1970. El sistema regulatorio de "toque ligero" que había surgido permitió a los bancos mezclar estos activos tóxicos en sus portafolios sin que hubiera un medio fácilmente accesible para que los inversionistas o los reguladores supieran qué activos tóxicos manejaba cada uno. Por lo tanto, cuando el sistema empezó a desplomarse, fue prácticamente imposible determinar si muchos bancos se estaban enfrentando simplemente a dificultades de liquidez o si se habían vuelto insolventes. La desregulación del sistema bancario había dejado a los bancos en serias dificultades, pero también había impedido que se pudiera advertir qué tan graves eran en realidad.

Otra consecuencia de la desregulación del sistema fue que la banca comercial, que históricamente había generado sus utilidades a través del margen entre los préstamos que obtenía y los que otorgaba, había acabado por entrelazarse con la banca de inversión, que dependía de altas cuotas y —para decirlo claramente— de especular para obtener ganancias. Pero los problemas no se limitaban a los bancos, pues los cambios regulatorios que habían afectado a la banca formaban parte de una transformación mucho más amplia de los mercados financieros. Su inicio se puede fijar el 26 de abril de 1973, con el establecimiento del Chicago Board Options Exchange,[1] que creó un mercado para la opción de compra de acciones y dio origen al proceso a través del cual el comercio de derivados empezó a dominar todo el sector financiero. La desregulación había eliminado las normas que diferenciaban los distintos tipos de instituciones financieras e instauraba un régimen cambiante en la política monetaria: en un mundo donde los bancos podían crear nuevos activos y trasladar fondos por todo el mundo a una velocidad que hacía imposible que los medios de control monetario tradicionales les siguieran el paso, un nuevo *modus operandi* en materia de políticas monetarias era inevitable. La liberalización financiera también contribuyó a que hubiera una enorme metamorfosis en la economía real, con la utilización de un abanico de instrumentos financieros —desde bonos especulativos chatarra hasta títulos privados— para reestructurar las industrias manufactureras.

Este proceso de liberalización financiera no fue un fenómeno aislado, sino parte de un movimiento mucho más amplio hacia la liberalización de mercados que buscaba que, además del capital, la mano de obra y los bienes transitaran con mayor libertad entre distintas partes del mundo. Aunque ha afectado a todas las naciones, esta política de liberalización, que cubre al sistema en su conjunto, ha sido más evidente (y probablemente, más controversial) en países del Tercer Mundo, donde las políticas involucradas han sido llamadas “Consenso de Washington”; nombre que se le dio a un paquete de medidas frecuentemente impuestas— generalmente como parte de “programas de ajuste estructural”— a países que buscan asistencia financiera del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial. A muchas naciones, geográficamente distribuidas desde Latinoamérica (en la década de 1980) hasta en el Este asiático (en la década de 1990), se les requirió, además de que reformaran sus sistemas monetarios y financieros —o incluso que abordaran el tema de las finanzas gubernamentales—, que privatizaran empresas de propiedad estatal, derribar barreras comerciales y permitir la entrada de compañías extranjeras a sus mercados internos. Se consideraba que el capitalismo de libre mercado, del que un sistema financiero desregulado era parte esencial, era el camino hacia la prosperidad para *cualquier* economía. Joseph Stiglitz, el controvertido economista en jefe del Banco Mundial durante la crisis financiera del Este de Asia de 1998, ha sostenido que esta crisis y otras en países del Tercer Mundo fueron un presagio de la que surgiría con mayor fuerza en 2008 y 2009. Estas crisis, en apariencia distintas, fueron el resultado de la misma ideología de libre mercado y, así como se manifestó en contra de las recomendaciones emitidas por el Fondo Monetario Internacional a favor de políticas monetarias restrictivas, en 1998, con el argumento de que exacerbarían la situación, al aumentar las posibilidades de una bancarrota, Stiglitz ha sido crítico de este tipo de políticas en la crisis más reciente.

El desmoronamiento del comunismo en la Unión Soviética y Europa oriental entre 1989 y

1991 dio un enorme impulso a la ideología de liberalización del mercado. Hubo la noción generalizada de que este colapso reivindicaba a los economistas que habían sostenido que una economía de planificación centralizada no podía funcionar; que los problemas con el sistema soviético eran inherentes a cualquier economía controlada y no el resultado de factores particulares de la Unión Soviética (como un sistema económico que se había fraguado en el contexto de una guerra civil, la represión política y la interpretación de Stalin del marxismoleninismo). La hostilidad hacia el comunismo se tradujo en suspicacia de cualquier cosa que pudiera interferir con la operación de un capitalismo desregulado. Como resultado, los antiguos países comunistas intentaron, en la mayoría de los casos, emular no a los capitalismos benefactores de Europa occidental —con sus regímenes ampliamente regulatorios—, sino al capitalismo de libre mercado que defendían Milton Friedman y Friedrich Hayek. Sin embargo, a muchas personas se les abrieron los ojos el 23 de octubre de 2008 cuando, una vez que había estallado la crisis, Alan Greenspan —otrora seguidor del filósofo libertario Ayn Rand— inolvidablemente confesó en su testimonio ante el Congreso de los Estados Unidos que esta ideología de libre mercado ya no estaba funcionando.

A principios de 2010, la sociedad del libre mercado había dejado de fijar su atención en la reforma del sistema financiero para centrarla en el problema de la deuda gubernamental. A pesar del papel que había desempeñado el estímulo fiscal para evitar el desastre en 2009, los esfuerzos ahora se enfocaban en la acumulación de deuda a largo plazo, algo que había ocurrido repetidamente desde hacía varias décadas y que aumentó de manera significativa tras el rescate bancario y la introducción de los estímulos fiscales keynesianos. En los Estados Unidos, la proporción de deuda gubernamental en relación con el ingreso nacional subió de 64% en 2007 a 83% en 2009, y amenazaba con acentuarse todavía más si no se tomaban medidas para reducir el déficit gubernamental anual. Otros países vieron cómo sus respectivas deudas crecían incluso de manera más acelerada conforme la recesión iba afectando sus ingresos tributarios y exacerbando el déficit que el gasto de emergencia en estímulos fiscales había generado. Aunque había sido necesario tomar medidas desesperadas para impedir una segunda Gran Depresión (y para 2010, habían ya surgido voces discrepantes que sostenían que los estímulos fiscales de 2008-2009 habían sido exagerados), empezaba a hacerse evidente que en algún momento habría que controlar los déficits gubernamentales, pero su volumen impedía que se hiciera a través de pequeños ajustes en los impuestos o en el gasto gubernamental. Más aún, una mayor fluidez en los mercados financieros mundiales no permitía que las naciones tuvieran la posibilidad de esperar a que el crecimiento económico y la inflación solucionaran el problema, que fue como se redujeron los ratios deuda-ingreso después de la segunda Guerra Mundial. La situación no se podía resolver como se había hecho en el pasado porque quienes comerciaban en el mercado de bonos estaban temerosos de que la inflación pudiera elevarse cuando la economía empezara a crecer y que, en consecuencia, también hubiera un alza en las tasas de interés y se interrumpiera la inversión. Para sortear la inflación, argumentaron, era indispensable reducir el gasto gubernamental.

Como la crisis había empezado en el sector bancario, dio origen a controversias más profundas que sobrepasaron la reforma del sistema financiero y la interrogante sobre el tipo de capitalismo que debía crearse, para fijarse en el tipo de sociedad que se debía establecer. Esta idea la expresó claramente el entonces recién electo primer ministro británico, David

Cameron, cuando advirtió que era necesario hacer recortes en el gasto público que cambiarían la configuración de la sociedad británica. Lo que había empezado como una crisis económica, centrada en un mundo financiero desregulado que hasta entonces había permanecido invisible para la mayoría de las personas, había acabado por plantear preguntas evidentemente políticas, en tanto que implicaba tomar decisiones para determinar cómo debía reconformarse el sistema de bienestar social en su conjunto. Cuando Lehman Brothers se colapsó en 2008 y la gente tuvo que hacer frente a la seriedad de la crisis financiera, nadie se percató de que el resultado de los esfuerzos por aminorar los efectos de la crisis llegaría a ser el cuestionamiento de la asequibilidad del Estado benefactor.

En casi todos los demás casos en que se ha contemplado un cambio económico radical, parecía haber una dirección clara por seguir. Por ejemplo, en Rusia (1990) no hubo duda de que había que desmantelar el sistema económico socialista y remplazarlo con un sistema capitalista (hubo, desde luego, grandes debates sobre la manera de lograrlo, pero pocos sobre el objetivo final). Sin embargo, en el periodo 2009-2010 el problema era que no se podía pasar de un capitalismo de libre mercado fallido a un socialismo todavía más desacreditado. Por lo tanto, había que crear una alternativa. Este dilema fue particularmente difícil para la izquierda que, en momentos más "normales", hubiera podido sacar provecho de una crisis en la ideología de *laissez-faire*. El historiador británico Tony Judt lo expresó con elocuencia:

> ¿Por qué se nos dificulta tanto incluso imaginar un tipo de sociedad diferente? ¿Por qué nos supera concebir un conjunto distinto de arreglos para el provecho común? ¿Estamos condenados a tambalearnos indefinidamente entre un "libre mercado" disfuncional y los muy pregonados horrores del "socialismo"? Nuestro problema es discursivo: simplemente ya no sabemos cómo hablar de estos temas.[2]

Para muchos, resultaba obvio que una sociedad mejor debía ser "más verde" y más sustentable. Otros pensaban que debía ser más justa y dar marcha atrás al aparentemente inexorable crecimiento de la desigualdad que, durante las tres décadas anteriores, había anulado el progreso hacia una mayor equidad que se había alcanzado durante los treinta años posteriores a la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, por sí mismas, estas aspiraciones no bastaban para determinar cómo se debía organizar una nueva sociedad ni qué medidas era necesario adoptar para crearla.

Durante la crisis, se hizo evidente que la economía en tanto disciplina, por lo menos la que existía entonces, era incapaz de dictar cómo debía ser esta nueva sociedad. Los economistas podían aportar un conocimiento considerable sobre pequeñas partes del sistema, como la forma en que los incentivos podrían afectar la conducta de los administradores, pero no sobre la manera en que estas pequeñas partes encajaban entre sí. Desde luego, una dificultad fue que la corriente principal de la profesión había sido absolutamente incapaz de darse cuenta de que una crisis era probable —o incluso inevitable— porque no tenía cabal conciencia de lo que sucedía en el sector financiero ni de por qué podría ser importante. Aunque un grupo comparativamente pequeño de economistas (de los cuales, seguramente Nouriel Roubini fue quien proporcionó un pronóstico más detallado de lo que se avecinaba) había previsto públicamente la crisis, la realidad era que los modelos macroeconómicos dominantes *habían* fomentado una ceguera en relación con los problemas que, a fin de cuentas, resultaron ser críticos.

Sin embargo, la mayor dificultad de los economistas fue que la crisis tenía una dimensión moral. Aun cuando quienes apoyaban el capitalismo de libre mercado habían sido capaces de recurrir, antes de la crisis, a la teoría económica para sostener que los mercados libres y competitivos eran eficientes y que la intervención gubernamental podría ocasionar que con frecuencia los mercados se desempañaran mal, el argumento sobre el capitalismo de libre mercado era de índole moral, y no estaba sujeto a la teoría económica. El argumento moral era que la gente tenía derecho a lo que pudiera obtener en el libre mercado, incluso si se trataba de una remuneración de varios millones de dólares por hacer nada o casi nada. También se consideraba un argumento moral que los impuestos fueran una intromisión en la propiedad privada. Aunque se reconociera que los gravámenes eran necesarios, pues se requerían para financiar algunos servicios públicos —y como creían en el Estado benefactor, la mayoría de los europeos continentales (por lo menos en la "vieja" Europa) estaban dispuestos a tolerar niveles taxativos más altos que los estadunidenses—, seguían considerándose como una intromisión en la propiedad privada. Por lo tanto, cuando los déficits gubernamentales aumentaron radicalmente y los problemas relativos a los niveles de deuda nacional saltaron a primera plana en 2010, la idea generalizada fue que se debía dar por hecho que la solución implicaría recortes en el gasto público y no mayores impuestos, ya que—aunque la situación se debiera tanto a la caída impositiva producto de la recesión como a los paquetes de estímulos que se habían implementado— un incremento tributario sería moralmente inaceptable. Pero, para bien o para mal, hacía mucho tiempo que la profesión económica había dejado de intentar examinar cuestiones morales, pues desde mediados del siglo XX se había autodeclarado como una ciencia neutral desde el punto de vista de los valores morales.

Por consiguiente, la crisis del capitalismo que surgió en el periodo 2008-2009 estaba entrelazada con dos conjuntos de creencias morales, políticas e ideológicas. Por un lado, estaba la serie de convicciones de libre mercado que, según admitió el propio Allan Greenspan, ya no servían como argumento económico, pero todavía alimentaban las opiniones de la gente en relación con la legitimidad del Estado. Por el otro, estaba la ideología sobre la que se basó la consolidación posterior a la segunda Guerra Mundial, incluyendo la recuperación de la agitación política que sacudió a Europa en las décadas de 1920 y 1930, mejor conocida como socialdemocracia. El término que utilizaron los liberales alemanes después de 1945 para referirse al nuevo régimen económico—economía social de mercado—también expresa bien este segundo grupo de creencias. El mercado (capitalismo) era fundamental, pero no había duda (particularmente en Alemania, tras la experiencia del nazismo) de que era necesario que se controlara. Se consideraba que un Estado benefactor generoso, controlado por un gobierno representativo y democráticamente electo era tan importante para el éxito económico como los libres mercados. Más aún, el Estado benefactor era fundamental para garantizar la libertad; era parte de un paquete que podía evitar que se repitiera lo que había sucedido antes de la guerra. Aunque la economía social de mercado era un fenómeno alemán, había —a pesar de las diferencias— elementos prominentes de esta ideología socialdemócrata en la mayor parte del mundo desarrollado. Incluso en los Estados Unidos, a pesar de que los empresarios clamaran en contra de Roosevelt y denunciaran su *New Deal*, el capitalismo evolucionó después de la segunda Guerra Mundial para convertirse en una institución donde los mercados, la democracia y las prestaciones sociales parecían

sustentables. Ahora, tras la crisis financiera de 2008-2009 y de la crisis fiscal de 2010, las dos visiones estaban empatadas: había quedado demostrado que el capitalismo no funcionaba bien y se argumentaba que la socialdemocracia era insostenible.

LOS FUNDAMENTOS MORALES DEL CAPITALISMO

Paradójicamente, el reto por desarrollar una nueva base moral para el capitalismo nos lleva, tan directamente como la necesidad de políticas que eviten otra Gran Depresión, de nueva cuenta, a Keynes. Sería equivocado concluir que Keynes ya no es relevante, ahora que se considera que el apremiante problema es la reducción del déficit que pone en tela de juicio la asequibilidad del Estado benefactor. Por el contrario, está tan vigente como en la crisis de 2008 y 2009, pero es momento de recurrir a otro Keynes.

Keynes era un economista —incluso, un economista con una sólida preparación en matemáticas—, pero, a diferencia de la mayoría de los economistas modernos, también era un filósofo moral que desarrolló una visión del capitalismo que podría resultar valiosa el día de hoy. Desde su punto de vista, el capitalismo era inmensamente frágil, concepto interesante después de lo vivido en 2008 y 2009 y de las distintas crisis financieras, incluyendo la quiebra del mercado de valores de 1987, la crisis financiera asiática de 1997 y la burbuja del punto com en 2001. En el campo de la política era un liberal clásico, tan apegado a la libertad individual como el más ferviente libertario. A lo largo de su vida rechazó el socialismo y prefirió permanecer en el condenado Partido Liberal, ahora desaparecido, que sumarse al emergente Partido Laborista. Sin embargo, se mantuvo firmemente en la izquierda, buscando la manera de utilizar los recursos del Estado para crear una sociedad mejor. Y en una época que se ha vuelto suspicaz, e incluso cínica, en lo que a soluciones fáciles se refiere, su escepticismo ante fórmulas simples y su apertura pragmática a una serie de soluciones da a su obra un tono contemporáneo.

La resonancia que tienen las ideas de Keynes en las inquietudes actuales no debería sorprender a nadie. Cuando pensamos en Keynes, nuestra mente se dirige en primera instancia a la Gran Depresión. Sin embargo, todo el periodo transcurrido entre 1914 y 1945 se caracterizó por la agitación, y tanto los economistas como los formuladores de políticas se vieron obligados a hacer frente, no sólo al problema del desempleo, sino a ciclos económicos violentos, hiperinflación, crisis financieras, deflación y al desmoronamiento del comercio mundial. La generación que vivió en la década de 1970 no fue la única que tuvo que aprender la importancia de las expectativas inflacionarias; en 1920, todos los economistas —en cuyas obras se basó Keynes— tenían absoluta conciencia del problema.

No es ninguna coincidencia tampoco que Keynes haya atacado de manera explícita el problema de la legitimidad del capitalismo; vivió en la época en la que más duramente en la historia se ha cuestionado ese sistema. Quizá la materia sistemas económicos comparados, en la que los estudiantes confrontaban el capitalismo y el socialismo, date de la década de 1960, cuando la Guerra Fría había alcanzado su cúspide, pero los europeos de la generación de Keynes tenían mayores motivos para pensar que el capitalismo podría no sobrevivir y que no debía darse por descontado. La tarea de hacer una reforma era mucho más urgente entonces

que cuando el capitalismo parecía estar funcionando bien, como en las décadas de 1950 y 1960: aunque durante la mayor parte del periodo que siguió a la segunda Guerra Mundial la Unión Soviética podría muy bien haber representado una grave amenaza militar, en la guerra ideológica no llevaba la delantera.

Por lo tanto, Keynes nos ofrece una visión del capitalismo en la que los análisis económico y moral están totalmente entrelazados. Entendió la importancia de la libertad, tanto en los mercados como en la política, pero no se hizo la ilusión de que los mercados siempre funcionarían a la perfección. Por el contrario, sostenía que el capitalismo era un sistema muy imperfecto que requería de la intervención gubernamental para operar adecuadamente. Del mismo modo, aun cuando la libertad era un valor fundamental, Keynes no veía la competencia como un ideal moral; a la inversa: era moralmente cuestionable pero, al mismo tiempo, esencial. No negaba la legitimidad de los ingresos privados —adquiridos a través de los mercados—, pero tampoco condenaba la intervención estatal (ni siquiera la imposición tributaria) como inmoral en sí misma.

Para Keynes —como se explicó en el capítulo III— el problema radicaba en que, para conservar su legitimidad, el capitalismo tenía que ser sumamente exitoso desde el punto de vista material. Sin embargo, como tendía a desviarse hacia la inestabilidad y sufrir prolongados periodos de desempleo masivo, era difícil sostener esa legitimidad que, como es natural, se cuestionó más que nunca en el periodo entreguerras, caracterizado por una inestabilidad económica que no se había visto jamás. A Keynes le disgustaba la avaricia en la que veía la motivación de muchos capitalistas, pero estaba convencido de que era el sistema que ofrecía el mayor potencial para la libertad personal y el bienestar material. La dificultad radicaba entonces en cómo lograr que el capitalismo fuera más estable y, en consecuencia, capaz de brindar esos otros beneficios.

Keynes no era ingenuo respecto a este problema. Tenía claro que, por su propia esencia, el capitalismo necesitaba que los empresarios tuvieran un alto espíritu animal —el optimismo espontáneo— para que se pudiera alcanzar el éxito requerido para afianzar su legitimidad. Nunca argumentó que el Estado pudiera manejar el capitalismo mejor que los capitalistas, pero sí creía que las bajas tasas de interés y un sistema de obra pública cuidadosamente planificado podrían estabilizar la inversión privada. Reconoció que una política de esta naturaleza podría fracasar si generaba ansiedad entre los inversionistas, lo que hacía aún más evidente que el problema de preservar el capitalismo era un problema moral y no un problema de ingeniería. El Estado tenía un papel que desempeñar en la estabilización del espíritu animal, pero cómo lograrlo exactamente era algo que todavía habría que averiguar. Keynes no hizo un llamado para que el Estado hiciera lo que la iniciativa privada podía hacer mejor por sí misma; tampoco para que se ocupara de afinar la economía.

El papel del Estado

El argumento a favor del *laissez-faire* —que propone dejar que la iniciativa privada siga adelante con la tarea de hacer dinero— se basa en el supuesto de que, en la consecución de sus propios intereses, los hombres de negocios emprenderán tareas que beneficiarán a la

sociedad. Los capitalistas tendrán ganancias pero, en el proceso, crearán empleos y producirán bienes que la gente quiere comprar. Sin embargo, incluso antes del golpe de la Gran Depresión, Keynes ya tenía sus dudas sobre este postulado y escribió: "el gran capitán de la industria, el maestro del individualismo, que nos sirve al servirse a sí mismo se está volviendo, como lo hace cualquier artista […] un ídolo sin brillo. Cada vez dudamos más que sea él quien nos está guiando de la mano hacia el paraíso".[3] Del mismo modo, después de la crisis de 2008, aunque seamos escépticos en relación con el Estado, tenemos buenas razones para dudar que el mundo se pueda dejar en manos de la libre empresa. En el ensayo del que se toma la cita, *The End of Laissez-Faire* (1926), Keynes busca principios adecuados para determinar el papel del Estado en un mundo en el que no tenemos confianza ni en el capitalismo desregulado ni en el socialismo.

Su punto de partida era la afirmación de que la división entre lo que él llamaba la agenda y la no agenda del Estado no podía determinarse sobre bases abstractas. La opción entre individualismo y socialismo estatal era falaz porque pasaba por alto cómo funcionaban a detalle las instituciones, que son de un tamaño intermedio entre el individuo y el Estado. Keynes sostenía que los socialistas se equivocaban al nacionalizar la industria para producir bienes más eficientemente que la empresa privada. Más bien, el Estado debería dedicarse a cosas que el sector privado no pudiera hacer:

> La *Agenda* más importante del Estado se relaciona no con esas actividades que los individuos particulares ya están realizando, sino con esas funciones que caen fuera de la esfera del individuo, con esas decisiones que *nadie* toma si no las toma el Estado. Para el gobierno lo importante no es hacer lo que los individuos ya hacen, y hacerlo un poco mejor o un poco peor, sino hacer lo que actualmente no se está haciendo para nada.[4]

Su ejemplo principal de algo que sólo podía hacer el Estado era mitigar los efectos del riesgo, la incertidumbre y la ignorancia que convertían los negocios en una lotería y creaban grandes disparidades de riqueza. El Estado debería controlar el dinero y el crédito, y difundir información para reducir la incertidumbre. Su segundo ejemplo iba más allá: el control del ahorro y la inversión. Era necesario que esto abarcara la decisión, por un lado, de cuánto se debería ahorrar e invertir y, por el otro, de cuánta inversión debería de salir al extranjero y cuánta permanecer en el país.

En los últimos dos libros de Keynes sobre teoría económica, el *Tratado sobre el dinero* y la *Teoría general*, se observa la influencia de sus propias reflexiones publicadas en *The End of Laissez-Faire*. En el *Tratado* luchó largamente, y sin éxito, con la pregunta de cómo coordinar, mediante una mejor política en materia de tasas de interés, las decisiones que toman ahorradores e inversionistas, cada uno por su parte. De hecho, este esfuerzo infructuoso definió la naturaleza de su "fracaso artístico". Sin embargo, una vez que, en su camino hacia la *Teoría general*, descubrió un mecanismo para explicar la manera en que la producción fluctúa, dejó de batallar con este problema. Dedujo que cuando los niveles esperados de ahorro e inversión no son iguales, la contracción o expansión de la economía eventualmente hará que se recupere el equilibrio.

Resuelta esta interrogante, la atención de Keynes se centró en otra inquietud sobre el comportamiento del empresario: su temor ante la incertidumbre y los bajos niveles de inversión que éste ocasiona. En la argumentación que hace en el *Tratado*, lo había atado de

pies y manos no sólo su inhabilidad para encontrar una solución al problema de cómo equilibrar el ahorro y la inversión, sino además su "mentalidad de fórmula mágica": pensó que cambiar las tasas de interés era la solución obvia y se negó a considerar seriamente que el miedo de los capitalistas ante un futuro incierto también pudiera ser un factor de freno. Para darse cuenta de cómo lo cegaba su propio enfoque mecanicista cuando terminaba de escribir el *Tratado*, basta con observar sus vehementes esfuerzos por disuadir a Pigou de exactamente esta explicación cuando este último declaró ante el Comité Macmillan en 1930. Sin embargo, cuando entendió la importancia del multiplicador y se valió de esto para desarrollar su teoría sobre la demanda efectiva, pudo dejar de preocuparse por el equilibrio entre ahorro e inversión y regresar a su inquietud anterior: los efectos perjudiciales de la incertidumbre.

Desde luego, como ya se mencionó, en cuanto Keynes fijó su atención en esta nueva dirección, dejó inmediatamente atrás su "mentalidad de fórmula mágica". Esperaba que fuera posible utilizar las obras públicas como una especie de contrapeso para estabilizar las expectativas de los inversionistas. Éste es un papel distinto del que generalmente se asocia a su nombre, pues a partir de 1933 dejó de defender los déficits gubernamentales como medio para alcanzar esa meta. Además, siempre creyó que, a fin de cuentas, la solución al problema del capitalismo estaba en el comportamiento de los capitalistas y no en facilitar que el Estado se apoderara de la economía. Como cabía esperar de un inveterado liberal, encontró el argumento para que el papel del Estado fuera complejo y matizado, no audaz y simplista. En resumen, la solución al problema de mantener la legitimidad del capitalismo era de índole *moral;* no de índole mecánica.

La relevancia de Keynes en la actualidad

Entonces, ¿qué relevancia tiene hoy Keynes, ahora que la preocupación sobre una nueva Gran Depresión ha dado lugar a una inquietud sobre la deuda gubernamental y el nivel de gasto público? Probablemente encontremos su crítica moral atractiva, pero sus detractores sostienen que Keynes está desacreditado y que deberíamos reconocer que su enfoque del manejo de la economía para garantizar la perpetuidad del pleno empleo es una quimera; aunque los sucesos de los últimos cuarenta años han probado de manera decisiva que están equivocados. El gasto gubernamental y los déficits fiscales son el problema, no la solución. La estabilidad se debe alcanzar a través de la austeridad y del desmantelamiento del Estado benefactor inasequible. Lo anterior representa un regreso a las posturas y políticas de la década de 1920 y principios de la década de 1930, cuando se hacía un llamado a favor de recortes en el gasto público para restablecer la confianza. Tan es así que, incluso en 1932, mientras el mundo estaba sumido en la Gran Depresión, el propio Roosevelt basó su campaña electoral para la presidencia sobre la plataforma de un presupuesto equilibrado. Esta visión de las políticas está respaldada por teorías económicas en las que los agentes son totalmente racionales, operan en mercados perfectos y sin fricción, y su comportamiento está dominado por las expectativas a futuro. En este tipo de teorías, donde se asume que los mercados funcionan a la perfección y los agentes del sector privado son casi omniscientes, se entiende —prácticamente de manera inexorable— que, si en lugar de dar carta blanca a la empresa privada, el gobierno interviene, sólo será

para empeorar las cosas. Todo parece indicar que el mundo ya dio la vuelta completa.

Si Keynes fuera el Keynes sobre el que el mundo fijó la mirada en la década de 1960 —si fuera el paladín de ajustar el déficit con cambios en las tasas impositivas y el gasto público para garantizar un alto nivel de demanda agregada y pleno empleo continuo— sería difícil defender un regreso a sus teorías y políticas. Las limitaciones impuestas por los mercados de bonos y las dudas sobre la capacidad de los gobiernos de implementar políticas eficazmente lo harían imposible. Los ataques libertarios a la confianza en que el gobierno podía, a pesar de todas sus fallas, ser más eficiente—que Keynes heredó de sus maestros— han sido tan efectivos que el keynesianismo de la década de 1960 simplemente ya no es factible desde el punto de vista político.

Sin embargo, existe un Keynes distinto, más a tono con nuestras inquietudes actuales. El Keynes que hemos presentado en este libro no es el planificador social comprometido con el uso del déficit gubernamental para mantener el Estado benefactor. Es un economista en muchos sentidos escéptico respecto al gobierno que consideraba que el capitalismo individualista era fundamental para la libertad y que podría hacer el elogio de *The Road to Serfdom* (1944) de Friedrich Hayek, el libro que durante muchos años ha servido de manifiesto de la economía de libre mercado. Keynes pensaba que, aunque el capitalismo era esencial, tenía fallas, y que era necesario encontrar la manera de librarlo de su defecto principal: la incapacidad de estabilizar la inversión. En su búsqueda por mantener la inversión y no sólo estimular el consumo para compensar la falta de inversión, adoptó una visión de largo plazo con la que deberían estar de acuerdo tanto aquellos a los que les preocupa el déficit —pues no hay nada insostenible en contraer deuda para financiar una inversión productiva— como quienes son conscientes de que es indispensable invertir en tecnología más verde.

Desde luego que lo anterior deja abierta la pregunta de cómo defender las teorías keynesianas de los argumentos técnicos de sus críticos. Aquí encontramos un abanico de respuestas. La respuesta “fundamentalista” es regresar a las páginas de su *Teoría general* para recuperar la “verdadera” teoría keynesiana. Keynes —dice el argumento— reconoció que el mundo era —para utilizar un término que él mismo nunca usó— “no ergódico”; es decir, no se repite a sí mismo. En consecuencia, los agentes económicos se enfrentan a una incertidumbre que no se puede reducir a probabilidades medibles, argumento que, si se toma seriamente, implica el rechazo rotundo del tipo de modelos matemáticos que ha dominado en la disciplina económica desde la segunda Guerra Mundial. En este orden de ideas, las teorías que se han utilizado para criticar a Keynes simplemente se pueden tachar de inapropiadas para el mundo en el que vivimos.

Una respuesta distinta es intentar crear nuevas teorías; partir de ideas y métodos económicos contemporáneos para crear modelos que expliquen por qué los mercados no logran generar pleno empleo. En este sentido, Joseph Stiglitz ha vuelto la mirada hacia el concepto de la información asimétrica, según el cual, algunas personas saben más que otras. Sus modelos implican matemáticas avanzadas y se basan en supuestos sumamente abstractos. Sin embargo, han sido utilizados para impugnar algunas de las intuiciones básicas sobre las que descansan las teorías del libre mercado, como la noción de que, en un mercado competitivo, el precio siempre se ajustará para que la oferta sea igual a la demanda. El principio de que el precio de algo aumentará si la demanda excede la oferta (o caerá si hay

menos demanda que oferta) puede parecer obvio, pero puede ser —como lo ha demostrado Stiglitz— un discernimiento engañoso. Una vez aceptada esta conclusión, desaparecen las objeciones teóricas a la economía keynesiana, pues no hay una alternativa para remplazarla que marche sobre ruedas.

Otro enfoque tiene que ver con lo que se ha llamado "economía conductual", que contempla utilizar nuevas fuentes de evidencia, como experimentos, para establecer la forma en que realmente se comportan las personas en distintas circunstancias. Por ejemplo, George Akerlof y Robert Shiller han utilizado los métodos de economía conductual para alimentar la noción de Keynes del espíritu animal: el impulso de hacer algo en lugar de nada. Estos economistas han cuestionado la idea de que la gente es absolutamente racional, ofreciendo un camino diferente para llegar a las conclusiones de Keynes.

¿Cómo responder a visiones tan distintas de la economía keynesiana? Tradicionalmente se ha buscado la manera de descubrir la teoría esencial entre los muchos cambios de opinión de Keynes y en la gran abundancia de argumentos que presenta en su *Teoría general*. Nuestro enfoque es diferente; en lugar de considerar que la ambigüedad y flexibilidad de la obra de Keynes son un problema, creemos que son la clave para entenderlo mejor. Keynes no estaba intentando establecer una nueva ortodoxia; por el contrario, cuestionaba cualquier ortodoxia y defendía una revolución permanente. Es evidente que había algunos puntos con los que estaba comprometido. Los más significativos eran que el sistema económico no podía ajustarse a sí mismo porque no podía generar el nivel de inversión adecuado y que el gobierno debía asumir la responsabilidad de conducir la economía. Había además ideas específicas a las que concedía importancia, pero éstas no bastaban para definir una teoría económica única, lo que dejaba la puerta abierta para que se desarrollaran teorías relevantes para nuevas situaciones.

Una barrera para comprender a Keynes es la idea de que su teoría debe entenderse como postulados que ofrecen una fórmula simple para saber exactamente qué hacer. Sin embargo, esto implica adoptar la mentalidad de fórmula mágica que el propio Keynes había ya abandonado en la *Teoría general*. Sí elaboró una teoría que explicaba a los gobiernos qué pasos había que seguir para salir de la Gran Depresión, pero en cuanto las circunstancias cambiaron, Keynes cambió de opinión. Aunque su análisis de la inflación durante la segunda Guerra Mundial y sus planes para un nuevo orden económico internacional después de la guerra ciertamente reflejaban las ideas que aparecen en la *Teoría general*, también sobrepasaban la obra. Seguramente, si hubiera vivido más tiempo, su pensamiento habría evolucionado en concordancia con las nuevas circunstancias. Era fundamental no permitir que se desarrollara una ortodoxia encostrada. En palabras de su amigo del Grupo de Bloomsbury, Roger Fry: "Siempre he visto mi sistema con cierta suspicacia. Reconozco que si alguna vez forma una costra demasiado sólida podría impedir el paso de experiencia fresca".[5] Es justo conjeturar que habría sido tan crítico de una ortodoxia basada en su obra, como lo fue de la ortodoxia que atacó y definió ampliamente en la *Teoría general* como teoría "clásica".

No obstante, quizá el mayor obstáculo para entender a Keynes y aprender de él sean esas lánguidas formas en que la gente habla hoy en día del capitalismo. Las defensas de este sistema parecen ser variantes de un argumento similar: hay *laissez-faire* o hay comunismo. En el mundo polarizado en el que vivimos actualmente, a principios del siglo XXI, a muchas personas les resulta casi imposible imaginar que uno pudiera estar a favor del capitalismo y al

mismo tiempo creer que no siempre funciona bien. De hecho, este tipo de idea permea a tal grado que es difícil pensar en un defensor contemporáneo del capitalismo que esté dispuesto a admitir la posibilidad de que éste necesite ser regulado o no logre cumplir lo que ofrece. Este tipo de elogio acrítico es particularmente frecuente en los Estados Unidos, pero tiene seguidores en muchos países.

Desafortunadamente, incluso quienes desde la izquierda quieren mantener el capitalismo, reformándolo, parecen ser incapaces de elaborar un argumento convincente para contrarrestar la retórica de "todo o nada" de la derecha libertaria. Como dice Tony Judt en la cita que aparece con anterioridad en este mismo capítulo, la izquierda parece no poder encontrar un discurso para explicar la necesidad de una democracia social. Una vez que se comparó la magnitud de los paquetes de estímulos de 2009 con la pérdida de ingresos tributarios originados por la recesión y se reveló el enorme incremento en los niveles de deuda nacional, la derecha libertaria no tardó en atacar la sustentabilidad a largo plazo del Estado benefactor. En vano uno espera la respuesta de la izquierda a estos ataques al Estado-nación moderno; parecería que no pueden creer que haya quienes planteen preguntas sobre la necesidad de que el Estado benefactor continúe. Pero si Judt tiene razón, los socialdemócratas tienen que defender su postura sólida e innovadoramente.

Ya hemos dicho que la obra de Keynes quizá no sea el mejor lugar para buscar argumentos a favor del Estado benefactor, pues éste no era una de sus pasiones. A pesar de la idea generalizada que alguna vez circuló, sus escritos no apoyan la prolongación de déficits eternos para estabilizar la economía o para financiar el Estado benefactor. Keynes no proporciona una solución (o soluciones) para la crisis actual; lo que sí ofrece —y probablemente sea más importante— es una manera de ver más allá de la idea obtusa que ha prevalecido sobre el capitalismo en las últimas décadas. Las caricaturas de Keynes, que abundan en el debate público, son una buena representación de la retórica unidimensional que parece fluir de ambos lados del espectro político. En cambio, aunque sólo sea porque brinda una visión del capitalismo que trasciende las alternativas simplistas a nuestro alcance, vale la pena tomar en serio la posición de Keynes que dicta que, aunque seguramente el capitalismo sea el mejor sistema disponible, tiene problemas morales internos y su legitimidad se ve amenazada por su propia tendencia a la inestabilidad y a altos niveles de desempleo. Si una comprensión de esta naturaleza condujera a nuevos y más matizados entendimientos de los límites y potenciales del capitalismo, lo más probable es que John Maynard Keynes estaría muy satisfecho, pues una evolución de ideas así representa exactamente el tipo de revolución perpetua en el pensamiento que, desde su perspectiva, sería indispensable mientras el capitalismo se mantuviera como un sistema viable.

[1] D. MacKenzie, *An Engine Not a Camera*, p. 150.

[2] T. Judt, *Ill Fares the Land: A Treatise on Our Present Discontents*, p. 34. Elaboración de un argumento resumido en *What Is Living and What Is Dead in Social Democracy?*

[3] *JMK*, vol. 9, p. 287.

[4] *Ibidem*, p. 291.

[5] Citado en Goodwin, *The Art of an Ethical Life…*, *op. cit.*, p. 235.

DOCUMENTACIÓN DE LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA

Un ensayo bibliográfico

En las primeras líneas del prefacio de su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* Keynes escribió: “Dirijo este libro especialmente a mis colegas economistas, aunque espero que sea comprensible para quienes no lo son”. Nuestra aspiración es exactamente la opuesta. Escribimos este libro para el público en general, con la esperanza de que también aporte algo a nuestros colegas economistas. Como hemos tratado de evidenciar, originalmente Keynes fue generoso al apoyar a muchos intérpretes distintos de su obra y, durante la última década de su vida, no trató de proporcionar una interpretación definitiva de la *Teoría general* y cerrar así los debates sobre la economía keynesiana. En cambio, se desarrollaron una serie de ortodoxias, iniciadas por otros, cada una de las cuales clamaba el título de verdadero keynesianismo. Así, después de una reunión con economistas en Washington, en 1944, Keynes comentó: “me di cuenta de que era el único ahí que no era keynesiano”.[1] En la elaboración de nuestra explicación sobre Keynes, claramente nos hemos beneficiado de muchas interpretaciones que captan algo importante sobre su obra, pero no hemos atestado el texto de referencias a otras interpretaciones, pues preferíamos que la nuestra se sostuviera por sí misma. El presente ensayo llena este vacío al indicar cómo nuestra visión de Keynes encaja con la de otros y, por consiguiente, sirve para agradecer algunas de nuestras deudas intelectuales. Por otro lado, el hecho de que la revolución keynesiana haya sido uno de los principales acontecimientos intelectuales del siglo XX significa que, para conocer el contorno del paisaje creado por su pensamiento, necesitamos saber cómo se ha interpretado a Keynes, y esto también es relevante.

Analizar la bibliografía sobre Keynes es una tarea de enormes proporciones. El propio Keynes fue prolífico. Dejó tanto material que aun cuando la recopilación que la Royal Economic Society hizo de sus obras tenga treinta volúmenes, hay muchísimo que no está compilado, incluso textos indispensables para entenderlo en toda la amplitud de su contexto. También la bibliografía sobre Keynes es inmensa y muy diversa. Gran parte de ella no guarda relación con Keynes en su carácter de personaje histórico, sino que lo incluye para defender nuevas formas de desempeñar la disciplina o de argumentar en contra de ellas. En este sentido, Keynes cumplió su deseo de que muchas personas trataran de formular nuevos sistemas con base en su obra. A eso se debe que la bibliografía sobre este economista sea tan grande: la publicación de nuevos libros y artículos sobre él prácticamente ha generado una nueva industria.

LA BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

Los estudiosos de Keynes tienen la fortuna de contar con una edición bien hecha y bellamente

producida de la recopilación de sus escritos, *Collected Writings*, que incluye, además de los diez libros que publicó a lo largo de su vida, distintos ensayos y otras obras breves importantes —por lo menos una de los cuales, *Two Memoirs*, se publicó póstumamente (1947)—, artículos periodísticos, memorandos, cartas y libros blancos que escribió mientras trabajaba en el gobierno, reseñas de libros, transcripciones de emisiones radiofónicas, un voluminoso intercambio epistolar con todo tipo de personas, y mucho más. La inclusión de su correspondencia y de los primeros borradores de la *Teoría general* en *Collected Writings* ha sido un premio inesperado para los historiadores, pues permite seguir paso a paso y con gran detalle la evolución de sus ideas y ha producido una gran cantidad de bibliografía indirecta, la cual tuvo un auge a finales de la década de 1970 y en la década de 1980, cuando una serie de documentos clave se hicieron más ampliamente disponibles.

La mayoría de los materiales que no están incluidos en *Collected Writings* se pueden consultar en el Acervo Keynes, depositado en el Archivo Moderno de King's College, en la Universidad de Cambridge, y accesibles también de manera íntegra en microficha. Entre estos documentos está la correspondencia con su esposa, Lydia, que se publicó parcialmente en un volumen editado por sus sobrinos Polly Hill y Geoffrey Keynes,[2] aunque todavía hay suficientes cartas para publicar algunos volúmenes adicionales. Lo mismo sucede con el intercambio epistolar de Keynes con su amigo Lytton Strachey durante sus años de estudiante, que no está publicado. Estas cartas contienen considerables reflexiones sobre los intereses homosexuales de su juventud, incluyendo su cándida teoría de lo que ambos llamaban "alta sodomía".

Estas piezas de la correspondencia son fundamentales para entender a cabalidad su vida y obra, como también los son sus primeros intercambios epistolares y sus ensayos estudiantiles sobre la filosofía de la probabilidad. De hecho, algunas de las cartas necesarias para armar el rompecabezas de la evolución de sus ideas iniciales sobre la teoría de la probabilidad están entreveradas en la correspondencia con Strachey. Sin embargo, los escritos más importantes de su juventud que no están publicados son una serie de ensayos que escribió para leer a los Apóstoles los sábados por la noche; los más relevantes son aquellos que tratan directamente el tema de la probabilidad o las cuestiones de teoría moral a las que debe su interés en la probabilidad.

El último trabajo que debe incluirse aquí —aunque en realidad no lo haya escrito Keynes— es el conjunto de apuntes que sus alumnos tomaron de sus clases entre 1931 y 1935 y que compiló y editó Thomas Rymes (1989). Las notas de distintos alumnos se fusionaron para crear un juego de apuntes "representativo", y son indispensables para analizar la evolución de algunas ideas específicas en la *Teoría general*, pues no era raro que Keynes se basara en monotipos y pruebas de galera de secciones de sus libros, que él mismo pagaba, para dictar sus clases. Con frecuencia el material de esas versiones era totalmente revisado en borradores posteriores del libro, pero a falta de fotocopiadoras, Keynes utilizaba monotipos y pruebas de galera para difundir ampliamente sus ideas y recibir retroalimentación. Muchas de estas galeradas se reproducen en los volúmenes 13 y 14 de *Collected Writings*.

BIOGRAFÍA

El biógrafo oficial de Keynes fue Roy Harrod, cuya *Life of John Maynard Keynes* fue publicada en 1951; es decir, apenas cinco años después de la muerte del economista, cuando la *Teoría general* era central en los debates sobre teoría económica y todavía se estaban formulando los argumentos a favor de las políticas keynesianas. Comprometido con la causa keynesiana, la biografía de Harrod buscaba promover la revolución keynesiana presentando a Keynes como una figura que podía servir de inspiración para la nueva generación. Aunque tuvo acceso a la mayoría de sus documentos (algunos se descubrieron mucho tiempo después, como los que aparecieron en un cesto de ropa sucia en su casa de campo), fue selectivo en el uso del material: no sólo vivía aún la madre de Keynes cuando el libro salió a la luz, sino que no hubiera sido útil para la causa de la revolución keynesiana revelar su homosexualidad (un crimen que en ese entonces seguía siendo castigado con cárcel), su carácter de objetor de conciencia durante la primera Guerra Mundial o el grado de su participación en el Grupo Bloomsbury. Era mejor pasar todo esto por alto como si fueran indiscreciones de juventud que no tenían nada que ver con el Keynes de la madurez.

El relato de la vida de Keynes hecho por Harrod fue la versión definitiva durante más de cuarenta años, y no fue cuestionada hasta que Robert Skidelsky, un politólogo que había escrito prolíficamente sobre la década de 1930, se interesó en Keynes. El primero de sus tres volúmenes apareció en 1983. La historia se interrumpía en 1920 y mostraba al Keynes de Bloomsbury con todo y sus "indiscreciones" juveniles. En el segundo volumen (1992) retrató a un Keynes maduro para el que Bloomsbury era parte fundamental de la vida. Sin embargo, la primera biografía completa desde la de Harrod fue *Maynard Keynes: An Economist's Biography* (1992), de Donald Moggridge, quien había desempeñado una función importante en la edición de *Collected Writings*. El subtítulo hacía alusión no sólo a que la biografía había sido escrita por un economista, sino también a que se analizaba a Keynes en su calidad de profesional de la economía. Bloomsbury fue importante para Keynes, aunque no fue la influencia intelectual más significativa. Moggridge se enfocó en la participación constante de Keynes en las discusiones de políticas gubernamentales a lo largo de su vida, y el papel que había desempeñado durante la segunda Guerra Mundial. El tercer volumen de Skidelsky (2000) —cuyo subtítulo para la Gran Bretaña fue "Fighting for Britain" y, para los Estados Unidos, "Fighting for Freedom"— completaba la vida del personaje. Más adelante, en 2003, se publicó una versión resumida de la obra que ocupaba un solo volumen, como había sido la idea original.

Aunque son muchas las biografías, los estudiosos de Keynes se han centrado, en gran medida, en las interpretaciones discrepantes en las biografías de Moggridge y Skidelsky (véase, por ejemplo, Blaug 1994, Laidler 2002, Moggridge 2002). En 1947, Austin Robinson, colega de Keynes, escribió un largo texto biográfico con carácter de obituario para el *Economic Journal*. Este excepcional texto capta claramente el interés de Keynes en desarrollar una teoría económica que pudiera ser utilizada para diagnosticar con precisión los malfuncionamientos económicos del capitalismo en las décadas de 1920 y 1930. Pero hay otros libros biográficos. Charles Hession (1984) intentó interpretar la vida y obra de Keynes a través del lente de lo que él llama la "androginia" de Keynes. La biografía de David Felix (1995, 1999) no es de Keynes *per se* sino más bien de la *Teoría general;* escrita como "la biografía de una idea" también encaja en otra categoría: la bibliografía antikeynesiana que, en

contraposición a todo el tributo que se rinde a la grandeza de Keynes, busca criticar y deslegitimar su obra. Entre otras introducciones más recientes a la vida y obra de Keynes están las de Toye (2000), Dostaler (2007), Cord (2007), y Davidson (2007). Además, hay lo que podríamos llamar una avalancha de artículos en revistas y un enorme volumen de ensayos sobre Keynes —muchos en conmemoración de algún aniversario— que cubren temas que abarcan desde reinterpretaciones de la teoría keynesiana hasta su punto de vista sobre el tema de razas. Solamente el 70 aniversario de la publicación de la *Teoría general* produjo al menos seis volúmenes de este tipo de textos.

Economía

Como se explica en el capítulo II, en cuanto salió a la luz, la *Teoría general* fue tema de amplias discusiones. La mayor parte de la bibliografía de esa época implicaba el uso de modelos matemáticos para dar sentido a los argumentos de Keynes y para relacionarlos con otras teorías económicas (véase Young, 1987) y sólo interesa a especialistas. Sin embargo, es importante porque sentó las bases de lo que, para la década de 1960, se había convertido en la ortodoxia keynesiana, que sirve de telón de fondo en los análisis subsecuentes de la obra de Keynes. Un ejemplo representativo de estos textos es *The Keynesian Revolution* (1947) de Lawrence Klein (originalmente una tesis doctoral de MIT dirigida por Paul Samuelson). Para la generación de Klein, Keynes era el economista que había aportado un nuevo sistema teórico que podía traducirse en un simple modelo matemático y ofrecía un mecanismo para mantener el pleno empleo a través de cambios en el gasto gubernamental y la imposición tributaria. Si las economías capitalistas pudieran resolver el mal del desempleo, podrían abandonar el sistema de precios y seguir adelante con la asignación de recursos. Esto es lo que Samuelson, en la edición de 1955 de su exitoso libro de texto *Economics*, llamó “la síntesis neoclásica”.

No todo el mundo aceptó este punto de vista sobre Keynes. Por ejemplo, Sidney Weintraub desarrolló un modelo que incluía la consideración de la distribución del ingreso como elemento clave del modelo “keynesiano”. Una crítica mucho más significativa del keynesianismo de síntesis neoclásica se encuentra en otro libro que derivó de una tesis doctoral: *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes* (1968) de Axel Leijonhufvud. El título resume la tesis: lo que se había llegado a considerar economía keynesiana (la síntesis neoclásica de Samuelson) no era la economía que se encontraba en Keynes. El punto de vista generalizado era que la economía keynesiana trataba de lo que sucedía cuando los salarios eran inflexibles. Como dijo Don Patinkin (1965), otra figura importante en el establecimiento de la consideración estándar, la economía keynesiana hablaba del efecto de que los salarios no se ajustaran con rapidez suficiente para eliminar el desempleo en un lapso socialmente aceptable. Incluso si esto implicaba que la economía keynesiana era un caso especial de economía “clásica”, era un caso especial relevante para el mundo en que vivimos.

El problema con la interpretación de la síntesis neoclásica, argumentó Leijonhufvud, era que Keynes dejó en claro que el objetivo de su libro era *desmentir* la idea de que el desempleo se debiera a salarios demasiado altos. En cambio, continuó, el origen del

desempleo es la incapacidad de los mercados financieros de establecer una tasa de interés que coordine las decisiones de ahorradores e inversionistas. El ahorro se da cuando la gente quiere posponer su gasto; la inversión, por su parte, busca crear recursos de capital que produzcan ingresos en el futuro. Lo anterior significa que el desempleo keynesiano debería ser visto como un fracaso de coordinación intertemporal. La economía keynesiana tenía que ver, según sostenía el propio Keynes, con el caso general, donde los mercados no tenían ningún mecanismo para garantizar que la oferta y la demanda siempre se mantuvieran en equilibrio. (Hay mercados en los que la oferta y la demanda coinciden siempre, el ejemplo obvio es el mercado de valores. No obstante, estos mercados son la excepción que confirma la regla, pues son sumamente centralizados y los rigen normas muy detalladas de operación.)

Más o menos en esa misma época, la economía keynesiana sufrió el ataque de los economistas del libre mercado. La serie televisiva (PBS) de Milton Friedman, *Free to Choose* (1980),[3] se contraponía a *The Age of Uncertainty* (1977) de John Kenneth Galbraith, una serie de corte keynesiano que se había transmitido tres años antes. Ambas series se convirtieron en libros exitosos. Si bien Friedman era el publicista más prominente del libre mercado, James Buchanan fue quien reexaminó las ideas de Keynes de manera más integral, en *Democracy in Deficit: The Political Legacy of Lord Keynes* (1977). Buchanan describió a Keynes como un defensor del gasto mediante déficit que había ayudado a debilitar lo que el propio autor de *Democracy in Deficit* llamaba nuestra "constitución fiscal", principio según el cual, salvo en tiempos de guerra, los gobiernos estaban obligados a equilibrar sus presupuestos. Al eliminar esta restricción para que el gobierno se comportara de manera responsable, Keynes, sostenía Buchanan, había desatado el caos inflacionario de la década de 1970.

En esa misma década surgió un grupo autodenominado "poskeynesianos". No era la primera vez que se utilizaba este término; aunque los primeros keynesianos lo habían hecho suyo en la década de 1950, ésta era la primera vez que denotaba un movimiento organizado que se rebelaba en contra de la ortodoxia de la disciplina. Lo encabezaban Joan Robinson, una de las keynesianas originales que, durante su juventud, en la década de 1930, había trabajado al lado de Keynes y que, en 1936, fue una de las primeras divulgadoras de la *Teoría general*; Paul Davidson, un alumno de Sidney Weintraub, y algunos jóvenes economistas a los que inspiraba la obra del grupo. Este grupo tenía una doble motivación: por un lado, objetaban los requerimientos técnicos impuestos por las revistas académicas más importantes en tanto que excluían su trabajo que, desde la perspectiva de los autores, era menos formal pero más realista, y por el otro, estaban en contra del abandono de políticas a favor del pleno empleo. Recurriendo a secciones de la *Teoría general* que, en su opinión, habían sido indebidamente olvidadas, enfatizaban que la obra de Keynes se ocupaba de un mundo en donde el tiempo y la incertidumbre desempeñaban papeles fundamentales, elemento que hacía inapropiadas las técnicas utilizadas por los economistas "neoclásicos" ortodoxos. Lo que se requería era una reconstrucción de la teoría económica, para citar el título de un libro de Jan Kregel, uno de los integrantes del movimiento poskeynesiano: *A Reconstruction of Economic Theory* (1973). Incluso hubo quienes llegaron a tacharlos de keynesianos "fundamentalistas". Aunque la identidad del grupo databa apenas de la década de 1970, el recuento que los poskeynesianos hacían de su propia historia —de manera notable John King (2002)— empezaba con la *Teoría general*. En esa misma época, George Shackle (1973) cifró las opiniones de Keynes en

relación con la incertidumbre, en las limitaciones del conocimiento humano que, argumentaba, eran consecuencia de la irreversibilidad del tiempo, y Hyman Minsky (1976) propuso una interpretación de Keynes que ponía todavía más énfasis en la inestabilidad de las finanzas modernas. Una alumna de Minsky, Victoria Chick (1983), que se convirtió en una poskeynesiana importante, ofreció una interpretación de la *Teoría general* que comprendía varias capas: en un nivel estaba el modelo IS-LM, pero conforme se levantaban estas capas iba surgiendo una teoría en la que el tiempo y la incertidumbre desempeñaban un papel cada vez mayor. Aunque tanto Shackle como Minsky expusieron ideas que concordaban con el poskeynesianismo y los poskeynesianos las usaron de base, estos dos autores mantuvieron posturas sumamente distintivas.

Uno de los intérpretes más significativos de Keynes en la década de 1970 fue Harry Johnson, un economista formado en Chicago y de alto perfil en la disciplina. Su interés en la sociología de la profesión económica lo condujo a interpretaciones innovadoras de la revolución keynesiana y de Keynes en relación con Cambridge. Su texto se publicó en *The Shadow of Keynes* (1977), al lado de los ensayos que su esposa, Elizabeth Johnson —una de las editoras de *Collected Writings* de Keynes—, escribió sobre el economista británico.

Durante la década de 1970, hubo otros economistas que estudiaron a Keynes desde una perspectiva más histórica. Un estímulo fundamental fue la publicación de volúmenes clave en *Collected Writings* que documentaban el proceso que siguió Keynes para escribir la *Teoría general*. Patinkin (1976, 1982) recurrió a ellos para hacer una reevaluación del pensamiento monetario de Keynes y trató de resolver la pregunta —aún sin respuesta— de si las ideas de Keynes habían sido posteriores a las de los economistas suecos y polacos. (Su conclusión fue en sentido negativo, en tanto que estas últimas teorías no incluían lo que, desde su punto de vista, eran las características fundamentales de la *Teoría general*, a saber: el multiplicador, los ajustes cuantitativos y el equilibrio del desempleo.) Una década más tarde, cuando el monetarista Allan Meltzer (1988) cuestionó la noción que prevalecía de Keynes al afirmar que su objetivo era muy limitado y consistía en estabilizar la inversión privada en un nivel más alto del que alcanzaría si el gobierno no hacía nada, Patinkin (1990) decidió responder diciendo que Meltzer estaba equivocado al pintar a Keynes como alguien enfocado en el potencial de la inversión privada para estabilizar la economía porque el interés primordial de Keynes radicaba en utilizar la política fiscal para erradicar el desempleo. Un punto central en su polémica era determinar si el capítulo final de la *Teoría general*, titulado “Notas finales sobre la filosofía social a la que podría conducir la teoría general” era, como podría sugerirlo el título, una idea de último momento o si había formado parte de lo que Patinkin llamaba el “mensaje central” del libro sobre la eficacia de la política fiscal. Si este último era el caso, Meltzer tendría más razón que Patinkin, pues en esta sección Keynes apenas toca la política fiscal y concede un papel protagónico a las políticas para estabilizar la inversión del sector privado. Patinkin sólo podía mantener viva la vieja consideración de que el tema de la *Teoría general* era el uso de la política fiscal para alcanzar el pleno empleo constante con el argumento de que este capítulo era periférico. No queda claro si esta postura convenció a alguien que no compartiera ya su opinión.

Más recientemente, después de la transformación de la macroeconomía que surgió con los nuevos clásicos economistas y sus sucesores, la revolución de Keynes se ha analizado a través

de la mirada de la economía neokeynesiana, que considera que la inamovilidad de salarios es causa del desempleo. Michael Woodford (1999) y Olivier Blanchard (2000) son algunos ejemplos. La ironía del esfuerzo por resucitar la economía keynesiana con base en la rigidez de los salarios no es poca si pensamos que, en gran medida, los escritos de Keynes de la década de 1930 se proponían dejar atrás las teorías que afirmaban que la inflexibilidad de los salarios servía para explicar el desempleo masivo.

Filosofía e historia

A partir de la década de 1970, cuando las ideas de Keynes pasaron de moda entre economistas y formuladores de políticas, hubo mayor interés en situar la obra de Keynes en su verdadero contexto histórico. Con la aparición de *Collected Writings* y los altibajos de la situación relativa de su obra como consecuencia del aumento de las críticas al keynesianismo ortodoxo, cabía preguntarse hasta qué punto esos ataques estaban dirigidos hacia lo que realmente había dicho Keynes. Durante las décadas de 1970 y 1980, uno de los argumentos principales en la bibliografía antikeynesiana era que Keynes y sus seguidores no habían sido capaces de entender en qué medida la conducta de las personas se veía afectada por sus expectativas respecto al futuro. Sus detractores sostenían, por ejemplo, que Keynes no había comprendido que la gente puede cambiar estas expectativas cuando el gobierno cambia sus políticas y que estos cambios servían para explicar el supuesto fracaso de las políticas keynesianas ante la estanflación de la década de 1970. Para cualquiera que conociera la *Teoría general*, ésta era una afirmación sorprendente, pues Keynes le dedicó mucho espacio al tema de las expectativas.

La inquietud de algunos estudiosos del keynesianismo por comprender mejor la perspectiva de Keynes respecto a la incertidumbre y las expectativas dio lugar a los primeros esfuerzos formales por estudiar su economía a la luz de sus tempranos intereses en filosofía de la probabilidad y, en particular, del trabajo que fructificó en su *A Treatise on Probability* (1921, *JMK*, vol. 8). Un problema interpretativo fundamental (que estudiaron tres tesis doctorales de la década de 1980 y que ha sido tema de estudio en bibliografía subsecuente) incluía la interrogante de si la respuesta de Keynes—posterior a la muerte del crítico— a los ataques que el filósofo Frank Ramsey (1931) hizo en contra de su trabajo sobre la probabilidad[4] había tenido algún efecto. Ramsey y Keynes eran conocidos cercanos, y Keynes parecía aceptar la crítica del filósofo, quien señalaba que las relaciones lógicas objetivas sobre las que el economista había basado su *Treatise on Probability*, simplemente no existían. Anna Carabelli (1988) opinó que Keynes nunca había sostenido una teoría de probabilidad objetiva y, por lo tanto, nunca cambió de opinión. Por su parte, Roderick O'Donnell (1989) pensaba que Keynes nunca aceptó realmente las críticas de Ramsey. Por el contrario, la postura de Bradley Bateman (1987, 1988, 1996) era que Keynes había aceptado las críticas de Ramsey, e intentó demostrar que este cambio de opinión servía para explicar por qué las expectativas habían desempeñado un papel tan pequeño —si es que alguno tenía— en el *Breve tratado sobre la reforma monetaria* (1923) y en el *Tratado sobre el dinero* (1930) y se habían vuelto fundamentales en la *Teoría general* (1936).

Otras interpretaciones sobre la influencia que los primeros trabajos de Keynes en el campo de la filosofía tuvieron sobre su obra posterior incluyen la de John Davis (1994), quien intentó ubicar a Keynes dentro de un marco más amplio, el de la filosofía de Cambridge a principios del siglo XX, y la de Donald Gillies y Grazia Ietto-Gillies (1991), quienes explicaron cómo, en trabajos posteriores de economía, Keynes se basó en la obra de Ramsey para desarrollar una teoría intersubjetiva de la probabilidad (según la cual la probabilidad depende de las creencias de una comunidad y no en las de los individuos). Sobre este tema, Mizuhara y Runde (2003) incluyen puntos de vista retrospectivos de muchos de estos autores y de otros que adoptaron estas ideas. *Cambridge Companion to Keynes* (2006), de Backhouse y Bateman, lo aborda como parte de un estudio más general —en el que su economía es el telón de fondo— sobre las influencias filosóficas en la obra de Keynes, desde su interés en la ética y la probabilidad hasta su participación en el Grupo de Bloomsbury.

De forma paralela, en bibliografía adicional se analizó con detalle la forma en que las ideas keynesianas se propagaron inicialmente por las democracias industrializadas. La disminución de cincuenta a treinta años en el periodo que debe transcurrir antes de que los académicos puedan tener acceso a los archivos del gobierno británico impulsó el estudio sobre la diseminación de los conceptos keynesianos en el Reino Unido. Estos textos, escritos casi exclusivamente por historiadores económicos, examinaban el grado de penetración de las ideas de Keynes en el proceso de formulación de políticas en la Gran Bretaña y las reacciones que provocaban en políticos y servidores públicos. Entre los primeros historiadores en emprender esta tarea están Susan Howson y Donald Winch (1977), seguidos, en la década de 1980, por un torrente de historiadores económicos jóvenes, muchos de los cuales han sido estudiados por George Peden (1988). Peden (2004) reproduce documentos gubernamentales clave que tienen que ver con los temas de este debate.

Peter Hall (1989), quien presentó un panorama mucho más amplio en un volumen que incluye ensayos de historiadores, politólogos, economistas y sociólogos que analizan la transmisión de las ideas de Keynes de un país a otro, llegó a la extraña conclusión —consistente con la lentitud con la que se extendió el keynesianismo en los círculos oficiales británicos— de que la adopción inicial de políticas “keynesianas” guarda poca relación con Keynes. En prácticamente todas las democracias industrializadas, la introducción de una política fiscal para estabilizar la economía se debe a la innovación política de personas que no conocían en absoluto las ideas de Keynes.

El tema de las convicciones políticas de Keynes y cómo influyeron en su economía es materia de más bibliografía. Micheal Freeden (1978) fue el primero en analizar si Keynes era un “nuevo liberal”, parte de la corriente de un liberalismo más colectivista que surgió en la Gran Bretaña en las décadas del cambio de siglo. Este movimiento honraba la autonomía tradicional del individuo y cuestionaba cuál sería el papel del Estado para garantizar el bienestar del individuo tras los dramáticos cambios que la producción en masa y la sociedad industrial habían traído consigo.

El estudio de Peter Clarke (1978) sobre el nuevo liberalismo lo condujo —igual que a Freeden— hacia Keynes y, finalmente, a un recuento histórico completo de la evolución de sus ideas. Para este historiador, gran parte de la bibliografía sobre Keynes era un blanco de críticas, que fue como Dennis Robertson describió también la caracterización que Keynes hizo

de la economía clásica.[5] Su análisis del trabajo paralelo de Keynes en teoría económica y en su carácter de asesor gubernamental en política económica ofrece un estudio integral (1988) para determinar el momento exacto (y la manera) en el que Keynes realizó sus más importantes avances. Este libro estableció un nuevo estándar en el conocimiento histórico de las ideas de Keynes. Por supuesto que Clarke no fue el único académico en recurrir al nuevo material disponible para reinterpretar a Keynes. Como Patinkin y Meltzer, Robert Dimand (1988) ofreció una interpretación de la revolución keynesiana desde la perspectiva de un economista, aunque dio mayor importancia de la que solía concederse al *Tratado sobre el dinero*. Una década más tarde, David Laidler presentó una visión renovada de la macroeconomía del periodo entreguerras y cambió nuestra perspectiva no tanto por ofrecer nuevo material en torno a Keynes sino por la forma en que transformó nuestra idea de lo que Keynes había desestimado de la "economía clásica". Provocadoramente, su libro se titula *Fabricating the Keynesian Revolution* (1999). Según este recuento —en el cual nos basamos ampliamente— efectivamente hubo una revolución keynesiana, pero ésta implicó construir sobre lo que había antes, y no desecharlo por completo. En un ensayo más reciente, Backhouse y Laidler (2004) completaron este panorama al señalar las pérdidas y ganancias de la revolución keynesiana.

A lo largo de su carrera, a Keynes le preocuparon los problemas monetarios internacionales y, por consiguiente, las relaciones internacionales. Donald Markwell (2006) ha trazado una evolución del pensamiento de Keynes: Empezó con opiniones liberales clásicas sobre la relación entre el libre comercio y la paz. En el periodo entreguerras, argumentó que la cooperación internacional era indispensable para que las economías europeas se pusieran en marcha nuevamente, pero en 1930 hizo un llamado a favor de cierta autosuficiencia nacional. Su trabajo sobre los acuerdos posteriores a la segunda Guerra Mundial representa la fase madura de su pensamiento, que Markwell caracteriza como institucionalismo liberal: el pleno empleo y nuevas instituciones monetarias internacionales eliminarían las causas económicas de la guerra y permitirían un régimen pacífico de libre comercio.

KEYNES DESPUÉS DE LA CRISIS

El renovado interés en Keynes tras la crisis financiera se tradujo en un aluvión de libros breves sobre Keynes y la economía keynesiana. En un extremo del espectro encontramos libros que, a pesar de que sí se ocupan de Keynes con el objetivo de dotar de nueva vida a la economía keynesiana, son fundamentalmente análisis de la crisis realizados por economistas que, aunque no aportan nada a nuestro conocimiento del Keynes histórico, sí presentan argumentos frescos en relación con la relevancia de su obra. Estos autores son principalmente economistas para quienes la crisis vino a confirmar añejos puntos de vista, fueran éstos, desde la perspectiva del keynesianismo, ortodoxos (Krugman, 2008) o heterodoxos (Davidson 2009). George Akerlof y Robert Shiller (2009) recurren a ideas provenientes de las finanzas conductuales (incluyendo los resultados derivados de técnicas experimentales que no estaban al alcance de los economistas ni siquiera una década atrás) para revivir una versión de la noción de Keynes del "espíritu animal", el impulso espontáneo de hacer algo en lugar de nada. Una excepción es Richard Posner (2009), quien se confiesa conservador y es una eminencia en

el campo del derecho y la economía. Posner opina que el fracaso del capitalismo que reveló la crisis de 2008 nos daba la oportunidad de hacer una reevaluación de la economía keynesiana.

Entre las obras de esta naturaleza están los libros escritos por algunos estudiosos de Keynes. En 1996, Skidelsky escribió un libro pequeño titulado, simplemente, *Keynes*. Afirmaba que Keynes "se había unido a Marx como el Dios que fracasó"[6] porque sus seguidores habían sido demasiado ambiciosos y habían ocasionado la inflación y la inestabilidad económica de la década de 1970. Sin embargo, después de la crisis, Skidelsky pensaba que Keynes volvía a cobrar relevancia. En su erudita biografía de tres volúmenes, *Keynes: The Return of the Master* (2009), Skidelsky hace una estampa de la vida de Keynes, incluyendo una relación de sus actividades como inversionista. Sin embargo, gran parte de la obra ofrece un diagnóstico de la crisis y presenta la economía keynesiana como los cimientos sobre los cuales se puede reconstruir la economía. Desde el Keynes de Bloomsbury del primer volumen de su trilogía, Skidelsky llega a una perspectiva poskeynesiana según la cual la incertidumbre radical (la incertidumbre no puede representarse en modelos a través de probabilidades numéricas) debilita cualquier economía ortodoxa. En contraste, aunque Clarke está claramente convencido de que las ideas de Keynes son extremadamente importantes, en *Keynes: The Twentieth Century's Greatest Economist* (2009) se enfoca en la vida y obra de Keynes sin romper la distancia que el historiador asume en relación con su tema de estudio.

En la escritura de este libro recibimos la influencia, positiva y negativa, consciente e inconsciente de toda la bibliografía aquí analizada y de mucha más que el espacio no nos permite mencionar. Nuestro énfasis en la importancia de la visión de Keynes respecto al capitalismo como un sistema complejo y en evolución se acerca más a la opinión de Clarke, aunque nos hemos basado ampliamente en las dos biografías principales. Moggridge resultó ser particularmente valioso al detallar la participación de Keynes en el campo de las políticas tanto en tiempos de paz como de guerra. Al subrayar la importancia de Bloomsbury, seguimos el ejemplo de Skidelsky (1983) y, más adelante, de Goodwin (1998, 2006). A Goodwin le debemos la idea central de que la flexibilidad y la resistencia ante la ortodoxia —fuera ésta la de sus antecesores o la que podría surgir de su propio trabajo— que caracterizaban a Keynes tienen su origen en Bloomsbury. La obra de Hall sobre el alcance del keynesianismo y la de Laidler sobre la relación entre la *Teoría general* y la economía monetaria en el periodo entreguerras han contribuido a formar nuestro criterio de la revolución keynesiana.

[1] J. Robinson, *John Maynard Keynes: Economist, Author, Statesman*, pp. 541-542.

[2] P. Hill y R. Keynes, *Lydia and Maynard: Letters of Lydia Lopokova and John Maynard Keynes*.

[3] M. Friedman y R. Friedman, *Free to Choose: A Personal Statement, 1980*.

[4] *JMK*, vol. 10, pp. 336-339.

[5] D. Robertson, *Alternative Th eories of the Rate of Interest: Rejoinder*, p. 436.

[6] Skidelsky, *Keynes*, p. 107.

BIBLIOGRAFÍA

Akerlof, George A. y Robert Shiller (2009), *Animal Spirits: How Human Psychology Drives the Economy and Why It Matters for Global Capitalism*, Princeton University Press, Princeton.

Backhouse, Roger E. (2010), "'An Abstruse and Mathematical Argument': The Use of Mathematical Reasoning in the General Theory", en *The Return to Keynes: Keynes and Keynesian Policies in the New Millennium*, comp. Bradley W. Bateman, Cristina Marcuzzo y Tokiashi Hirai, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

Backhouse, Roger E., y Bradley W. Bateman, comps. (2006), *The Cambridge Companion to Keynes*, Cambridge University Press, Cambridge.

Backhouse, Roger E., y Bradley W. Bateman (2010), "Whose Keynes?", en *Keynes's General Theory: A Reconsideration after Seventy Years*, comp. R. W. Dimand, R. Mundell y A. Vercelli, Palgrave for the International Economic Association, Londres.

Backhouse, Roger E., y David E. W. Laidler (2004), "What Was Lost with IS-LM?", *History of Political Economy*, 36 (suplemento anual), *The IS-LM Model: Its Rise, Fall, and Strange Persistence*, comps. K. D. Hoover y M. De Vroey, pp. 25-56.

Bateman, Bradley W. (1987), "Keynes's Changing Conception of Probability", en *Economics and Philosophy*, vol. 3, pp. 97-120.

Bateman, Bradley W. (1988), "G. E. Moore and J. M. Keynes, A Missing Chapter in the History of the Expected Utility Model", *American Economic Review*, 78 (5), pp. 1098-1106.

——— (1996), *Keynes's Uncertain Revolution*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

——— (2010), "Keynes Returns to America", en *The Return to Keynes: Keynes and Keynesian Policies in the New Millennium*, Bradley W. Bateman, Cristina Marcuzzo y Toshiaki Hirai, comps., Harvard University Press, Cambridge, Mass.

Bateman, Bradley W., Cristina Marcuzzo y Toshiaki Hirai, comps. (2010), *The Return to Keynes: Keynes and Keynesian Policies in the New Millennium*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Blanchard, Olivier (2000), "What Do We Know about Macroeconomics that Fisher and Wicksell did not?", *Quarterly Journal of Economics*, 115 (4), pp. 1375-1409.

Blaug, Mark (1990), *John Maynard Keynes: Life, Ideas, Legacy*, Macmillan, Londres.

——— (1994), "Recent Biographies of Keynes", *Journal of Economic Literature*, 32 (3), pp. 1204-1215.

Buchanan, James, y Richard Wagner (1977), *Democracy in Deficit: The Political Legacy of Lord Keynes*, Academic Press, Nueva York.

Carabelli, Anna M. (1988), *On Keynes's Method*, Macmillan, Londres.

Chick, Victoria (1983), *Macroeconomics after Keynes: A Reconsideration of the General Theory*, MIT Press, Cambridge, Mass.

Clarke, Peter (1978), *Liberals and Social Democrats*, Cambridge University Press, Cambridge.

Clarke, Peter (1988), *The Keynesian Revolution in the Making, 1924-1936*, Clarendon Press., Oxford.

——— (2009), *Keynes: The Twentieth Century's Most Influential Economist*, Bloomsbury, Londres.

Colander, David (1984), "Was Keynes a Keynesian or a Lernerian?", *Journal of Economic Literature*, vol. 22, pp. 1272-1275.

Cord, Robert (2007), *Keynes (Life and Times)*, Haus Publishing, Londres.

Davidson, Paul A. (2007), *John Maynard Keynes*, Palgrave, Londres.

——— (2009), *The Keynes Solution: The Path to Global Economic Prosperity*, Palgrave, Londres.

Davis, John B. (1994), *Keynes's Philosophical Development*, Cambridge University Press, Cambridge.

Dimand, Robert W. (1988), *The Origins of the Keynesian Revolution: The Development of Keynes's Theory of Employment and Output*, Edward Elgar, Aldershot.

Dostaler, Gilles (2007), *Keynes and His Battles*, Edward Elgar, Cheltenham.

Felix, David (1995), *John Maynard Keynes and the General Theory: Biography of an Idea*, Transaction, New Brunswick, N.J.

——— (1999), *Keynes: A Critical Life*, Greenwood Press, Westport, Conn.

Freeden, Michael (1978), *The New Liberalism*, Oxford University Press, Oxford.

Friedman, Milton (1962), *Capitalism and Freedom*, Chicago University Press, Chicago.

Friedman, Milton y Rose Friedman (1980), *Free to Choose: A Personal Statement*, Houghton Mifflin, Nueva York.

Galbraith, John Kenneth (1977), *The Age of Uncertainty*, Houghton Mifflin, Nueva York.

Gillies, Donald, y Grazia Ietto-Gillies (1991), "Intersubjective Probability and Economics", *Review of Political Economy*, 3 (4), pp. 393-417.

Goodwin, C. D. W. (1998), *Art and the Market: Roger Fry on Commerce and Art*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

——— (2006), *The Art of an Ethical Life: Keynes and Bloomsbury*, R. E. Backhouse y B. W. Bateman, comps., Cambridge University Press, Cambridge.

Hall, Peter, comp. (1989), *The Political Power of Economic Ideas: Keynesianism across Nations*, Princeton University Press, Princeton.

Hansen, Alvin H. (1953), *A Guide to Keynes*, McGraw-Hill, Nueva York.

Harrod, Roy Forbes (1937), "Mr. Keynes and Traditional Theory", *Econometrica*, 5 (1), pp. 74-86.

——— (1951), *The Life of John Maynard Keynes*, Macmillan, Londres.

Hayek, Friedrich A. (1944), *The Road to Serfdom*, Routledge, Londres.

——— (1995), *Contra Keynes and Cambridge*, comp. Stephen Kresge, Routledge, Londres.

Hession, Charles H. (1984), *John Maynard Keynes: A Personal Biography of the Man Who Revolutionized Capitalism and the Way We Live*, Collier Macmillan, Londres.

Hill, Polly y Richard Keynes (1990), *Lydia and Maynard: Letters of Lydia Lopokova and John Maynard Keynes*, Scribner, Nueva York.

HMSO (1931), Committee on Finance and Industry, *Minutes of Evidence*, 2 volúmenes.

Howson, Susan, y Donald Winch (1977), *The Economic Advisory Council, 1930-1939: A Study in Economic Advice during Depression and Recovery*, Cambridge University Press, Cambridge.

James, Harold (1989), "What Is Keynesian about Deficit Financing? The Case of Interwar Germany", en *The Political Power of Economic Ideas: Keynesianism across Nations*, P. A. Hall, comp., Princeton University Press, Princeton.

Johnson, Elizabeth y Harry G. Johnson (1977), *The Shadow of Keynes*, University of Chicago Press, Chicago.

Judt, Tony (2009), "What Is Living and What Is Dead in Social Democracy?", *New York Review of Books*, april 29, 2010.

——— (2010), *Ill Fares the Land: A Treatise on Our Present Discontents*, Allen Lane, Londres.

Keynes, John Maynard (1971-1989), *The Collected Writings of John Maynard Keynes* (citado como *JMK*, con el número de volumen), sir Austin Robinson y Donald Moggridge, comps., 30 vols., Macmillan, Londres.

King, John E. (2002), *A History of Post Keynesian Economics*, Edward Elgar, Cheltenham.

Klein, Lawrence R. (1947), *The Keynesian Revolution*, Macmillan, Londres.

Kregel, Jan A. (1973), *A Reconstruction of Economic Theory: An Introduction to Post Keynesian Economics*, Macmillan, Londres.

Krugman, Paul (2008), *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, Penguin Books, Londres.

Laidler, David E. W. (1999), *Fabricating the Keynesian Revolution: Studies of the Inter-War Literature on Money, the Cycle, and Unemployment*, Cambridge University Press, Cambridge.

——— (2002), "Skidelsky's Keynes: A Review Essay", *European Journal of the History of Economic Thought* 9 (1): 97-110.

Leijonhufvud, Axel (1968), *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes*, Oxford University Press, Oxford.

Liberal Industrial Inquiry (1928), *Britain's Industrial Future: Being the Report of the Liberal Industrial Inquiry*, Ernest Benn, Londres.

Lucas, Robert E., y Thomas J. Sargent (1978), "After Keynesian Macroeconomics", en *After the Phillips Curve: Persistence of High Inflation and High Unemployment*, Federal Reserve Bank of Boston, Boston.

MacKenzie, Donald (2006), *An Engine Not a Camera: How Financial Models Shape Markets*, MIT Press, Cambridge, Mass.

Markwell, Donald (2006), *John Maynard Keynes and International Relations: Economic Paths to War and Peace*, Oxford University Press, Oxford.

Meltzer, Allan (1988), *Keynes's Monetary Theory: A Different Interpretation*, Cambridge

University Press, Cambridge.
Minsky, Hyman P. (1976), *John Maynard Keynes*, Macmillan, Londres.
Mizuhara, Sohei, y Jochen Runde (2003), *The Philosophy of Keynes's Economics: Probability, Uncertainty and Convention*, Routledge, Londres.
Moggridge, Donald E. (1986), "Keynes and His Revolution in Historical Perspective", *Eastern Economic Journal*, 12 (4), pp. 357-369.
——— (1992), *Maynard Keynes: An Economist's Biography*, Routledge, Londres.
——— (2002), "Rescuing Keynes from the Economists? The Skidelsky Trilogy", *European Journal of the History of Economic Thought*, 9 (1), pp. 111-123.
O'Donnell, Roderick (1989), *Keynes's Philosophy, Economics and Politics: The Philosophical Foundations of Keynes's Thought and Their Influence on His Economics and Politics*, Palgrave Macmillan, Londres.
Patinkin, Don (1965), *Money, Interest and Prices*, Harper and Row, Nueva York.
——— (1976), *Keynes's Monetary Thought: A Study of Its Development*, Duke University Press, Durham, N. C.
——— (1982), *Anticipations of the General Theory and Other Essays on Keynes*, University of Chicago Press, Chicago.
——— (1990), "On Different Interpretations of the *General Theory*", *Journal of Monetary Economics*, 26: 205-243.
Peden, George C. (1988), *Keynes, the Treasury, and British Economic Policy*, Macmillan Educational, Londres.
——— (2004), *Keynes and His Critics: Treasury Responses to the Keynesian Revolution, 1925-1946*, Oxford University Press, Oxford.
Pigou, A. C. (1936), "Mr. J. M. Keynes' General Theory of Employment, Interest and Money", *Economica*, N. S. 3 (10): 115-132.
Posner, Richard A. (2009), *A Failure of Capitalism: The Crisis of '08 and the Descent into Depression*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
Ramsey, Frank P. (1931), *Foundations of Mathematics*, Kegan Paul, Londres.
Robertson, Dennis Holme (1915), *A Study of Industrial Fluctuation: An Enquiry into the Character and Causes of the So-Called Cyclical Movements of Trade*, P. S. King and Son, Londres.
——— (1926), *Banking Policy and the Price Level*, P.S. King and Son, Londres.
Robertson, Dennis Holme (1937), "Alternative Theories of the Rate of Interest: Rejoinder", *Economic Journal*, 47 (187), pp. 428-436.
Robinson, E. A., G. R. (1947), "John Maynard Keynes, 1883-1946", *Economic Journal*, 57 (225), pp. 1-68.
——— (1972), "John Maynard Keynes: Economist, Author, Statesman", *Economic Journal*, 82, pp. 531-546.
Rymes, Thomas K., comp. (1989), *Keynes's Lectures, 1932-35: Notes of a Representative Student*, Macmillan, Londres.
Samuelson, Paul A. (1944), "Unemployment Ahead", *New Republic*, vol. 111, pp. 297-299.

——— (1955), *Economics*, 3ª ed., McGraw Hill, Nueva York.

Schumpeter, Joseph Alois (1954), *A History of Modern Economic Analysis*, Oxford University Press, Nueva York.

Shackle, George L. S. (1973), *Epistemics and Economics: A Critique of Economic Doctrines*, Cambridge University Press, Cambridge.

Snowdon, Brian, Howard Vane y Peter Wynarczyk (1994), *A Modern Guide to Macroeconomics: An Introduction to Competing Schools of Thought*, Edward Elgar, Aldershot.

Skidelsky, Robert (1983), *John Maynard Keynes*, vol. 1: *Hopes Betrayed, 1883-1920*, Macmillan, Londres.

——— (1992), *John Maynard Keynes*, vol. 2: *The Economist as Saviour, 1920-1937*, Macmillan, Londres.

——— (1996), *Keynes*, Oxford University Press, Oxford.

——— (2000), *John Maynard Keynes*, vol. 3: *Fighting for Britain, 1937-1946*, Macmillan, Londres.

——— (2003), *John Maynard Keynes, 1883-1946: Economist, Philosopher, Statesman*, Macmillan, Londres.

——— (2009), *Keynes: The Return of the Master*, Allen Lane, Londres.

Toye, John (2000), *Keynes on Population*, Oxford University Press, Oxford.

Webb, Sidney y Beatrice Webb (1935), *Soviet Communism: A New Civilization?*, Longmans Green, Londres.

Woodford, Michael (1999), "Revolution and Evolution in Macroeconomics", en línea en http://www.columbia. edu/%7Emw2230/macro20C.pdf.

Young, Warren (1987), *Interpreting Mr. Keynes: The IS-LM Enigma*, Polity Press, Londres.

AGRADECIMIENTOS

Empezamos a trabajar juntos el tema de Keynes cuando se nos invitó a hacer la compilación de *The Cambridge Companion to Keynes*, una recopilación de doce ensayos que analizan el nivel de conocimiento que en ese entonces se tenía del economista. Cuando se publicó el libro, en 2006, decidimos que todavía había cosas que se habían quedado en el tintero y desarrollamos algunas de estas ideas en distintos artículos y contribuciones a otras obras. En el momento en que explotó la crisis financiera de 2008, nos percatamos de que algunos de esos conceptos —basados en la visión que Keynes tenía del capitalismo— adquirían mayor relevancia de la que hubiéramos imaginado cuando empezamos a reflexionar en ellos. Este sentido de actualidad no hizo sino aumentar cuando observamos cómo los paquetes de estímulos fiscales de 2009 habían provocado ataques contra el Estado benefactor y las políticas de estabilización. Fue entonces que concebimos el proyecto de desarrollarlos en un libro breve que fuera de interés para personas que no tuvieran una educación formal en el campo de la economía. Este libro es el resultado.

La mayoría de los textos aparecieron originalmente firmados por ambos, y los más significativos fueron: “Keynes and Capitalism”, *History of Political Economy* 41 (4): 645-671, y “Whose Keynes?”, publicados en *Keynes’s General Theory after Seventy Years*, compiladores Robert W. Dimand, Robert Mundell y Alessandro Vercelli (International Economic Association/Palgrave Macmillan, Londres, 2010, reproducido con permiso de Palgrave Macmillan).

Dos artículos son de autoría individual, aunque en ambos casos discutimos ampliamente nuestro trabajo antes de que se publicara: “Keynes Returns to America” (Bateman) y “‘An Abstruse and Mathematical Argument’: The Use of Mathematical Reasoning in the General Theory” (Backhouse). Los dos están en Bradley W. Bateman, Cristina Marcuzzo y Tokiashi Hirai, compiladores, *The Return of Keynes: Keynes and Keynesian Policies in the New Millennium* (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2010). En el libro que nos ocupa retomamos ideas de aquellos textos. Aunque el material se ha reescrito varias veces, seguramente sobrevivió algo de la redacción original. Agradecemos a los editores, Duke University Press, International Economic Association y Harvard University Press, la autorización de utilizar este material. Del mismo modo, la posibilidad de recurrir a documentos no publicados de J. M. Keynes, derechos: The Provost and Scholars of King’s College Cambridge, 2011.

Decidimos no abarrotar el texto con referencias a la bibliografía y, en cambio, incluimos un ensayo bibliográfico, “La documentación de la revolución keynesiana”, que analiza la bibliografía sobre Keynes, indica de dónde provienen muchas de nuestra ideas y explica la forma en que nuestro trabajo se relaciona con lo que le precede.

También estamos sumamente agradecidos con nuestros colegas que leyeron el material en distintas etapas de la escritura. Su sabiduría y conocimientos nos salvaron del error y nos proporcionaron nuevas ideas. Entre ellos están Craufurd Goodwin, David Laidler, Perry

Mehrling, Richard Posner, Donald Winch y dos lectores anónimos.

ÍNDICE ANALÍTICO

Acervo Keynes: 199
afinación fiscal: 14-15, 17, 186
véase también demanda, gestión de la
Age of Uncertainty, The (Galbraith): 205
agente representativo: 26, 27, 60
Akerlof, George A.: 192, 215
Alemania: ataque a las utilidades, 83
derrocamiento del Kaiser, 64
hiperinflación en 1923, 64
indemnizaciones tras la primera Guerra Mundial, 69
milagro económico, 54
políticas económicas en, 41, 54
véase también economía social de mercado
apóstoles: 29-31, 67, 71, 92, 93, 166-167, 200
arte, como elevado valor humano: 93-94
véase también Bloomsbury, Grupo de; Keynes, John Maynard: arte
asesoría experta, demanda de: 47
Asociación de Artistas de Londres: 87, 94

Backhouse, Roger E.: 211, 214
Banco de Inglaterra: 120, 132, 135
Banco Internacional para la Reconstrucción y Fomento: 135
Banco Mundial: 175
bancor: 133
Barro, Robert J.: 53, 53n
Bateman, Bradley W.: 211
Bell, Clive: 67
Bell, Vanessa: 67
Bernanke, Ben: 15, 62
Beveridge, William: 46, 163
billetes, enterrar para aumentar el empleo: 160
Blanchard, Olivier: 209
Blaug, Mark: 202
Bloomsbury, Grupo de: 67, 71, 92, 94-95, 165-169, 194, 201, 216-217
Bretton Woods, sistema de: 131-136

Breve tratado sobre la reforma monetaria (1923): 25, 99, 100, 126, 211
Bryce, Robert: 147
Buchanan, James: 205-206

Camargo Society: 94
Cambridge Arts Theatre: 94
Cambridge Companion to Keynes, The (Backhouse y Bateman): 211
Cameron, David: 178
Can Lloyd George Do It? (1929): 116, 117, 120, 170
Canadá, adopción de ideas keynesianas: 44
Capitalism and Freedom (Friedman): 72
capitalismo: y acción colectiva, 73
    de casino, 16
    definición de, 72-75
    lo que se entiende por en la actualidad, 189-196
    egotista, 74-75, 86, 102
    estabilidad de, 17, 21, 28, 75-83, 99, 150, 154, 158, 167, 172
    como fin y medio, 89, 93
    Friedman sobre, 72-73
    indispensabilidad de, 84-85
    justicia de, 80-81
    legitimidad de, 46-47, 63-65, 90, 93-97, 184-185
    libre mercado, 49, 86, 175-176, 178-180, 186-189
    moralidad de las bases de, 13, 28-29, 83-92, 182-186
    regulación/normatividad de, 176, 194-195
Carabelli, Anna: 210-211
Cézanne, Paul: 68
Chicago Board Options Exchange: 174
Chick, Victoria: 207
Churchill, Winston: 104, 105, 142
ciclo económico: 35-36, 37-38, 83
ciencia, economía como: 50
Clark, John Maurice: 138-139
Clarke, Peter: 213, 16
Cobden, Richard: 82
Colander, David: 147, 147n
colapso del mercado de valores de 1929: 41, 64, 86
Collected Writings of John Maynard Keynes, The: 34n
Comité Macmillan: 106, 121, 188
compensación constante del mercado: 60

comunismo: 13, 74, 79, 83, 88, 176
conocimiento. *Véase* incertidumbre
Consejo de Consultoría Económica: 106
Consejo para las Artes de la Gran Bretaña: 94
Consenso de Washington: 175
consumo, regulación de: 43, 123, 128, 160, 162, 191
Cord, Robert: 203
crisis de 2008: 11, 15, 16, 62, 172-178, 181-183, 186, 215-217
crisis, Este asiático o Este de Asia: 175
cuentas nacionales o contabilidad del ingreso nacional: 48-49, 149
Cuerpo Civil de Conservación: 42

Davidson, Paul: 203, 206, 215
Davis, John: 211
déficits presupuestarios: 12, 33, 38, 39, 40, 41, 45, 46, 128-131, 163, 171, 177, 189, 191, 195, 205-206
demanda agregada/efectiva: 18, 37, 41, 45, 47, 114, 153-154, 158, 190
demanda, gestión de la: 45-47, 54-55, 128-131, 147, 172, 190
Democracy in Deficit (Buchanan): 205
desempleo: 21, 31, 46, 57, 64-65, 90, 111-117, 158, 183, 204-209
    en la Gran Bretaña, 25, 126
    costo social del, 31
desigualdad: 78-79
desregulación, de los mercados financieros: 58-59, 173-174
deuda, gobierno: 12, 176
    véase también déficits presupuestarios
Dimand, Robert: 213
Dostaler, Gilles: 203

economía conductual: 192, 215
economía social de mercado: 181-182
Economic Consequences of Mr Churchill (1925): 71, 104, 142, 168
Economic Consequences of the Peace: 29, 69, 71, 72, 75, 98, 142, 167, 168
    "Economic Possibilities for Our Grandchildren" ("Posibilidades económicas para nuestros nietos"), 91
ecuaciones fundamentales del *Tratado sobre el dinero:* 109-112, 137
Einstein, Albert: 34, 143,
Eminent Victorians (Strachey): 68, 168
End of Laissez-Faire, The: 186-188
era de Keynes: 44, 45-54, 61

era victoriana: confianza y estabilidad de la, 63, 76
escapar de la moralidad de, 67
espíritu animal: 124, 157, 160, 185, 215
Essays in Biography (1933): 142
Essays in Persuasion (1931): 71
Estado benefactor: 13, 46, 160, 178, 180-182, 190, 195, 229
importancia de un alto empleo para, 163, 171
Estados Unidos: época de abundancia, 54
política fiscal en la década de 1969, 55
políticas del nuevo trato, 41-43
estancamiento de la economía británica en la década de 1920: 105
eutanasia del rentista: 161-162
expectativas: 26-27, 108, 115, 119, 120-124, 210
expectativas racionales: 60

Fabricating the Keynesian Revolution (Laidler): 34n, 214
fascismo: 65
Felix, David: 203
finanzas internacionales: 80, 99, 131-136, 141, 214
véase también relaciones internacionales
Fisher, Irving: 37, 39
física: 34
Fondo Monetario Internacional: 135, 175
Forster, E. M.: 31, 67, 96
Francia: *les trentes glorieuses*, 54
Free to Choose (Friedman y Friedman): 205, 205n
Freeden, Michael: 212-213
Friedman, Milton: 21, 51, 55, 58, 59, 72-73, 79, 93, 176, 205, 205n
Frisch, Ragnar: 51
Fry, Roger: 67, 68, 93, 94, 95, 165, 168, 194

Galbraith, John Kenneth: 205
Garnett, David: 96
Gillies, Donald: 211
Gladstone, William Ewart: 65
Goodwin, Craufurd D. W.: 95n, 96, 165n, 166n, 168n, 194n, 216
Gran Bretaña: adopción de políticas keynesianas, 43-44
‘nunca le había ido tan bien”, 54
Gran Depresión: 12, 18, 25, 33, 46-47, 49, 64, 86, 96, 113, 160-161, 177, 183, 189-190
gran moderación: 14, 62, 172

Gran Sociedad: 15
Grant, Duncan: 67
Greenspan, Alan: 176, 181
guerra contra la pobreza: 15
Guerra Fría: 13, 47, 184
Guerra de Vietnam: 57
Guide to Keynes, A (Hansen): 52

Hansen, Alvin H.: 38, 52
Harrod, Roy Forbes: 123, 146, 148, 148n, 156, 201-202
Hawtrey, Ralph: 37-38
Hayek, Friedrich A. von: 36, 38, 83, 84, 85, 85n, 137, 148, 149n, 176, 191
Henderson, Hubert: 116, 119-122, 171
Hession, Charles: 202
Hicks, John Richard: 52, 146, 156, 170
Hill, Polly: 199, 199n
Hitler, Adolf: 65
Hopkins, Harry: 43, 132
How to Pay for the War (1940): 126
Hume, David: 101

Ietto-Gillies, Grazia: 211
ignorancia. *Véase* incertidumbre
incertidumbre: 19, 74-75, 150, 187, 188, 207, 210, 216
India, Keynes sobre: 99-100
India, Oficina para la: 68
Indian Currency and Finance: 99-100
inflación: 38, 57, 60, 64, 82, 100, 101, 102, 126-127, 135, 148, 183, 193
información asimétrica: 192
ingeniería: economía e, 48, 50
    social, 15, 125, 185
ingreso, distribución del, y modelo keynesiano: 204
intuición, y teoría económica: 20-21, 151, 154, 157-158, 165, 170
inversión: 139
    control de la, 187
    socialización de la, 122-123, 171
    véase también Keynes, John Maynard: sobre la inversión

Japón: adopción del keynesianismo, 55
    déficit en el gasto público en, 41

Johnson, Elizabeth: 207
Johnson, Harry G.: 207
Johnson, Lyndon Baines: 13, 15, 57
Jonson, Ben: 166
Judt, Tony: 178, 179n, 195

Kahn, Richard Ferdinand: 116-117
Kennedy, John Fitzgerald: 15, 55
Keynes (Clarke): 216
Keynes, Florence: 66
Keynes, Geoffrey: 199
Keynes, John Maynard: arte, 87-89, 93-94, 164-169
    actitud sobre políticas, 14-17, 140
    actitudes francesas respecto a, 40
    bibliografía sobre, 198-217
    biografías de, 201-203
    Bretton Woods, 136
    Cassandra, 71
    clases sobre la teoría monetaria de la producción, 121, 200
    Comité Macmillan, 106-108, 188
    Consejo de Consultoría Económica, 106
    crisis financiera de 1914, 141
    cuentas nacionales, 53
    economía capitalista, teoría de, 98-140, 164
    ética, 28-31, 92-93, 21
    filósofo moral, 13, 28-31, 183
    importancia actual, 189-196
    impulso a otros economistas, 146-149
    infarto cardiaco, 132
    inversionista, 80, 105
    liberalismo de, 66-67, 71, 183, 213
    matrimonio de, 106
    marxismo, repudio a, 84
    mentalidad de fórmula mágica, 112, 117, 125, 139-140, 164, 188, 193
    miembro del King's College de la Universidad de Cambridge, 66, 75
    negociaciones con los Estados Unidos, 43-44
    no keynesiano, 197
    no utilitario, 90, 92
    primera Guerra Mundial, 69, 141
    revolución keynesiana, 33-35, 127-131, 148

segunda Guerra Mundial, 43-44
sobre el ahorro, 76, 90
sobre el amor al dinero, 88, 95
sobre el capitalismo, 13, 28, 32, 33, 72-97, 150, 154, 162, 164, 167, 182-189
sobre el desempleo, 21, 31, 129, 138-140, 145, 158, 196
sobre la era victoriana, 95
sobre el Estado benefactor, 163, 195
sobre expectativas, 26, 109
sobre la incertidumbre, 18-19, 30, 63, 74-75, 143, 150, 154, 171, 187-188
sobre las inconsistencias en las expectativas, 26
sobre el individualismo y la libertad, 88-89, 145, 191
sobre la inflación, 100, 101-102, 126-127, 193
sobre la inversión, 19, 27, 36, 37, 38, 81, 92, 108-110, 115, 116, 117, 120-124, 129-130, 138-140, 157, 160-162, 185, 187-189, 191, 208, 209
sobre la justicia del capitalismo, 81-82
sobre *laissez-faire*, 25-26, 32, 186-189
sobre la legitimidad del capitalismo, 184-185
sobre la ortodoxia, 168
sobre el papel del Estado, 186-189
sobre política económica, 14-17, 102
sobre políticas de obra pública, 115-117, 119, 168, 170, 185
sobre psicología social, 19, 77-78
sobre religión, 89
sobre Rusia, 79
sobre la socialización de la inversión, 98-99, 129-130, 162, 171
sobre la teoría de la probabilidad, 200, 210
sobre la vida imaginativa, 92-97
tasas de interés, importancias de mantenerse bajas, 107-111, 117, 161-163, 185
teoría anterior, 21, 36-39
teoría de Cambridge sobre el ciclo económico, 107, 124, 137
teórico económico, 24, 30, 136-140
del *Tratado sobre el dinero* a la *Teoría general*, 111-113, 116-117
uso de las matemáticas, 29, 51, 68, 150-159, 169, 203
vida y carrera de, 65-72, 74-75, 98-99, 105-106, 127-128, 131, 132, 141
Keynes, John Neville: 66
keynesianismo: como afinación, 190
ambigüedad del término, 164-171, 197-198
y déficit, 128
fin del, 54-61
fundamentalistas, 144, 157

hidráulico, 149
como ingeniería social, 15
y J. R. Hicks, 146
y los modelos, 50-53
multidimensionalidad de, 13
y la planificación macroeconómica, 45
propagación de, 212
reinterpretación de, 12
King's College Cambridge: 66, 69, 70, 75, 98, 199
Klein, Lawrence: 204
Kregel, Jan A.: 207
Krugman, Paul: 215
Kuznets, Simon: 48

Laidler, David: 34, 34n, 202, 213, 214, 217
laissez-faire: 25, 32, 48, 59-61, 86, 178, 186, 188, 194
Lavington, Frederick: 137
Lehman Brothers: 11, 178
Leijonhufvud, Axel: 204-205
Lenin, Vladimir Ilych: 79
Leontief, Wassily: 143
Lerner, Abba: 147, 170
ley de Say: 113-114
Liberal Industrial Inquiry (1928): 129
libra esterlina. *Véase* patrón oro libre mercado, economía de: 15-17, 53, 175-176, 180, 191-192, 205
Lloyd George, David: 69, 104, 116, 142
Lopokova, Lydia: 106, 199
Lucas, Robert E.: 55, 56n
lucro, como motivación del capitalismo: 74-75

MacDonald, Ramsey: 119
Macmillan, Harold: 49, 54
Malthus, Thomas Robert: 113
Manning, Cardinal: 68
Markwell, Donald: 214
Marshall, Alfred: 68-69, 99, 101, 103, 124, 137
Marx, Karl: 73, 76, 138, 215
marxismo: 84
matemáticas, en economía. *Véase* Keynes, John Maynard: uso de las matemáticas; modelos de

economía
Meade, James E.: 127, 128, 149
Means to Prosperity, The (1933): 116, 117-119, 170
Meltzer, Allan: 208, 213
Minsky, Hyman: 207
Mises, Ludwig von: 36, 38
Mitchell, Wesley Clair: 35
Mizuhara, Sohei: 211
modelo IS-LM: 52, 61-62, 146, 156, 207
modelos de economía: 21-22, 24-26, 35-36, 51-52, 59, 62, 156, 159, 170, 180
véase también Keynes, John Maynard: uso de las matemáticas.
Moggridge, Don: 129n, 148n, 202, 216
Monde, Le: 11
monetarismo: 21, 54-55, 58
Moore, G. E.: 29, 30, 67, 75, 92, 93, 94, 151, 165, 166
Morris, William: 66
Mosley, Oswald: 65
multiplicador: 116, 122, 140, 188, 208
"My Early Beliefs" (1938): 92

Nathan, Robert: 48
Nation, The: 106, 120
New York Times: 11
Newton, Isaac: 100
Nightingale, Florence: 68
Nixon, Richard: 55, 56
nueva economía: 14
nueva macroeconomía clásica: 60, 209
nuevo orden, propuestas alemanas para: 131-132
nuevo trato: 41-43, 119, 182

O'Donnell, Roderick: 211
Oficina Nacional de Investigación Económica: 35
Oficina de Recuperación Nacional: 41
Oficina de Servicios Estratégicos: 48-49
Ohlin, Bertil: 37

paridad del poder adquisitivo: 101-102
Partido Laborista: 183
Partido Liberal: 183

Patinkin, Don: 109n, 204, 208-209, 213
patrón oro: 55, 71, 96, 100, 102-110, 120, 142
Peden, George: 212
petróleo, precio de: 57
Philips: 161
Pigou, Arthur Cecil: 35, 99, 101, 103, 107-108, 110, 112, 117, 121, 124, 137, 143, 143n, 188
planeación y planificación: 16, 48
Política de empleo (Libro blanco del gobierno británico): 129
políticas monetarias: 39, 59
    véase también patrón oro; tasas de interés; monetarismo
Posner, Richard: 172, 215
postkeynesianismo: 206
préstamo y arriendo, acuerdo de: 131, 133, 134
presupuesto de 1941: 149
presupuesto de capital: 129-131
primera Guerra Mundial: y legitimidad del orden establecido, 63
    crisis financiera, 69, 71
Principia Ethica (Moore): 67, 92
programa de la victoria: 48
psicología: 19, 22, 27, 72, 76-78, 96, 120, 139-140

Quarterly Journal of Economics: 143-144

Ramsey, Frank Plumpton: 29, 210-211
Rand, Ayn: 176
Reagan, Ronald: 36
Reddaway, Brian: 147
relaciones internacionales: 80, 82, 96, 194, 214
Reserva Federal, Sistema de: 36, 38-39
revolución keynesiana: 54-55, 33-45, 54-56, 61, 158, 171, 197-217
Ricardo, David: 113-114
Road to Serfdom, The (Hayek): 84, 85n, 191
Robbins, Lionel C.: 38
Robertson, Dennis Holme: 37, 83, 93n, 143, 213, 213n
Robinson, Edward Austin Gossage: 202
Robinson, Joan: 147, 158, 197n, 206
Roosevelt, Franklin Delano: 41-43, 48, 119, 132, 182, 190
Roubini, Nouriel: 180
Royal Ballet: 94
Runde, Jochen: 211

Rusia. *Véase* Unión Soviética
Russell, Bertrand: 29
Rymes, Thomas K.: 151n, 200

salarios, inflexibilidad de los: 204, 209
Samuelson, Paul A.: 49, 49n, 204
Sargent, Thomas J.: 55, 56n
Say, JeanBaptiste: 113
Schumpeter, Joseph Alois: 50, 50n
segunda Guerra Mundial: y las cuentas nacionales, 53
    y la economía como ingeniería, 48
    y el fin de la Gran Depresión, 46
    como guerra de los economistas, 49
Shackle, George: 207
Shadow of Keynes, The (Johnson y Johnson): 207
Shaw, George Bernard: 34
Shiller, Robert: 192, 215
Sidgwick, Henry: 68
Simons, Henry: 36
síntesis neoclásica: 204
sistema bancario: 172-173
Skidelsky, Robert: 151n, 201, 202, 215, 215n, 216
Social Security and Allied Services (Beveridge): 163
socialdemocracia o democracia social: 46, 181, 195
    véase también Estado benefactor
socialismo: 74, 123, 178-179, 183, 184, 186-187, 194
    véase también comunismo; Keynes, John Maynard: sobre la inversión, socialización de la; socialdemocracia
Stalin, Josef: 176
Stephen, Leslie: 67
Stiglitz, Joseph E.: 175, 192
Stone, Richard: 127, 149
Strachey, Lytton: 67-68, 168, 199, 200
Suecia: formulación de políticas en, 40

tasas de interés: 12, 90, 107, 110, 117, 120-122, 161, 163, 172, 177, 185, 188
Taussig, Frank: 143
teoría clásica: 17, 28, 33, 52, 61, 139, 143, 144-145, 156, 194, 204, 213
teoría cuantitativa del dinero: 35, 101-102, 115
    véase también monetarismo

teoría de la elección racional: 23, 27
Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero: 17, 19n, 21-23, 25, 27-28, 32-35, 37, 39-40, 44, 45, 47, 50-52, 61, 91-92, 99, 109, 111, 113-118, 121-127, 130, 136-140, 143-150, 152-153, 154, 155-158, 160-164, 168-171, 187-188, 191-194, 197-200, 201, 203-211, 217
teoría macroeconómica: incapacidad de prever la crisis financiera, 180
invención de la, 114
moderna, 26-27, 29
teoría verdadera del ciclo económico: 60
tesorería: 69, 127, 131, 132, 149
tesorería, visión de la: 38
Thatcher, Margaret: 36, 58-59
Times, The: 116
Tinbergen, Jan: 51
tipo de cambio: 100-104
véase también patrón oro
Tobin, James: 51
Toye, John: 203
tradición, oposición del grupo de Bloomsbury a la: 167-168
Tratado sobre el dinero (1930): 25, 82, 99, 106, 107, 109, 110, 111-113, 115-117, 121, 124-125, 137-138, 167, 187-188, 211, 213
Treatise on Probability (1921): 29, 75, 210
Two Memoirs (1947): 199

unión de compensación, propuesta para una: 133-135
Unión Soviética: 47
informes de Beatrice y Sidney Webb, 65
Keynes sobre la, 79
revolución bolchevique de 1917, 65
Universidad de Chicago: 36, 143, 207

Veblen, Thorstein: 95
Versalles, Conferencia de Paz: 40, 69, 141
vía media: 49
vida real y vida imaginativa: 93, 165
Viner, Jacob: 143
Volcker, Paul: 58-59

Webb, Beatrice: 65, 65n
Webb, Sidney: 65, 65n
Wedgwood, Josiah: 86

Weintraub, Sidney: 204, 206
White, Harry Dexter: 135, 136
Wicksell, Knut: 110, 137
Winch, Donald: 212
Wittgenstein, Ludwig: 29
Woodford, Michael: 209
Woolf, Leonard: 31, 67
Woolf, Virginia: 67, 96

‘ya todos somos keynesianos”: 55
Young, Warren: 203

John Maynard Keynes fue uno de los economistas más influyentes de la historia y uno de los pensadores más sobresalientes del siglo XX. Su capacidad analítica, su profundo conocimiento técnico y su esfuerzo permanente por poner la ciencia económica en la base de políticas que contribuyeran al bienestar de la población lo llevaron a ocupar un lugar sobresaliente en la vida pública de Inglaterra y a influir mucho más allá de las fronteras de su país. Este prestigio, sin embargo, también ha sido causa de que sus teorías se hayan simplificado y estereotipado.

Un capitalista revolucionario rescata el aspecto multidimensional del pensamiento keynesiano, demostrando que las distintas facetas del hombre de carne y hueso —creador de políticas públicas, "médico" que usaba la teoría económica como herramienta de diagnóstico, filósofo moral que, sin dejar de ser partidario del capitalismo, denunció sus aspectos más nocivos, inteligencia interesada lo mismo en Newton que en las vanguardias literarias de su tiempo— no son excluyentes, sino que conforman la ideología de un pensador que transformó la economía de su tiempo, y tal vez también la del nuestro. En este refrescante ensayo, Backhouse y Bateman sientan las bases de nuevas interpretaciones que permitan comprender a cabalidad que la obra de Keynes no fue estática, como tampoco lo son el mundo ni la forma en que lo vemos. Más que una introducción a Keynes, este libro replantea el punto de partida desde el cual puede leerse su obra.

www.fondodeculturaeconomica.com